

e/22270

28

La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

SEGUNDA ÉPOCA

XXVIII

3 JUN 1908

67776



Ayuntamiento de Madrid



—¡Oh, desgraciado, desgraciado! ¿Qué iba usted a hacer? (Pag. 9)

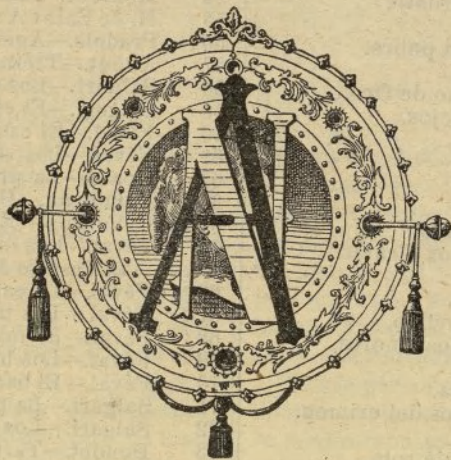
PEDRO MAËL

SIEMPRE TUYA

Versión castellana de E. Alvarez Dumont

ILUSTRACIONES DE A. CERZO VALLEJO

28



3 JUN 1908

MADRID

LA NOVELA DE AHORA

ADMINISTRACIÓN: CASA EDITORIAL DE SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

Calle de Valencia, núm. 28.

Ayuntamiento de Madrid

Obras publicadas en LA NOVELA DE AHORA

(Segunda época).

- 1 Salgari.—La perla roja (agotada).
- 2 Salgari.—Los pescadores de perlas (agotada).
- 3 About.—Germana.
- 4 Daudet.—Tartarin de Tarascón.
- 5 Walter Scott.—Guy Mannering.
- 6 Walter Scott.—Enrique Beltrán de El'angowan.
- 7 Mael.—El torpedero 29
- 8 Ch. vette.—La bella Alliette.
- 9 Cardona.—El primo.
- 10 Ciurana.—Una penitencia.
- 11 Salgari.—El Corsario negro.
- 12 Salgari.—La venganza (agotada).
- 13 Belot.—El parricida (agotada).
- 14 Belot.—Lubin y Dacolard (agotada).
- 15 Mael.—Caridad.

- 16 Salgari.—La reina de los caribes (agotada).
- 17 Salgari.—Honorata de Wan-Guld (agotada).
- 18 Féval.—El lunar rojo.
- 19 Féval.—El fantasma.
- 20 Mael.—Soledad.
- 21 Salgari.—Yolanda, la hija del Corsario negro.
- 22 Salgari.—Morgan.
- 23 Sienkiewicz.—Quo vadis...? Tomo 1.º
- 24 Sienkiewicz.—Quo vadis...? Tomo 2.º
- 25 Ciurana.—El debut de un juez.
- 26 Salgari.—La capitana del Yucatan.
- 27 Conan Doyle.—La sombra grandiosa.
- 28 Mael.—Siempre tuya.

Las obras que aparecen como agotadas pueden hallarse en las ediciones de lujo de *Biblioteca Calleja*.

Biblioteca Calleja

OBRAS LITERARIAS DE AUTORES CÉLEBRES

La **Biblioteca Calleja** publica novelas interesantes que jamás ofenderá las buenas costumbres, formando tomos en 8.º mayor de 300 páginas próximamente (175 X 114 milímetros), con láminas finas, impresas con la mayor delicadeza sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen. Precio de cada tomo en rústica con cromos **una peseta y una peseta 25 céntimos** en pasta sólida y elegante con cromos.

Para quien compre todos los tomos publicados se conserva el precio de suscripción, que era 80 céntimos en pasta y 60 en rústica.

Los siguientes tomos publicados han merecido grandes elogios

- | | |
|--|---|
| <ol style="list-style-type: none"> 1 Jacolliot.—El crimen del molino de Usor. 1 bis Souvestre.—Memorial de familia. 2 Bouvier.—Colette ó la Cayenita. 2 bis H. de Saint Aubin.—La heredera de Birague. 3 Noir.—La reina de los gitanos. 3 bis Mael.—Lo que canta el amor. 4 Salgari.—Pescadores de ballenas. 4 bis Salgari.—Invierno en el Polo Norte. 5 Féval.—Juramento de Laguardare. 6 Féval.—Aurora de Nevers. 7 Feulliet.—Novela de un joven pobre. 8 Toudouze.—Las pesadillas. 9 Salgari.—Soberana del Campo de Oro. 10 Salgari.—El rey de los cangrejos. 11 Belot.—El parricida. 12 Belot.—Lubin y Dacolard. 13 bis Mael.—La Gaviota. 14 Canivet.—Hijo del mar. 15 Salgari.—Náufragos del Liguria. 16 Salgari.—Devastaciones de los piratas. 17 Silvestre.—Rosa de Mayo. 17 bis Mael.—La mujer del capitán. 18 Pont-Jest.—De princesa á modelo. 19 Ricouard.—Conflicto entre dos amores. 20 Salgari.—Sandokan. 21 Salgari.—La mujer del pirata. 22 Enne et Delisle.—Aventureros del crimen. 23 Bernard.—La piel del león. 24 About.—El hombre de la oreja rota. 25 Tony Revillon.—El proscrito. 26 Busnach.—Yerros policíacos. 27 Potey.—Malambó. 28 Ponson du Terrail.—Diana de Lancy. 29 Vialon.—El hombre del perro mudo. 30 Salgari.—Los estranguladores. 31 Salgari.—Los dos rivales. 32 y 33 Walter Scott.—Quintín Durward. 34 Ponson du Terrail.—Capitán Coquelicot. 35 Mael.—El torpedero 29. 36 Salgari.—Los tigres de la Malasia. 37 Salgari.—El Rey del Mar. 38 Gautier.—La novela de la momia. 39 Barbey d'Aurevilly.—La virgen viuda. 40 Salgari.—El capitán Tormenta. 41 Salgari.—El león de Damasco. 42 Collins.—La muerta viva. 43 Champol.—La hermana Alejandrina. 44 Champol.—Las que vuelven. | <ol style="list-style-type: none"> 46 Cherbuliez.—Miss Rovel. 47 Salgari.—La hija de los Faraones. 48 Salgari.—El sacerdote de Phtah. 49 Dickens.—El hilo de oro. 50 Dickens.—El eco de la tormenta. 51 Davidson.—El misterio de la calle Harley. 52 Gaboriau.—El legajo núm. 113. 53 Gaboriau.—El hijo falso. 54 Monteil.—Juan de las Cadenas. 55 H. de Saint Aubin.—El cura de aldea. 56 Pradels.—Agencia matrimonial. 57 About.—Treinta y cuarenta. 58 Salgari.—Los solitarios del Océano. 59 Salgari.—El estrecho de Torres. 60 Féval.—El castillo maldito. 61 Féval.—Los vampiros.—2.ª parte de ídem. 62 Opale.—La princesa Helga. 63 L. Pebrun.—Un tío á pedir de boca. 64 L. Pebrun.—El simpático cascarrabias. 65 Féval.—Los mercaderes de plata.—3.ª parte de <i>El Castillo Maldito</i>. 66 Féval.—La casa de Goldberg.—4.ª de ídem. 67 Féval.—Los tres hombres rojos.—5.ª de ídem. 68 Féval.—El misterio de la Trinidad.—6.ª de ídem. 69 Féval.—Los bastardos de Bluthaup.—7.ª de ídem. 70 Féval.—El barón de Rodach.—8.ª de ídem. 71 Salgari.—La perla roja 72 Salgari.—Los pescadores de perlas. 73 Daudet.—Tartarin de Tarascón. 74 About.—Germana. 75 Walter Scott.—Guy Mannering. 76 Walter Scott.—Enrique Beltrán. 77 Chauvette.—La bella Alliette. 78 Cardona.—El primo. 79 Ciurana.—Una penitencia. 80 Salgari.—El corsario Negro. 81 Salgari.—La venganza. 82 Davidson.—Dorina. 83 Féval.—El lunar rojo. 84 Féval.—El fantasma. 85 Mael.—Caridad. 86 Salgai.—La reina de los caribes. 87 Salgari.—Honorata de Wan-Guld. 88 Mael.—Soledad. 89 Salgari.—Yolanda, la hija del Corsario negro. 90 Salgari.—Morgan. 91 y 92 Sienkiewicz.—Quo vadis...? 93 Ciurana.—El debut de un juez. 94 Salgai.—La capitana del Yucatan |
|--|---|



3 JUN 1908

SIEMPRE TUYA

CAPÍTULO PRIMERO

Juana se levantó de la butaca, en la que había descansado un instante con un libro en la mano, y miró pensativa en torno suyo. El salón estaba desierto: todo el mundo había aprovechado la hermosura de la noche para bajar al parque, oreado por la brisa del mar. Pareció vacilar un momento; pero después, decidiéndose de pronto, cerró bruscamente el libro, y con las manos cruzadas y los ojos medio cerrados dijo en alta voz:

—¡Dios mío! ¡Haced que no suceda nunca, nunca! Luego cubrió su rubia cabeza con la mantilla blanca que colgaba de sus hombros, y salió del salón.

El vestíbulo estaba abierto: las dos puertas vidrieras dejaban penetrar el aire embalsamado y puro que refrescaba el crepúsculo de un día canicular. La joven salió por la puerta de la izquierda, y bajó los cuatro peldaños de la escalinata. Después atravesó el enarenado paseo, la verde pradera que formaba un óvalo delante de la casa, y desapareció bajo los primeros árboles del parque.

Á la terminación del parque estaba el mar: el mar azul y límpido; las olas de ese Morbihan que baña las fértiles márgenes de Conleau y de Arradon. Por entre los claros que dejaban los troncos y el ramaje percibíase la azulada superficie, interrumpida por multitud de islas é islotes. El Sol poniente las envol-

vía con sus rayos de oro, y hacía centellear las crestas de las olas.

Juana interrogó con la mirada los alrededores. Ni una voz ni un ruido, turbaban la soledad del admirable paisaje. La joven pareció satisfecha de aquella tranquilidad, y aceleró el paso para acercarse á un banco de madera que estaba al pie de una gigantesca encina rodeada de castaños seculares.

El sitio parecía invitar á la meditación ó las prolongadas reflexiones. Desde aquel punto elevado, la vista abrazaba toda la pintoresca extensión del panorama. Oculto por la punta de Conleau, Vannes sólo dejaba adivinar su presencia por el campanario de San Pedro. Al Oeste veíase la península de Séne; al Sur, tras unas cuantas rocas diseminadas, percibíase el verdoso perfil de la isla de los Moines. Algunas barcas de pesca se deslizaban sobre el agua con sus velas blancas ó rojas, que á los oblicuos rayos del Sol lanzaban reflejos vinosos ó sanguinolentos.

En torno de la loma reinaba ese augusto silencio de los campos, ese silencio lleno de murmullos y de voces. Por entre los frondosas copas de los árboles revoloteaban grajos y picazas lanzando su estridente graznido. De cuando en cuando un graznido más fuerte interrumpía el murmullo del viento entre las

hojas, y un mochuelo de pechuga gris y grandes alas amarillentas lanzábase como una flecha en las profundidades de la azulada bóveda.

Un aroma de plantas silvestres, de resina y de serpol emanaba de las ramas de los pinos marítimos, ó se elevaba del suelo tapizado de hierba y de musgos. Los zumbidos de los insectos que fulguraban á los rayos del Sol, llenaban la atmósfera de una deliciosa armonía. La Naturaleza tenía al mismo tiempo el recogimiento de los pensamientos religiosos, y la inocencia de los sentimientos infantiles. Cuanto allí vivía, cuanto allí respiraba, era purísimo.

Juana apresuró el paso. Al dar la vuelta al recodo del sendero que conducía al banco de madera, se detuvo, se estremeció como si experimentara algún súbito temor, y retrocedió algunos pasos.

Un hombre acababa de levantarse del banco, en el cual estaba sentado. Había visto el movimiento de la joven, y también él parecía dominado por profunda turbación.

Su voz temblaba cuando saludando á la recién llegada dijo respetuosamente:

—La he asustado á usted; pero le suplico que no se marche. Yo me voy.

Juana esbozó una negativa algo tímida; pero el joven se había alejado ya unos cuantos pasos.

Juana se oprimió el pecho con ambas manos, y cuando el joven iba á desaparecer por la vuelta del camino, le llamó bruscamente con un grito que parecía un gemido.

—¡Venga usted; no quiero molestarle!—dijo.—No pensaba detenerme aquí.

El joven se volvió y desanduvo el camino, cada vez más confuso. Cuando se encontraron frente á frente, permanecieron sin poder hablar, con el pecho agitado y la respiración anhelante.

Luciano Plessy dominó al fin su emoción, y dijo:

—Puesto que se trata de un conflicto de pura cortesía, me permitirá usted que no ceda. Además, aprovecharé la ocasión para despedirme de usted.

—¿Para despedirse de mí?—preguntó la joven aturdida.

—Sí; para despedirme de usted: mañana por la mañana me voy del castillo.

Entre ambos volvió á reinar el silencio, lleno de rumores y de pidos de los pajarillos.

Juana inclinó la cabeza. Sin levantarla murmuró:

—Cree que pensaba usted estar aquí quince días.

Luciano respondió haciendo un esfuerzo:

—Ésa era mi intención; pero he tenido que renunciar á mi proyecto á consecuencia de ciertas circunstancias..., de ciertos asuntos de interés. Tengo que volver á París.

Juana recobró poco á poco su presencia de ánimo.

—¿Y esos asuntos de interés—preguntó la joven—le obligan á marcharse á los tres días de llegar?

—Sí, señorita.

—¡Ah!

Tan turbado estaba uno como otro; pero en aquel momento la agitación del joven era más visible. Juana se dejó dominar un momento por la sorpresa;

pero en seguida se sobrepuso á su emoción. La mujer tiene la facultad de poder disimular pronta y eficazmente.

Juana levantó la cabeza y miró á su interlocutor.

—Señor Plessy—le preguntó dirigiéndole una mirada y una sonrisa un tanto maliciosas,—¿me permite usted que sea indiscreta, que le exija una franca y leal explicación?

—Se lo permito á usted.

—No sé por qué, se me ha figurado que mi presencia en esta casa influye algo en su brusca decisión.

—Tenga usted la bondad de explicarse: no comprendo lo que quiere usted decir.

Juana miró en torno suyo; después, dando un paso hacia el camino, le invitó á seguirla.

—Venga usted—dijo la joven:—tengo que decirle un cosa muy grave.

Grave era también su aspecto. Su hermoso rostro, iluminado por unos ojos negros, inmensos y profundos, tenía en aquel momento una expresión dolorosa al mismo tiempo que resuelta. Aquella enérgica voluntad acababa, indudablemente, de adoptar una determinación.

Luciano estaba pálido. Parecía humillado y temeroso. Su fisonomía reflejaba un intenso sufrimiento moral; pero en sus facciones finas y delicadas lefese, sin embargo, una expresión de varonil altivez. Adivinábase que el sufrimiento podía matar á aquel hombre; pero jamás le doblegaría.

Llegaron andando á una especie de claro, á una de esas plazoletas á que tan aficionados eran los dibujantes del siglo de oro. Unos cuantos bancos de piedra, medio cubiertos de musgo, esperaban á los paseantes. De la plazoleta arrancaban seis paseos que iban á perderse en el bosque, y desde ella podían verse á grandes distancias los paseantes que se aventuraban por entre los matorrales, bajo las tiernas ramas de los sotos.

Juana se detuvo en un rincón de aquel bosquecillo. Eligió el más sombrío, el más resguardado de las miradas indiscretas que hubieran podido sorprenderlos.

Entonces dió rienda suelta á sus pensamientos, desahogando su corazón.

—Acabé de decir á usted que me parece que mi presencia en esta casa es la causa de que se marche usted tan bruscamente. Prefiero ser franca y decirle sencillamente que estoy segura de ello.

Luciano no se movió; no hizo ningún ademán negativo.

—Le conozco á usted—prosiguió la joven;—sé que es usted lealtad personificada, y confío en que no mentará usted si le suplico que me conteste con la misma sinceridad. ¿Quiere usted marcharse por causa mía?

Sus grandes ojos negros interrogaron á Luciano, y penetraron hasta el fondo de su alma.

El joven respondió con la misma sinceridad.

—Ha acertado usted: me voy por causa suya.

—¡Ah!—dijo Juana con voz alterada.

Esperaba aquella respuesta, que ella misma había provocado; pero, sin embargo, el tono con que fué

pronunciada y la actitud de Luciano trastornaron á la joven.

Después de unos segundos de recogimiento prosiguió Juana:

—Bien. Ahora ya sé á qué atenerme; pero, si usted me lo permite, seguiré interrogándole.

—¿Qué tiene usted que preguntarme?—replicó Plessy.

—Esto. Acaba usted de decirme que se marcha por causa mía. Ya lo sabía yo; y si usted me hubiese declarado lo contrario, no lo hubiese creído. Pero eso no me basta: quiero saber qué es lo que he hecho yo para merecer su antipatía hasta el punto de que no pueda soportar mi presencia.

Como el joven guardara silencio, Juana pareció profundamente disgustada.

Apoderóse de ella la cólera, que manifestó aña diendo:

—Verdaderamente, tiene usted que confesar que es una crueldad. Ésta es la tercera vez que tengo el honor de encontrar á usted en casa de unos amigos; esta es la tercera vez que nos vemos reunidos por circunstancias independientes de mi voluntad, y también de la de usted, sin duda alguna, y siempre me ha mostrado usted esa especie de aversión que no puedo explicarme. Me parece que tengo derecho á decirle que nada he hecho para merecerla.

Luciano balbuceó haciendo un esfuerzo:

—¿Ha podido usted creer tal cosa, señorita? ¿Me he portado tan groseramente que ha podido usted interpretar de ese modo mi actitud.

Sin hacer caso de esta rectificación, la joven continuó:

—Es usted uno de esos hombres cuya reputación los convierte en verdaderos árbitros de una sociedad como la nuestra, y cuya indiferencia se interpreta, si no como desprecio, por lo menos, como reprobación. No le echo nada en cara; pero reconozco que cada vez que nos hemos encontrado, ha manifestado usted hacia mí una especie de desdén muy marcado. Siempre ha afectado usted tenerme á distancia; siempre ha revelado no profesarme más que una mediana estimación. ¿Me permitirá usted que le diga que en un hombre bien educado esta conducta con respecto á una mujer puede prestarse á toda clase de comentarios? ¿Qué he hecho yo para justificar semejante conducta?

Luciano Plessy no respondió. Seguía con la cabeza inclinada.

—¿Debo eso menospreciar á mi origen, á mi educación? Reconozco que no he recibido la misma educación que las muchachas francesas. Yo lo soy únicamente por parte de padre. Mi madre me educó como ella lo había sido, con la libertad de nuestras costumbres americanas; y, sin embargo, no hay en el mundo mujer más digna de respeto que mi madre: se lo juro á usted, Plessy.

Luciano la interrumpió con viveza:

—Suplico á usted que no diga esas cosas. Ahora me corresponde á mí quejarme. Nada hay en mi conducta que pueda inducirle á sospechar que haya concebido sentimientos como los que usted me atri-

buye. Siempre he demostrado á la señora Le Roy el mayor respeto.

—Entonces, ¿es á mí solamente á quien quiere usted molestar con su desprecio?

Juana estaba de pie ante el joven, con la mano izquierda cerrada, crispada, y el brazo derecho caído á lo largo del cuerpo.

Tendría de veintidós á veinticinco años. Su belleza era de las que trastornan á la vez los sentidos y la razón de un hombre. No había nada más puro que las líneas de su rostro; nada más escultural que las proporciones de su cuerpo. La tez, de cálida blancura, parecía aun más lechosa bajo su hermoso pelo de color dorado ardiente. Sus labios rojos y sus ojos negríssimos resaltaban con extraordinario brillo sobre su cutis de niña.

El joven estaba muy pálido. En sus facciones lefese un sufrimiento desgarrador.

La cólera que expresaba el rostro de la joven le causaba un extraño malestar; pero—cosa aun más extraña—no parecía deseoso de disculparse.

—Ya lo ve usted—dijo con amargura:—todas las apariencias me condenan. Eso prueba que tengo razón en querer alejarme de usted.

Peró esta especie de confesión no era á propósito para satisfacer á Juana: por el contrario, tuvo la virtud de exasperarla.

—¿Y cree usted que semejante declaración basta para atenuar sus faltas, para reparar el mal efecto de su actitud, para disipar las sospechas de las gentes, que podrían valerse del insultante desdén de usted para entregarse á abominables calumnias?

Luciano suspiró profundamente, y con un gesto de desaliento replicó:

—Me honra usted demasiado atribuyéndome semejante influencia sobre las opiniones de mis contemporáneos en general, y de nuestros amigos en particular.

—¡Ah! ¡Creea que respondería usted de otro modo á mis quejas! Será preciso creer lo que dice la voz pública; es decir, que los poetas y los escritores guardan el corazón y el honor para sus libros. Acaba usted de mostrármelo, señor Plessy. Ni siquiera tiene usted el valor de defenderse de mis acusaciones. Después de demostrarme veinte veces una indiferencia insultante, se sustrae usted por medio de la huida á mis legítimas reconvenções. En todos los países del mundo, y en Francia también (me complazco en creerlo), esto se llama una cobardía, y me pregunto lo que hubiese usted hecho si hubiera sabido que á mi lado había un hombre capaz de exigirle una explicación más clara de su conducta.

Al oír esto, el rostro de Luciano enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

Irguióse violentamente, y dió un paso hacia la joven con amenazadora actitud.

Juana le esperó altiva y con una sonrisa de reto.

Peró Plessy se detuvo bruscamente. Un estremecimiento agitó sus miembros. Juana le vió vacilar. Como si no pudiera sostenerse, el joven se desplomó sobre uno de los bancos de piedra, y se tapó la cara con las manos, diciendo con desesperación:

—¡Ah! ¡Váyase usted; déjeme! ¡Me vuelvo loco el oír! ¡No puede usted comprender lo que está haciéndome sufrir en este momento! ¡Váyase, repito; váyase!

Pero, en lugar de marcharse, la joven permaneció ante Luciano, sorprendida, muda, devorándole con los ojos.

¿Comprendía lo que el escritor quería decir?

¿Se daba cuenta de la profunda turbación que agitaba á aquella pobre alma?

Tal vez.

Juana le desafiaba con la mirada, y conservaba su actitud de reto.

—¡Vamos!—dijo con acento burlón.—¿Ahora me dice usted que me marche? ¿No quería usted irse? ¡Vaya un cambio raro!

Luciano trató de hablar; pero la voz se ahogó en su garganta.

Juana, siempre implacable, reanudó sus ataques.

—Si le molestan á usted las reconvenciones, no debía haber hecho nada por merecerlas. ¿Cree usted que para mí ha sido agradable su desprecio?

Las facciones de Luciano habían recobrado la calma; era dueño de sí mismo.

—Sea—dijo.—Convengo en ello: he sido un grosero, he faltado á las conveniencias, y le ruego que me perdone. Ahora ya está todo terminado; ¿no es verdad? Ya está usted satisfecha, y consentirá en que me marche.

Juana se encogió de hombros.

—Que yo sepa, nunca se lo he impedido. Ya tiene usted edad para cargar con toda la responsabilidad de sus actos. Pero nunca hubiera creído que la impertinencia de un hombre pudiera llegar á convertirse en una debilidad tan lamentable.

El joven lanzó una especie de rugido. Sus ojos despidieron rayos.

—Pero ¿no quiere usted comprender?—gritó;—¿no quiere usted ver? ¿Se complace usted en atormentarme? ¡Cada una de sus palabras me hace el efecto de una puñalada, y usted es la única que se niega á adivinar la causa de mi silencio!

Juana retrocedió un paso. También había palidecido.

—¿Qué?—balbuceó.—¿Qué es lo que no quiero ver? ¿Qué es lo que no quiero adivinar?

La exaltación que acababa de impulsar á Luciano, le abandonó. Los dos jóvenes se contemplaban entretanto. No encontraban palabras con qué traducir sus impresiones.

—¡Ah!—suspiró débilmente la joven volviendo la cabeza.

Después, con voz apenas perceptible, con una voz que salía de lo más profundo de su ser, murmuró:

—¡Perdóneme usted!

Luciano se inclinó hacia ella; cogió la mano izquierda de Juana, y la cubrió de besos. La joven no le rehusa.

Luciano respondió entonces, dominado por su desesperación:

—¿Que la perdone? ¡Yo soy quien debe pedir perdón, Juana! ¡Yo, que debía haber sufrido todo sin

hablar; yo, que en un instante acabo de perder el fruto de la horrible lucha que había sostenido, de la espantosa victoria que había alcanzado sobre mi corazón! Ahora ya conoce usted la causa de mi frialdad, de lo que usted llamaba mi desprecio; ya sabe también el secreto de mis sufrimientos. La quiero á usted, Juana; la quiero con toda mi alma, y no tengo el derecho de aspirar á ser correspondido.

Juana retiró la mano suavemente, y mirándole más tranquila que el joven, pero con los ojos llenos de lágrimas, respondió:

—¡Oh! ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes? ¡No hubiera usted sido el único en sufrir, Luciano! También yo le quiero á usted; pero no tengo el menor reparo en decirlo. ¿Por qué no he de quererle?

Plessy temblaba trastornado por la alegría, y al mismo tiempo por una especie de terror.

—¿Me quiere usted, Juana? ¿Me quiere usted? ¡No; no es posible! ¡Se engaña usted, indudablemente, ó yo me engaño! ¿No es verdad que me engaño?

Juana se cubrió los ojos con la mano, y no dejó ver más que su sonrisa.

—No; no se engaña usted, y yo tampoco me engaño. Usted me quiere, y yo le quiero á usted. ¿Hay cosa más natural, más sencilla? Cuando pienso en el daño que mutuamente nos hemos hecho; cuando pienso en las cosas desagradables que nos hemos dicho, me dan unos desesos locos de reír. Según parece, en esto se conocen los cariños que duran toda la vida. Luciano, puesto que ya sabe usted la verdad, supongo que no se marchará tan pronto.

El joven la devoraba con los ojos, y sus miradas indicaban una alegría rayana en la locura. Pero las últimas palabras de la joven le hicieron volver en sí. Se estremeció, y volvió á ponerse pálido como la cera.

—Al contrario, Juana—dijo con voz sorda.—Ahora debo marcharme con mayor motivo.

Juana no quería escucharle. Riendo se acercó á él, y le puso las dos manos en los hombros.

—¿Dice usted que ahora con mayor motivo? Pues le advierto que no conseguiré asustarme ni encolezarme. ¿Tanto le desagrada á usted mi compañía? ¿No merezco más que la rápida demostración de su arrepentimiento? ¡Vamos, Luciano; respóndame!

La joven decía esto con exquisita coquetería, con ademanes enloquecedores é infantiles al mismo tiempo. En torno de ellos las hojas murmuraban, la brisa del mar tornábase más suave, y más embriagadores los aromas de las hierbas.

Ambos se entregaron á la embriaguez de su cariño: ella, con la cándida confianza en su amor, que sabía que era puro; él, con el olvido de la falta que cometía cediendo á aquella pasión.

Pero pronto la joven dominó sus arrebatos, y ruborizada y confusa.

—¡Oh!—murmuró—¡No tengo por qué desdecirme, Luciano! Suceda lo que suceda, nunca ocupará mi corazón otra imagen, otro pensamiento. Le quiero á usted: siempre, en todas partes, en este mundo y en el otro, será suya.

En lugar de manifestar alegría, las facciones de

Plessy expresaron una tristeza cada vez más sombría.

Se levantó á su vez, y, sucumbiendo al peso de su amargura, se arrojó sobre la hierba.

—¡Juana—dijo,—desde el fondo de mi alma le pido perdón!

Era la segunda vez que aparecía en su diálogo esta palabra cruel.

Juana no pudo contener un grito. Su rostro tomó una expresión de terror: tuvo como el presentimiento de la horrible verdad.

—¡Perdón!—balbuceó—¿Por qué? ¿Qué falta ha cometido usted?

Entonces, con voz temblorosa, entrecortada y anhelante, el joven hizo su terrible confesión.

—Me acuso de todo el daño que he causado. No invoco la fatalidad de las circunstancias. He querido huir; pero al ver que usted me condenaba, he desfallido. Sólo quería justificarme, y he descubierto el secreto de la dolorosa existencia que llevo desde hace dos meses. Pero todavía soy un hombre honrado, Juana, y no vacilo en reparar una falta, aunque usted me desprecie toda la vida; porque, en realidad, merezco su desprecio.

Juana le interrumpió diciendo:

—¡Levántese usted, Luciano; levántese por favor! ¡Podrían sorprendernos!

El joven se puso de pie sin atreverse á mirarla.

—Juana, acabo de decirle que no tengo el derecho de amarla. No ha querido usted escucharme, y ha sido una desgracia para ambos. Yo no hubiera hablado jamás si no hubiese enloquecido al oír á usted. Ni la fortuna de usted, ni su posición social hubieran sido un obstáculo; pero existe otro que es invencible. Soy...

—¡No siga usted!—murmuró la joven—¡Lo adivino! ¡Es usted!...

No pronunció la palabra. Luciano oyó el rumor de un sollozo, y después de aquel sollozo, estas palabras de desesperación, que el joven no trató de contradecir ni de atenuar:

—¡Adiós, Luciano!

Esto fué todo. Juana se alejó, desapareció en el laberinto del parque, sofocando su dolor, mordiendo el pañuelo de batista, que desgarraba con los dientes para ahogar los sollozos que se escapaban de su garganta. Plessy permaneció en el mismo sitio, sombrío, desesperado, sintiendo que su cabeza vacilaba, y que el pecho se le desgarraba bajo la fuerza de su emoción.

Luego se internó en lo más espeso del bosquecillo, y se dirigió hacia la azulada superficie que veía brillar á través del ramaje. Á los pocos minutos saltó la cerca de la propiedad, y se encontró en pleno campo, en medio de los sembrados, entre los senderos trazados por el paso de los hombres y de las bestias. Había poca gente en las cercanías; los trabajos del campo no son numerosos en esta época del año. Algunos carros circulaban por la carretera que bordeaba el mar. Eran carros que volvían á Vannes ó que iban á algún pueblecillo cercano, porque los bretones no son aficionados á largas caminatas en cuan-

to llega la noche. Una extraña poesía emanaba de aquel cuadro; una poesía de tranquilidad y de paz que invitaba al descanso, tanto á los seres como á las cosas.

Luciano siguió andando hacia la orilla. Sucedianse los arenales con sus grupos de rocas, con sus augagas, con sus árboles esparcidos acá y allá y mutilados por la podadera de los aldeanos. Notábase la proximidad del agua salada.

Por fin llegó al mar. La orilla tenía allí dos ó tres metros de altura. Estaba formada por bloques despedazados, desplomados, bañados por el agua salobre.

La marea subía con la sorprendente rapidez propia de aquellos parajes. Su murmullo parecía una caricia, que el desdichado tomó por una invitación. Aquella fresca le seducía, le atraía. Su sufrimiento le había privado de la conciencia de sus actos y de la energía de su voluntad. Experimentó la acerba tentación de concluir la dolorosa marcha de su vida, de sumirse en el olvido, que es la muerte.

Siguió andando automáticamente, sin dirección fija, bordeando el abismo, contenido, á pesar de todo, por el instinto de conservación, el último que muere en el hombre, buscando maquinalmente un lugar más propicio para morir con menos sufrimiento, unas aguas más profundas que abreviaran su agonía.

Cuando encontró lo que deseaba, se detuvo y contempló el mar largo rato.

Es muy raro que el suicidio sea consecuencia de una resolución fría y adoptada. Generalmente, no es más que el último acto de un drama íntimo en el que la desesperación aniquila las resistencias de la personalidad. Con harta razón se le ha calificado de cobardía, puesto que siempre es indicio de debilidad moral. ¡Ay! Desgraciadamente, es demasiado cierto que hay muchas causas, muchas circunstancias atenuantes que explican ese desfallecimiento del valor.

Luciano estaba vencido: sucumbía, y se entregaba á la fuerza ciega de los acontecimientos. No tenía miedo, porque nunca había experimentado ese sentimiento inferior; pero una especie de vergüenza le hacía vacilar. Á su edad y después de la austera existencia que hasta entonces había llevado, ¿cómo había de rendirse y sucumbir lo mismo que un joven víctima de la primera contrariedad amorosa?

¡Ay! ¡La tentación era demasiado fuerte! Las aguas que murmuraban á sus pies, arrullaban demasiado bien su dolor. Para que todos creyeran en un accidente, por una especie de falsa vergüenza, se quitó el sombrero, y lo tiró sobre la hierba. Después dirigió una mirada al cielo, como si quisiera ver á Dios, como si deseara ponerle por testigo de su impotencia para resistir sus dolores. Una vez resuelto, ó más bien, dominado por el vértigo, se acercó al abismo.

Un grito le detuvo al llegar al borde del abismo y le obligó á retroceder. Una voz anhelante acababa de pronunciar su nombre.

Oyó el ruido de una carrera precipitada; después sintió que una mano le cogía del brazo.

—¡Oh desgraciado, desgraciado! ¿Qué iba usted á hacer?

Juana estaba á su lado.

La joven le había seguido, alarmada por el extravío de su mirada; le había visto dirigirse hacia el mar, y había adivinado su funesto proyecto. Entonces en el desgarrado corazón de la joven el amor creció, repentinamente robustecido por la compasión.

¡Todo, todo, excepto aquello! ¡Era demasiado horrible!

Afortunadamente, llegó á tiempo para salvarle.

Su voz estaba llena de reconvenciones; sus palabras tenían una elocuencia desgarradora.

—De modo—decía la joven—que quería usted morir? ¿Es ésa la única solución que acepta usted, el único refugio de su honradez, la única salvación de su conciencia? ¿Iba usted á perder para siempre su alma, deseando alcanzar el descanso y el olvido? No sé si tendrá usted la fe que yo tengo; pero, seguramente, tendrá el sentimiento del honor. ¿Y cree usted que obrando de esta suerte cumpliría con lo que exige el honor? Tal vez se hubiera usted sustraído á la censura de las personas á quienes dejaba en el mundo y que podían juzgar su conducta; pero ¿está usted seguro de que yo me hubiera sustraído también á ellas, y de que la calumnia y la maledicencia no hubieran buscado y encontrado fácilmente una persona á quien hacer responsable de este accidente inverosímil?

Hasta aquel momento Luciano había escuchado en silencio, como el culpable sorprendido en el momento de cometer una falta; pero al oír las últimas palabras, respondió con amargura:

—¡Tiene usted razón; no había pensado en ello! Podía comprometer á usted. ¡Perdóneme, Juana! ¡No debo morir aquí!

El Sol acababa de desaparecer tras la costa, detrás de Baden y de la isla Berder. Una blanca neblina envolvía á los dos jóvenes.

Juana cogió las manos de Plessy, y con los ojos llenos de lágrimas se atrevió á mirarle frente á frente, dominándole con su energía.

—¡Cállate!—dijo la joven—Hablando de ese modo me insultas, blasfemas de ese amor que acabamos de confesarnos. Deseando morir, me condenas á eterna desesperación. ¡No tienes derecho á matarte! Tu confesión te ha hecho mío. ¡Me pertenece, lo mismo que yo te pertenezco á ti! ¡Tuya siempre, Luciano! ¡Seré siempre tuya, si no en este mundo, en el que yo creo, y en el que estaremos juntos eternamente! Es preciso que vivas, como yo viviré, sumido en el dolor, para que seamos dignos de pertenecernos uno á otro.

Luciano comprendió que la joven decía la verdad. El amor que se leía en sus ojos era indestructible.

Poco á poco Plessy se dejó convencer por las palabras de Juana, que llevándole de la mano como si fuera un niño, le alzó de aquel peligroso lugar. Luciano la siguió dócilmente y completamente subyugado.

II

El castillo de Kérivel pertenecía á una rica y noble familia del Morbihan. El marqués Ibo del Lantoir era descendiente de una antigua raza bretona cuya historia se confundía con la del Armor en los tiempos legendarios en que los compañeros de Conan Mériadeck vinieron de la isla de Albión, de la donde los habían arrojado los sajones, á mezclarse con sus hermanos de sangre en la tierra de granito.

¿Cómo los Lantoir, de abolengo de príncipes, habían descendido al marquesado? Ni ellos mismos hubieran podido decirlo. Sabían únicamente que había ocurrido anteriormente á los tiempos épicos, después de Morsan, después de Judicael, después de Nominoe. Como eran nobles hasta la punta de los pelos, no echaban de menos esos inútiles títulos de una época bárbara, y los reemplazaban con la superioridad de sus modales y de su inteligencia, que les aseguraba el respeto y el cariño de todos.

El marqués de Ibo del Lantoir había sido condiscípulo de Luciano Plessy. Los dos jóvenes habían estado siempre unidos por una estrecha amistad. Ibo había sido testigo de Luciano cuando éste se casó con Marta del Teste, una rica heredera de la Santonge, y Luciano había acompañado á su amigo con el mismo carácter el día del enlace del Marqués con Ana del Harscoet, una bretona de Morlaix tan pobre como hermosa. En París, donde los dos matrimonios se veían con frecuencia, el escritor, ya célebre, era uno de los atractivos de los salones del Marqués. Cuando los Lantoir vivían en Bretaña, Luciano iba al castillo á descansar de sus trabajos, y también á preparar alguno de sus delicados libros, llenos de poesía penetrante, que le habían dado fama tan extraordinaria.

Desde hacía cerca de dos meses la señora de Plessy estaba en el campo con su familia, en los alrededores de Burdeos, y había dejado á su marido solo en la capital.

Solo, no; porque al separarse de él riendo lo entregó en manos de sus amigos los marqueses de Lantoir.

—Se lo entrego á ustedes—dijo Marta á Ibo y Ana.—Procuren que no se puerierta.

Como era natural, el Marqués y su mujer se apresuraron á tomar á Luciano por su cuenta y á llevarlo á Bretaña. En aquella corta temporada, el escritor había conocido á la señora Le Roy, una americana viuda de un francés, y á su hija Juana.

Juana tenía veintidós años. La marquesa del Lantoir era ciertamente muy bella, con una belleza de madona italiana; la señora de Plessy tenía esa exuberancia de atractivos de las mujeres del Mediodía, de las cuales se encuentran tan admirables modelos en Burdeos, en Dax y en Bayona; pero Juana Le Roy era una criatura casi excepcional. Bajo su abundante cabellera de color dorado, su tez parecía má blanca, y la perfección de todo su cuerpo recordaba las formas más bellas de la estatuaria antigua. Em

naba de todo su ser una seducción extraña, enloquecedora, que al mismo tiempo dominaba el corazón, la cabeza y los sentidos. Viéndola, se comprendían esas locuras repentinas que en nuestros días han causado tantas víctimas; esas pasiones sin freno que han impulsado á muchos hombres, hasta á hombres ilustres, á la muerte voluntaria ó al crimen. Juana era un sueño viviente, un sueño dulce y terrible. Sus ojos negros tenían el atractivo del abismo, y su voz argentina y su seductora sonrisa atraían á los desgraciados.

No se crea por eso que ejercía voluntariamente una influencia maléfica; no. Muy altiva, y teniendo una idea muy elevada del deber, había conservado, á pesar de todo, ese temible prestigio que nacía del contraste de su singular encanto con la apacible belleza de las mujeres francesas. La suya tenía ese sabor exótico, embriagador, que tal vez proceda de la peligrosa libertad que se concede á la mujer en el país en que había nacido.

Juana no había conocido nunca nuestros afectos pudores, nuestra hipócrita compostura. No conocía el mal, no se avergonzaba de su influencia, no ignoraba su poder; pero hasta entonces no había hecho más que reírse de él. Su corazón no había latido por los muchachos aventureros y poco románticos de Nueva York, de Nueva Orleans ó de las poblaciones más lejanas del Far-West.

Á decir verdad, gracias á su padre tenía un carácter más refinado, más delicado. Le Roy había sido un bretón, un marino soñador y valiente, que por sus cualidades había conquistado el corazón de miss Edita Jackson, la muchacha más bella del Nuevo Hampshire.

Miss Jackson, que no aportó ni un céntimo al matrimonio, acompañó á su marido á las soledades de Tejas. Allí el bretón creó un rancho de primer orden. En tiempos anteriores había servido á las órdenes de Taylor contra los mejicanos de Santa Ana, y se había batido tan heroicamente, que obtuvo el grado de general y la concesión de diez mil hectáreas de tierra virgen. La suerte le favoreció todavía más, puesto que en aquellas diez mil hectáreas había cerca de un millar en las que se encontraban manantiales y lagos de petróleo. Repentinamente adquirió una fortuna colosal, inmensa: contaba los millones por centenares.

Entonces quiso regresar á Francia, ver otra vez á los suyos, enriquecerlos, hacer felices á todos los seres á quienes había amado. Dios no le concedió esta alegría. Murió cuando apenas tenía sesenta años, dejando su fortuna á su hijo William Le Roy, que tenía treinta y cuatro años, y á su hija Juana, que sólo contaba veinte. Pero había hecho jurar á su mujer que realizaría su proyecto; y como la señora Le Roy tenía un alma noble y generosa, como había adorado á su marido y seguía queriéndole después de muerto, terminado el luto se dirigió á Francia acompañada de su hija Juana.

Á su llegada se encontró con que de la familia Le Roy, una familia de la clase media, no quedaban más que unos primos lejanos, bastante pobres por

lo demás. Edita Jackson se portó generosamente. Cinco millones fueron distribuidos en los alrededores del hogar en que Juan Le Roy había venido al mundo. Todavía quedaba por cumplir una tarea más delicada.

Le Roy, en efecto, en su triste infancia había contraído una deuda de gratitud con el abuelo del marqués Ibo del Lantoir. Debíale su educación literaria; educación completamente inútil, por lo demás, puesto que no le había servido para nada, y se había enriquecido en el Nuevo Mundo gracias á la ganadería y á la industria. Pero, á pesar de esto, el bretón no olvidaba á su bienhechor y le profesaba eterna gratitud á él y á su posteridad.

Encargó, pues, á su viuda que buscara á la familia de Lantoir, lo que no era difícil, y que la hiciera aceptar, ya á la misma familia, ya á cualquiera de sus miembros por ella indicado, el regalo verdaderamente regio de diez millones, cuidadosamente reservados con esta intención.

Á Edita Le Roy no le costó mucho trabajo encontrar á la noble familia. El Marqués, bueno y afable para con todo el mundo, abrió sus puertas á la opulenta viuda, sin sospechar la maravillosa sorpresa que ésta le reservaba.

Pero la sorpresa le dejó literalmente aterrorizado cuando llegó á conocerla.

Fué una escena conmovedora y cómica al mismo tiempo; una escena de sainete.

No hacía aún ocho días que había llegado á París, cuando Edita se presentó en el hotel de la calle de Borgoña. Fué sola, pues no había juzgado conveniente llevar á Juana á la primera visita. Además, tal vez hubiera un poco de coquetería maternal en aquella reserva, un cálculo muy legítimo y muy inocente. Hace ya más de veinte años que es de buen tono en la aristocracia francesa contraer matrimonio con herederas extranjeras, y las fortunas exóticas han dorado no pocos blasones deteriorados.

La señora Le Roy pensó, pues, con justo motivo, que Juana podía contraer un matrimonio brillante. No sabía si aquel marqués á quien iba á visitar era casado ó soltero. Si aun era mozo, sería una buena ocasión, pues Juan Le Roy había hablado siempre á su mujer de los Lantoir como de la más empingorotada Nobleza de Bretaña y, por lo tanto, de Francia.

Pero los ochenta millones que constituían la dote de Juana eran uno de sus más insignificantes atractivos, y Edita estaba convencida de ello. La incomparable belleza de su hija le parecía un tesoro más codiciable que todos los demás. Acostumbrada al sufrimiento y á las privaciones mucho antes de aclimatare al lujo y á la opulencia, había visto trabajar á su marido, había conocido de lo que es capaz un hombre de corazón y de energía. Así, pues, no tenía la intención de realizar un negocio, de comprar un yerno, sino de asegurar la felicidad de Juana por los mejores medios.

Quería dejar á la joven en completa libertad para elegir marido, y por todos estos motivos había re-

suelto no presentarla hasta el momento oportuno.

Era necesario que la hermosa niña fuera deseada, solicitada, para que su aparición en los salones de Francia fuera verdaderamente triunfal.

La señora Le Roy fué á casa del Marqués en un coche de alquiler, y exigió que para entrar ella en el hotel abrieran de par en par la puerta cochera.

Esta excentricidad de la desconocida comenzó por hacer una impresión desfavorable en el ánimo del marqués Ibo, el cual, á pesar de su extraordinaria benevolencia, era muy rigorista con respecto á la etiqueta. Desde la ventana de su fumadero, oculto tras una cortina, vió bajar del coche á la americana. Esto bastó para convertir su descontento en una risa loca; y como adoraba á su mujer, la llamó inmediatamente para que compartiera su hilaridad. Ana se asoció á la alegría de su marido, de la que participó igualmente Domingo, el criado de confianza, cuando entró en la habitación para presentar al Marqués en una bandeja de plata la tarjeta fastuosamente adornada de «*Mistress Le Roy, née Jackson, de Dallastown, Tejas.*»

—¿Le Roy?—murmuró el Marqués pensativo.— Cuando niño conocí á un Le Roy, que era de Santa Ana ó de Auray. ¡Sí; eso es! Un hombre muy bueno, un teniente de navío.

Y pensando en la relación que podía haber entre aquel Le Roy que él había conocido cuando niño y la extranjera cuya tarjeta tenía en la mano, bajó al salón.

La madre de Juana se levantó del sofá en que se había dejado caer algo pesadamente, y le saludó con una vivacidad poco conforme con la habitual frialdad de la raza sajona.

—Marqués, *Y am very glad to see you*; quiero decir, que mí estaba muy contenta de ver á usted, porque mí haber venido á Francia para ver á usted.

Esto, con algunas otras frases complementarias, fué dicho en el francés más chapurrado que haya pronunciado jamás una boca de ultramar. Pero aquella boca sonreía tan candorosamente, aquellos ojos expresaban tal bondad, que Ibo del Lantoir se sintió conquistado inmediatamente por los modales un tanto raros de la americana.

Se inclinó galantemente ante ella, y se sentó á su lado.

—¿Viene usted de América para verme? Verdaderamente, señora, es un honor demasiado grande para mí: permítame que se lo diga.

—No, marqués; no es un honor demasiado grande. Yo sabía que no lo era, y he venido con mi hija: con mi hija Juana.

Ibo tenía que hacer no pocos esfuerzos para comprender.

La dama, en efecto, hablaba con asombrosa volubilidad; cualidad propia, por lo demás, de esa raza que no tiene reparo en echarnos en cara el mismo defecto precisamente.

El Marqués volvió á sentir tentaciones de soltar la carejada al observar el mal gusto de aquel traje, hecho, sin embargo, por la mejor modista de París. Pero ¿qué hacer? Esas mujeres, que son verdaderas

artistas, no pueden inculcar su pensamiento en los cerebros extranjeros. Que le pregunten á la más célebre de ellas lo que piensa de su clientela exótica: todas responderán que, hasta la fecha, las españolas y las vienesas son las únicas que han podido adaptarse á las modas parisienses. Y aun así, si quieren ser sinceras, añadirán que á las primeras suele gustarles ir muy «recargadas», y que las segundas son casi siempre muy «llamativas». En cuanto á las inglesas y las alemanas, las costureras tienen en sus almacenes un surtido casi invariable de telas rutilantes, de colores chillones, reservados para estas elegantes.

La señora Le Roy llevaba un traje de seda y de terciopelo en el mes de Mayo, é iba cubierta de alhajas hasta tal punto, que podía competir con el escaparate de una joyería y dar al traste con la tradición que se empeña en que todo el esplendor de los *indianos* de ambos sexos procede de las colonias españolas y portuguesas.

Pero bajo aquellas apariencias llamativas, que tal vez se extinguieran cuando se acostumbrara á las costumbres francesas, Edita Jakson, viuda de Le Roy, se revelaba tal como había sido siempre: una mujer excelente, animosa, sencilla, y á la que tal vez contrariaba todo aquel lujo que se veía obligada á ostentar.

La de Le Roy agotó todas las vulgaridades de la presentación, Tenía que empezar á tratar del delicado asunto que la llevaba á aquella casa, y, ciertamente, la cosa no era nada fácil.

Con la sagacidad que tienen todas las mujeres, y sobre todo con el sentido práctico propio de su raza, la viuda se daba cuenta de su situación. Comprendía que su marido no había exagerado al ponderarle la distinción de la Nobleza francesa, y especialmente la de los Lantoir. Juan de Le Roy, por lo demás, era un buen juez, y su mujer recordaba complacida la elegancia de su postura y de sus modales. Por eso fué por lo que el francés la sedujo y conquistó su corazón y su mano cuando ella era una fresca y sonrosada miss de Concord, en el Merrimac. Y aun á la sazón, en su modestia de mujer ya entrada en años, y en su orgullo de madre, no se cansaba de decir á su hija:

—¡Oh Juana, *my darling*; eres el retrato de tu padre! ¡Tienes el mismo *looking* que él, *good girl!*

Y en realidad, si Juana había heredado de su padre la distinción y la elegancia de Le Roy, se parecía también á su madre en la nacrada blancura de su tez y con los dorados reflejos de su pelo.

Había llegado la ocasión de explicar al Marqués el objeto de su visita.

Edita comenzó por recordar los beneficios con que el difunto marqués del Lantoir favoreciera á su marido.

Este último, en efecto, cuando no era más que un muchacho huérfano y sin fortuna, había sido recomendado al marqués Lantoir; se interesó por él, seducido desde el primer instante por su aspecto leal é inteligente, y prometió ayudarle con sus consejos y su influencia.

—No he tropezado con un ingrato—pensó á la primera ojeada.

Y gracias á él Juan Le Roy pudo estudiar la carrera de las leyes. Durante algunos años vegetó en Francia, y resolvió expatriarse sin haber podido demostrar á su bienhechor la gratitud que acumulaba en su corazón, y que el Marqués tenía derecho á esperar.

Después, cuando le favoreció la fortuna, no tuvo más que un pensamiento: pagar su deuda. Disponíase á salir de América, cuando supo casualmente la muerte de su protector. Demoró su viaje, y, herido de muerte á su vez, legó á su mujer el encargo de representarle corca de la descendencia de sus protectores.

Durante esta explicación Lantoir había tratado de

que en su voz ni en su gesto se trasluciera ningún orgullo, que Ibo del Lantoir, sin poder contener la risa, trató de disculparse, y le dió calurosamente las gracias.

—Verdaderamente, señora,—dijo,—haría mal en hacerme rogar. Sin embargo, permítame usted que aplice la conversación sería sobre este asunto. Ya procuraremos ponernos de acuerdo sobre el empleo que puede darse á semejante fortuna. Mientras tanto, nos consideramos muy honrados, tanto mi mujer como yo, si se digna usted renovar su visita y presentarnos á miss Juana.

Ibo hablaba correctamente el inglés, y esto fué un nuevo mérito á los ojos de la señora Le Roy.

Cuando la viuda salió del salón, el Marqués subió á sus habitaciones deseoso de contar á Ana la inve-



Se inclinó galantemente ante ella ..

cortar el torrente de palabras de la viuda; pero ella, al verse en tan buen camino, no se detuvo, y, temerosa de perder el hilo de su discurso, no tomó aliento hasta después de concluir sus confidencias con la enunciación del fantástico legado.

El Marqués, estupefacto, necesitó que le repitieran aquella enorme cifra. Después, lleno de escrúpulos, y no teniendo, por lo demás, ninguna necesidad de semejante fortuna, quiso negarse á admitirla.

—¡Oh marqués!—protestó entonces la americana con su francés chapurrado:—¡no puede usted negarse á aceptarlo! Mi marido me obligó á prometerle que le entregaría á usted ese dinero. Déselo usted á cualquiera, haga con él lo que se le antoje; pero acéptelo. En cuanto al perjuicio que pudiera causar á mis hijos, no tenga usted el menor escrúpulo. Cada uno tiene ochenta millones.

Pronunció estas cantidades con tal sencillez, sin

rosfímil historia de aquella colosal herencia, que venía como caída del Cielo.

La joven cruzó las manos y levantó sus hermosos ojos al cielo.

—En todas partes hay corazones nobles y almas generosas, Ibo. Me alegro mucho de saber que ese señor Le Roy era bretón; pero eso no disminuye en nada el mérito de su mujer y de sus hijos. Pocas personas hubieran cumplido de tal suerte con un deber de simple agradecimiento.

Y añadió con exquisita gracia:

—Tendré mucho gusto en recibir á esa excelente mujer tan excéntrica. Si la hija se parece á la madre, debe de ser muy interesante.

Tal fué la entrada en escena de Juana Le Roy, rica heredera americana, en los salones de la aristocracia francesa, cerrados para todos los demás.

La aparición fué sensacional. Desde el primer bai-

le Juana conquistó el cetro de la elegancia [y de la belleza. Justificó todo el orgullo, colmó todas las esperanzas de su madre. Hija de un francés, demostró, desde el primer momento que poseía la educación nativa, la innata distinción que en nuestro privilegiado suelo pertenece casi sin diferencia á todas las clases sociales.

Á consecuencia de sus triunfos, la bella extranjera se convirtió en la amiga íntima de los Lantoir. Y como la cuestión de los diez millones seguía pendiente, como la excelente Edita la sacaba á relucir á cada momento, sucedió que una noche Ibo y Ana, que después de seis años de matrimonio estaban tan enamorados como el día de su boda, mientras se besuqueaban cariñosamente pusieron á discutir con seriedad tan arduo problema.

—La verdad es—decía Ibo—que la cuestión es muy difícil. Siempre es agradable coger diez millones, «Diez millones siempre son necesarios», como decía Octavio Feuillet. Pero para nosotros dos, querida, son completamente inútiles: ¿Aumentaran, acaso, nuestra felicidad?

—Cierto—respondía Ana [apoyando la cabeza en el pecho de su marido—¿Qué podrían darnos esos diez millones que no tengamos ya?

Ibo sonrió, y dijo alegremente al oído de su mujer.

—Todavía nos falta alguna cosa. ¡Ya hace más de seis años que estamos casados, hija mía!

Ana suspiró bajando los ojos y ruborizándose.

—¿Qué quieres!—murmuró—¡Dios nos lo concederá algún día!

Entonces reanudaron la conversación.

—Eso no resuelve la cuestión. ¿Cómo vamos á emplear esos diez millones inesperados?

—Estoy tan apurada como tú, Ibo—respondió Ana poniéndose seria.

El Marqués bajó la cabeza; después, soltando una carcajada, exclamó:

La verdad es que, aunque lo juráramos, nadie querría creer que estamos tan apurados porque tenemos que aceptar diez millones.

Entregáronse un instante á la hilaridad, provocada por esta reflexión, y al fin prosiguió Ibo:

—¿Quieres que te diga una idea que se me ha ocurrido?

—Veamos; habla. Tal vez se te haya ocurrido lo mismo que á mí.

—Pues bien; escucha. Podemos hacer feliz á una persona á quien los dos queremos mucho: á tu hermano Pedro. Me parece que con semejanje capital no encontrará ya ningún obstáculo, y que le recibirán muy bien en casa de Preyssac.

—Olvidas que Pedro es la delicadeza personificada, que es muy altivo, y que quiere que le amen por sus propios méritos.—Y añadió con adorable sonrisa—¿No le has dado un ejemplo malísimo casándote con su hermana, que era tan pobre como él?

El Marqués pagó á su mujer estas dulces palabras robándole otro beso.

Ana continuó:

—Además, aquí para nosotros no creo que la posición de nuestro marino hacia la bella Daniela sea

tan tiránicas. Esa muchacha, por otra parte, posee condiciones morales poco halagüeñas. Sus atractivos exteriores ocultan un alma muy seca, muy mezquina; todo lo contrario de lo que sueña Pedro, que es una especie de paladín.

—Entonces, ¿crees que rechazará esos diez millones?

—No lo aseguraría. Tal vez los aceptara para emplearlos en alguna vasta y generosa empresa; tal vez para invertirlos en alguna utopía humanitaria y social.

—Entonces, por lo que á él respecta, la cuestión está en pie. Pero, puesto que estamos tratando de esto, comuníqueme tu idea. Á veces las mujeres tienen mejores inspiraciones que los hombres.

—Siempre, señor y dueño mío—respondió Ana alegremente.

Y en seguida expuso su proyecto.

Consistía en llamar al amigo más íntimo del Marqués, á Luciano Plessy, y sin revelarle el origen de su nueva fortuna, que excedía, por lo menos, en dos millones á la de los Lantoir, preguntarle su desinteresada opinión sobre el empleo que se podía dar á los diez millones.

—Plessy es un hombre inteligente: tú mismo, Ibo dices muchas veces que es un hombre de genio. ¿No será ésta una buena ocasión para que tú y él realicéis uno de esos hermosos proyectos de política social en que tantas veces pensáis?

Al Marqués le pareció de perlas aquella idea. Luciano era su amigo de la infancia, su compañero de colegio. Le conocía muy bien, y había juzgado su conducta desde los bancos del colegio. Á sus ojos, el joven escritor representaba la encarnación más noble de la inteligencia unida á la grandeza de alma y á la honradez. No había, pues, consejo que le pareciera más agradable.

Inmediatamente escribió á los Plessy una carta apremiante invitándolos á hacer sus baúles, en previsión de un viaje al castillo de Kérivel, en la costa del Morbihan.

Luciano y Marta Plessy acudieron en seguida. Pero Marta no fué más que para rehusar alegremente la invitación, alegando su próxima salida para el Mediodía, adonde iba, como todos los años, á pasar tres meses con su familia en una magnífica propiedad en los alrededores de Dax.

Pero como su marido no la acompañaba, le dejó confiado al cuidado de sus amigos, haciéndoles toda clase de prudentes recomendaciones.

De este modo conoció Luciano Plessy á Juana Le Roy.

Físicamente, Luciano era un hombre notable.

Tenía una cabeza de medalla antigua, admirablemente modelada. Por costumbre, no por presunción, se afeitaba la barba, no dejándose más que un sedoso bigote con las guías algo caídas. Su boca tenía una expresión seria, casi melancólica, que armonizaba perfectamente con la mirada soñadora y triste de sus ojos azules. Hablaba poco y era sobrio de gestos: su voz era musical; su sonrisa, dulcísima. También él

era bretón; pero de esa parte de Bretaña que confina con el Maine. Su juventud había sido muy triste. Cuando era niño quedó huérfano de padres, y su adolescencia se deslizó en Rennes entre los muros de un austero colegio de frailes. Allí conoció á Ibo del Lantoir, y trabó con él una amistad profunda, indestructible, fundada en una gran semejanza de gustos y de caracteres.

El Marqués no quería que su amigo fuera desgraciado. Dueño desde muy joven de su fortuna, se dedicó á proteger á Luciano. Los Plessy pertenecían á esa clase media francesa que tan brillantes páginas tiene en la Historia. Luciano, último representante de una familia de abogados, era digno del cariño que

También ella tenía una amiga á la cual la unía, si no un cariño tan grande como el que Ibo profesaba á Luciano, por lo menos, una amistad leal y duradera.

Por el contrario de la familia del Harscoet, la del Teste, oriunda de la Saintonge, con numerosa ramificaciones en el Sudoeste, era opulenta; y Marta, hija única del recaudador general de Ile-et-Vilaine, recibiría una dote de quinientos mil francos.

¿Cómo con semejante fortuna y—lo que aún vale más—con una belleza deslumbradora, Marta del Teste no se había casado á los veinticuatro años y medio; es decir, en vísperas de quedarse para vestir imágenes, oficio que tanto asusta á las muchachas?



Uno de ellos, el preferido, se mató al saltar un obstáculo en el concurso hípico...

le profesaba su amigo. Gracias á éste concluyó su carrera; pero, por consejo del mismo Marqués, se apresuró á consagrarse á las letras en cuanto consiguió adquirir una posición que le permitió vivir independiente.

Sus comienzos en la literatura fueron brillantes. Hízose célebre en poco tiempo, sobre todo como autor dramático, y de este modo llegó á tener una posición muy desahogada. Á los treinta años podía considerarse rico y hubiera podido descansar sobre sus laureles, que estaban lo suficientemente dorados para asegurarle una renta de diez ó doce mil libras.

Pero Ibo, que se había casado por amor á los veintiséis años, se empeñó en proporcionar á su amigo la misma felicidad.

Y se dedicó á buscarle mujer con un celo que la Marquesa secundaba lo mejor que podía.

Ana tenía precisamente á mano la ocasión que buscaba su marido.

Sencillamente, por el excesivo desdén con que la bella heredera había tratado hasta entonces á todos los candidatos que se le presentaron.

—Yo quiero escoger un marido á mi gusto—respondía, no sin alguna insolencia, á sus padres y á sus amigas cuando la instaban para que hiciera feliz á algún pretendiente concediéndole con sus encantos una mano que llevaba medio millón.

Tanto hizo, que justificó al pie de la letra aquella fábula que comienza con estas palabras:

«Cierta muchacha demasiado altiva.»

Y aquella otra preciosa fábula titulada *La garza*.

Al cumplir los veintitrés años, Marta vió aclararse las filas de sus pretendientes; seis meses después, ya no había en torno suyo más que una docena; al cabo de un año, sólo le quedaban dos. Uno de ellos, el preferido, se mató al saltar un obstáculo en el concurso hípico del Palacio de la Industria; pero tuvo el buen gusto de morir heroicamente ante los ojos de su

amada. Un cuarto de hora antes se había acercado á saludar á la joven, y había cambiado con ella algunas palabras que, según malas lenguas, habían sido algo vivas.

Aquel accidente dió una extraña celebridad á Marta. La acusaron de hacer mal de ojo, y el último candidato no se las echó de valiente. En lugar de aprovecharse de las circunstancias que le dejaban el campo libre, se eclipsó prudentemente, y su retirada acabó de desvanecer las esperanzas de Marta, contribuyendo á darle una reputación análoga á la de Sara, hija de Raquel, antes de casarse con Tobías.

Así las cosas, Ana del Lantoir invitó á su amiga á pasar un mes en Kérivel. Por su parte, Ibo llamó á Luciano. Ninguno de los dos estaba prevenido; ambos fueron al castillo creyendo ser el único invitado.

Uno y otro eran jóvenes y guapos, y no se desagradaron. Luciano poseía una fama naciente, propia para seducir á una imaginación romántica.

Marta se enamoró de la futura gloria de su novio más que de su novio mismo. Por su parte, Luciano que nunca había amado, se equivocó de muy buena fe sobre sus propios sentimientos. Le deslumbró la belleza de la joven, y deseó á Marta sin amarla.

Celebróse el matrimonio, fueron dichosos, puesto que en cuatro años que siguieron ni un celaje obscureció el cielo azul de los recién casados. Sin embargo, á pesar de las apariencias, un atento observador hubiera notado que el sol de aquel cielo no calentaba, pues ante él se experimentaba la misma sensación que al contemplar en el invierno el cielo azul, limpio de nubes por el viento Norte.

Pasados los seis primeros meses, empezó para el matrimonio una vida fácil, desprovista de contrariedades, sin estorbos de sentimientos falsos. Marta no modificó sus costumbres en lo más mínimo. Todos los años hacía un largo viaje. Luciano la acompañó al principio, más por satisfacer la vanidad de Marta, que estaba orgullosa de exhibir un marido ya célebre, que por su propio gusto. Después, al tercer año aprovechó un pretexto, y se fué á cazar á las propiedades del Marqués; y al cuarto manifestó el deseo de no salir de la capital.

Al quinto año Marta adelantó la fecha de su viaje.

Por eso estaba ausente cuando la señora Le Roy y su hija se hospedaron en casa del Marqués.

Esto no fué más que una desgracia relativa. Nada hubiera evitado su presencia.

En efecto; el amor de Luciano y de Juana fué tan espontáneo como imprevisto. El rayo produce estos efectos, estos choques, que hieren sin que nadie pueda evitarlo. Los jóvenes al principio esquivaron el peligro, ó mejor dicho, Luciano fué quien mostró á la americana una indiferencia glacial.

Pero Juana amaba también: no pudo soportar aquel desdén, y sufrió cruelmente. Como ignoraba que Luciano fuera casado, no admitió ni por un instante la idea de que pudiera existir un obstáculo entre un hombre joven, guapo y ya célebre y una muchacha también muy bella y que poseía además una dote de ochenta millones.

Decidida, pues, á obligar á Luciano á declararse,

no vaciló en pedirle una explicación sobre sus «desdenes».

El resultado de esta explicación fué el que era de esperar.

Surgió la confesión, fatal, irreparable, y los dos desgraciados se encontraron ante su común miseria, cómplices inconscientes de una falta que no habían querido cometer.

Ambos eran inocentes. Ninguno de los dos tenía nada que echarse en cara.

Pero Luciano sucumbió á su dolor y quiso morir: Juana tuvo compasión de él, y le salvó. Desde entonces quedaron unidos moralmente, puesto que el amor de Juana se había convertido en cierto modo en prenda de la redención de Luciano.

Los días que siguieron á la confesión fueron tristes y dulces al mismo tiempo para los dos culpables.

Toda sacudida moral ó física va seguida de un período de languidez y aniquilamiento. Luciano y Juana experimentaron al mismo tiempo esta deliciosa sensación. La tentación era demasiado grande para que pudieran resistirla; la libertad de que disfrutaban en el castillo, demasiado completa para que no tuvieran ocasión de encontrarse á solas.

Se vieron todos los días. Sus conversaciones fueron castas y puras. Se amaban demasiado para no respetar su amor.

Pero, por lo mismo que el fuego era más puro, era más ardiente. De tal manera los abrasaba, que se horrorizaban al pensar en la separación. Viviendo juntos, soñaron ambos con una unión ideal que no terminaría ni con la muerte, y se entregaron á ese sueño embriagador.

El sueño duró hasta el día en que ambos comprendieron por los estremecimientos de su ser que habían llegado al límite de los afectos puramente morales; y que en lo sucesivo la felicidad de su alma no satisfaría las ansias de la pasión.

Aquel día Juana tembló al recordar un beso demasiado ardiente, y Luciano se horrorizó al ver que al contacto de su amada podía experimentar una voluptuosidad que no era el sencillo éxtasis del corazón.

Y como ambos tenían un alma hermosa, un carácter noble y puro, sin decir nada de la peligrosa turbación que acababan de experimentar, resolvieron poner término á la excesiva complacencia que habían concedido á su amor, hasta entonces inocente.

Juan anunció á Luciano que iba á marcharse.

Plessy comprendió. Con los ojos llenos de lágrimas acercó á sus labios la blanca mano que le tendían, y sofocado por los sollozos, declaró que era á él á quien correspondía marcharse, y que se marcharía.

Desde aquel momento su resolución estaba tomada; su sacrificio, hecho. Una circunstancia accidental determinó el cumplimiento de esta heroica decisión.

Pedro del Harscoel acababa de llegar al castillo.

III

El recién llegado era un hombre de unos veintiocho años. De estatura más que mediana y de extraordinario vigor, el teniente de navío Harscoet encarnaba el verdadero tipo bretón en sus cualidades más puras y más nobles. Era soñador y taciturno, compasivo con los desgraciados, tenez y valiente hasta la temeridad. Su infancia había sido muy triste. Confiado á los cuidados de su madre por el barón de Harscoet, también marino, que murió en el sitio de París, perdió á su madre seis años después que á su padre. Pedro tenía entonces doce años, y su hermana Ana, seis. Él entró en el «Borda» á los quince años, y Ana no salió del convento en que la había recluido un tutor poco cariñoso, hasta que fué á casarse con Ibo del Lantoir.

Ana había tenido mucha suerte. Su hermano conquistó sus grados y la cruz de la Legión de Honor portándose como un héroe en el Tonkin, en Túnez y en Madagascar. Cuando hablaba de él, Ana decía con los ojos llenos de lágrimas:

—¿En dónde encontraré una mujer digna de comprenderle y de amarle?

Ibo del Lantoir quería mucho á su cuñado, y era de la misma opinión que Ana.

También él buscaba una mujer para Pedro; pero hasta entonces entre todas las que conocía no había encontrado ninguna que fuese digna del marino.

Entonces llegó miss Le Roy.

Por un instante los Marqueses pensaron en la americana.

Desgraciadamente, al conocer el carácter de su nueva amiga, sin dejar de estimarla y de quererla, retrocedieron ante la perspectiva de una unión entre la caprichosa y libre Juana y el hombre tranquilo, de alma tierna y llena de poesía que se llamaba Pedro del Harscoet.

Pensaron que entre aquellas dos naturalezas existían contrastes demasiado fuertes, y que la prudencia más elemental oponía su veto al proyecto de tan desproporcionado matrimonio.

Había además otra dificultad para la celebración de aquel enlace.

Ignoraban por completo las opiniones de la joven.

En cambio, Ana é Ibo sabían á qué atenerse acerca de la delicadeza de Pedro. No ignoraban que el teniente de navío no transigía con el honor ni con la dignidad. Muchas veces delante de su hermana y de su cuñado el marino había expresado sus opiniones con una claridad y una precisión que no dejaban lugar á dudas.

—No creo—decía—en los matrimonios desiguales. Un hombre, cualquiera que sea la condición á que pertenezca, puede sin rebajarse casarse con la mujer que elija. Si es de condición inferior, la eleva hasta él. Pero es preciso que semejante acción esté ennoblecida por un sentimiento generoso; que el amor no le sirva de disculpa, sino de justificación. Con semejantes pensamientos acerca del matrimonio, Pedro de Harscoet no podía pensar en enla-

ces fundados sobre el cálculo. Tanto, que Ibo, después de varias discusiones con su mujer á propósito de algunos proyectos matrimoniales, acabó por decir haciendo un gesto de cansancio el día en que debía llegar Pedro:

—¡Bah, querida Ana; que case á tu hermano quien quiera! Yo no me atrevo. Y, para serte franco, te diré que Pedro es uno de los hombres que deben arreglarse solos para casarse.

Tuvieron que ponerse de acuerdo sobre este punto, aunque la Marquesa hizo observar á su marido lo poco apto que el marino era para el empleo de pretendiente, aunque lo ejerciera por su propia voluntad, como lo probaba el mal resultado que había obtenido en su primera tentativa con la señorita de Preyssac.

—Pues bien—dijo Ibo;—no habrá más remedio que volver á empezar esas negociaciones: sobre todo si Pedro consiente en aceptar toda ó parte de la fortuna que nos traen de América.

Esta conversación fué interrumpida por el ruido de un coche, del cual bajo el oficial tan impacientemente esperado, y cuyo porvenir preocupaba tanto á los señores del Lantoir. De un salto subió la escalinata, y estrechó entre sus brazos á su hermana, que había salido á recibirle. Los hermanos estuvieron largo rato unidos en apretado abrazo. Ana se separó la primera para dejar el puesto á su marido. Luego que los dos hombres se estrecharon afectuosamente las manos, Ana volvió á acercarse al recién llegado.

—¡Qué alegría volver á verte, Pedro!—dijo la joven.—Esta separación me ha parecido mil veces más larga que las otras. Pero ¡qué moreno estás, chiquillo! ¡Pareces un beduino!

El joven sonrió, y se extasió á su vez ante la belleza de su hermana, que, según él, estaba cada día más bonita.

—¡Vamos, vamos; dejad vuestras exclamaciones para más tarde, y venid á comer!—dijo alegremente Ibo.—Estoy seguro de que Pedro no desea otra cosa.

Y ofreciendo el brazo á su mujer, se la llevó al comedor, en donde pocos instantes después entró el oficial.

Libre ya del polvo del camino, el barón de Harscoet, presentaba ya buen aspecto, á pesar de tener el rostro tostado por el aire del mar. Su uniforme de teniente de navío hacía resaltar su esbelto talle y sus anchos hombros. Llevaba la barba recortada por las mejillas, y larga por la barbilla. Sus ojos azules expresaban á la vez una audacia viril y una dulzura casi infantil. Se captaba inmediatamente las simpatías de cuantos le veían, y, evidentemente, él tenía la culpa de que hasta la fecha no hubiesen tenido mejor resultado sus asuntos matrimoniales.

Al entrar sin ningún cumplido en la suntuosa habitación revestida de ensambladuras antiguas que se remontaban á la época del Renacimiento, no pudo dominar un movimiento de sorpresa al aludarse á las nuevas amigas de sus hermanos.

La señora y la señorita Le Roy estaban en el co-

medor, vestidas con la elegancia que exige la etiqueta.

Pedro saludó respetuosamente á la madre y á la hija, á las cuales Ana le presentó con esta sencilla fórmula, la mejor para los amigos de la casa.

—Mi hermano Pedro.

Harscoet se dirigió apresuradamente hacia Luciano, que salió á su encuentro con los brazos abiertos.

—Parece que esta campaña no te ha fatigado, Pedro—dijo el escritor.

—No, querido—respondió el marino;—aunque la hemos hecho en condiciones muy duras, puesto que este invierno hemos padecido un frío extremado.

—Verdad es—añadió Luciano.—Muchas veces, en París, en las noches en que estábamos á 18 y á 20 grados bajo cero, me he acordado de ti, y te he compadecido al pensar cuáles serían los rigores del mar del Norte y de Terranova.

—¿Viene usted de América?—preguntó alegremente la señora Le Roy.

—Sí, señora—contestó Pedro sonriendo:—por lo menos, de los mares americanos; porque he de confesar que Terranova, San Pedro y Miquelon son las únicas poblaciones del Nuevo Mundo en que he puesto los pies.

—Entonces—dijo Juana con malicia—no puede usted tener una idea muy elevada de nuestra patria y de sus habitantes; sobre todo, de sus habitantes.

El teniente de navío replicó galantemente:

—¡Ah, señorita! ¿Qué necesidad hay de ir á América para admirar la belleza y la gracia de las compatriotas de usted, cuando nos basta volver á Francia para contemplarlas en todo su esplendor?

Esta galantería fué dicha con exquisita discreción.

Ana miró á Ibo á hurtadillas, y el Marqués sonrió disimuladamente. Aquella mirada y aquella sonrisa significaban:

—¡Vaya; vaya! Parece que el marino se ha emancipado! Sale de su acostumbrada reserva, para meterse de rondon en los dominios del madrigal. ¿Habían bastado los atractivos de la yankee para provocar esta metamorfosis?

La comida, así comenzada, continuó y terminó en medio de una alegría dulce y familiar.

Al levantarse de la mesa, Pedro ofreció el brazo á miss Le Roy, mientras que Luciano acompañaba á la Marquesa, pues Ibo, en su calidad de amo de casa, estaba condenado á atender á la opulenta viuda.

Pero el día siguiente fué triste; un día de despedidas. Luciano Plessy, como había prometido á Juana, se marchaba de Kériel. El Marqués, su mujer y Pedro demostraron al literato que sentían mucho su marcha, á pesar de que estaban seguros de que volverían á verle pronto.

Los que verdaderamente sufrían eran los dos infortunados amantes, que no tenían más remedio que ocultar el secreto de sus lágrimas. Luciano, por lo menos, tuvo la suerte de no encontrar ningún compañero de viaje, tanto en el coche que le llevó de Arradon á Vannes, como en el vagón en que fué de

Brest á París. Pudo llorar á sus anchas, y sus lágrimas calmaron sus nervios, sobrecitados por el enorme esfuerzo que había tenido que imponerse.

Juana sufrió mucho más: su dolor, obligado á ocultarse, fué por eso mismo más cruel.

Pretextó una fuerte jaqueca, y se encerró en su cuarto, en donde dió rienda suelta á la inmensa tristeza que llevaba su corazón.

¡Pobre niña! Su entrada en la realidad de la existencia había sido horrible. Bella hasta el punto de enloquecer de amor á los más prudentes; rica, como una de esas fortunas fantásticas que parecen pertenecer más bien al dominio de la imaginación que de las cifras, veíase condenada á envidiar la suerte de la más humilde, de la más pobre de las muchachas del pueblo, que no tienen millones, pero tampoco necesidad de fingir ni de ocultar avergozadas sus más puros sentimientos.

¡Cuán horrible era la desesperación en que se convertía cuando contraba sumida la desgraciada Juana!

Había ido á Francia no tanto por conocer el antiguo continente, el noble pueblo que era también el suyo, puesto que su padre era francés, como para cumplir el piadoso deseo de su padre, que había muerto en sus brazos y en los de su madre; para pagar una deuda de agradecimiento. Había llegado á Francia con la sonrisa en los labios, con el alma llena de juvenil esperanza, con esa despreocupación que con ese descaro que los hombres de la Europa admiran en sus compatriotas. Y tal vez pensara con inocente coquetería que si encontraba en su camino algún francés que tuviera la suerte de agraderla, consentiría en hacer dichoso á aquel ballero desconocido.

Y en cuanto desembarcó sintió que surgía en su interior un sentimiento ignorado. Al ver el campo de los pueblos que atravesaba, con sus góticos campanarios, comprendió que existía en su alma un sentimiento artístico, latente hasta entonces. Aquel sentimiento se perfeccionó, se afinó por decirlo así, al contemplar la capital. París la deslumbró, y el entusiasmo que experimentó la hizo casi avergonzarse de no haber sido hasta entonces más que la hija de un país más libre tal vez, pero desprovisto de historia y de esas riquezas que únicamente pueden adquirirse con el trascurso de los siglos.

Tal era el estado de su alma cuando conoció á Luciano Plessy. Con sus correctas facciones, la melancolía de su mirada, la dulzura de su sonrisa, las existentes vibraciones de su voz, que hacían resaltar las bellezas del idioma francés ó prestaban particular encanto á las obras que producía su ingenio, el escritor le pareció una de las más ilustres glorias de ese París, en el que tantas se encuentran. Se le admiró apasionadamente; le amó sin desconfianza, encontrando muy natural aquel amor, pues que le elegía á Luciano por único objeto de su afecto, puesto que estaba dispuesta á consagrarse toda su vida con la rigurosa fidelidad del juramento de esposas y de la consagración nupcial.

Y he aquí que—triste fatalidad!—aquel hombre que había querido huir de ella, la amaba también

con igual ternura, y que la mutua confesión de su cariño terminaba en una sentencia sin apelación, en la reprobación eterna, en una despedida sólo comparable á la que priva para siempre de esperanza á los condenados.

¡Pobre Juana! ¡Cuán digna era de compasión, y cuántas lágrimas tenían que verter sus ojos!

Ni por un instante se le ocurrió la idea de que podía capitular con su corazón, transigir con el deber, salvar las apariencias concediendo á la pasión algunas satisfacciones. ¡No! Hasta se censuró con severidad el haber tenido demasiadas complacencias con aquel amor, por haber aceptado las demostraciones de cariño de Luciano. Sentencióse severamente, y juró arrancar de su alma, no el amor, sino las debilidades de su voluntad. Prohibióse toda misericordia, toda cobarde concesión á la esperanza, puesto que para que fuera cumplida, era necesario unir á ella el abominable deseo de la muerte de una criatura humana.

Entonces, dominada por su inmensa pena, experimentó la acerba voluptuosidad de considerar como una dicha su desgracia, de adormecer su corazón no por la promesa de un místico más allá, de otra vida á haber la que encontraría al ser amado, sin que la sombra de una falta viniera á manchar su profundo amor, que no sería más que un prolongado martirio. Esta fué la única interpretación que se atrevió á aplicar á las palabras pronunciadas ante la angustia de malis Luciano: «Siempre tuya!»

Frente á sí misma, en la soledad de su pensamiento, Juana podía apreciar mejor la gravedad de su presente situación. Por más que restringiera el sentido de aquellas dos palabras á sus propios ojos, esta restricción no era aceptable más que para ella misma. Para Luciano contenían una promesa, un irrevocable compromiso.

En realidad, el compromiso existía. La lealtad de Juana no admitía reticencias. Se había consagrado al señor aquel hombre, no para gozar de las alegrías de la vida, sino para poseer el momento, sino para disfrutar de una especie de anticipación de las bienaventuranzas inmortales, las cuales esperaba con su firme creyente para hallar en ellas un consuelo. Juana se consideraba como una viuda que después de la muerte de su esposo continúa fiel al culto de sus gloriosos recuerdos. Luciano no le pertenecía en este mundo, pero él que todas las leyes divinas y humanas le semejaban de ella. Pero sin delinquir, podía creer en la existencia eterna de un amor purificado por el sufrimiento.

Esta es la ilusión de esas hermosas almas á quienes ofusca la conciencia de una falta, que no consiguen que sus sentimientos sean rebajados, manjeados, por la exigencia de los apetitos terrenos. Se refugian en una concepción quimérica del amor, que reduce á las condiciones de una amistad artificial, sin reparar que, mutilado de esta suerte, no puede vivir el amor, y que con mucha frecuencia se resigna á esta apariencia de sacrificio para parecer más violento, más irresistible, á la primera ocasión que le ofrezcan las circunstancias.

Juana era demasiado joven, demasiado leal para tener la experiencia y la prudencia necesarias en estas materias. Cometió una falta que otras personas de más edad y más expertas que ella hubieran cometido también en su situación. Cogió una pluma, y escribió á Luciano una carta que creía necesaria para explicarle su determinación y los motivos que se la dictaban.

Aquella carta, en tales momentos, fué un consuelo más bien que una razón invocada para justificarse.

Decía así:

«Querido y desgraciado amigo: Ya se ha marchado usted. Cada minuto que pasa, aumenta la distancia que nos separa. Esta separación es tan cruel, que me pregunto si la muerte podrá serlo tanto.

»Y, sin embargo, es necesaria, indispensable. Nuestra desgracia nos ha acercado nada más que para separarnos fatalmente. Sólo nos hemos conocido para padecer toda la vida.

»Le estimo á usted lo bastante después de estos días que hemos pasado juntos, para saber que se resignará al espantoso dolor de nuestra ausencia; que no tendrá ningún pensamiento que le haga avergonzarse y que aumente mi horrible sufrimiento, contra el cual lucho con tanto trabajo. No tenemos otro medio de permanecer dignos el uno del otro, y para tener el derecho de conservar nuestro afecto puro y sin mancha, debemos cerrar los ojos á toda esperanza.

»No le recuerdo esto para ahondar su herida; lo hago para evitarle las tentaciones cobardes, las sugerencias de la desesperación. Separémonos en este mundo, Luciano, para que podamos reunirnos en el otro.

»Suya,

»Juana.»

Sin reflexionar más, debió la carta, la metió en un sobre, y después de escribir las señas con mano temblorosa, la echó ella misma al correo. Ninguna muchacha francesa hubiera exagerado hasta ese punto el desprecio de lo que se ha dado en llamar las «conveniencias sociales». Miss Le Roy no sentía hacia ellas el menor desprecio, puesto que estas «conveniencias» no existían para ella.

Á todo moralista desabrido, á todo moralista minucioso y quisquilloso que se hubiera permitido interrogarla, le hubiera respondido la joven mirándole con sus negros ojos:

—¿Esto es una cosa prohibida y reprehensible? Sólo el mal es reprehensible; sólo el mal puede prohibirse. ¿Qué falta cometo escribiendo esta carta? Hablo lealmente á un hombre á quien amo y que no puede amarme sin delinquir. Le escribo sin reservas, sin reticencias. Ese hombre sabe ya que entre él y yo todo proyecto, todo sueño de amor es imposible. Pero ¿porque sepa yo que es desgraciado, porque yo misma sufra cruelmente me está prohibido revelarle que comparto su dolor? ¿No existe, pues, la virtud sino con la sequedad de alma?

En efecto; este lenguaje hubiera sido el de una alma pura, ingenua, que no transige con el mal, que no se preocupa de convencionalismos. Aceptable en

los libres países del Nuevo Mundo, en los que la mujer sólo es responsable de sus faltas, este atrevimiento no podía menos de parecer censurable en nuestra sociedad rigorista y, sobre todo, convencionalista.

No encontrando nada que reprocharse, Juana comprendió, sin embargo, que debía ocultar la historia de su corazón. El pudor femenino recobraba sus derechos. Juana no quería mostrar su enfermedad moral, como tampoco hubiera querido enseñar una deformidad física. El amor ilícito que la unía á Luciano era una enfermedad. Cuando se curara (y confluía en curarse), tal vez podría hablar de ello con más facilidad. Pero ni aun así podía conformarse con la idea de que llegaría un día en que pudiera hablar con indiferencia de un amor que se veía obligada á ocultar á la sazón. Las cicatrices gloriosas son las que las luchas exteriores dejan en el rostro del hombre, no las que dejan las huellas del vicio nacido de una corrupción interior.

Así lo comprendía Juana, y esto explicaba su deseo de curación.

No estaba muy lejano el momento en que aquella pasión vedada ocasionara un sufrimiento mayor que el que á la sazón le producía. Aunque un sentimiento sea noble y generoso, cesa de ser inocente en cuanto la conciencia le opone un veto. Había demasiada honradez en el alma de Juana para que se sometiera á una reprobación que no merecía y que, sin embargo, era justa. Á falta de toda creencia positiva, de toda moral, la ley natural basta para mostrar á las almas nobles en dónde se encuentran la justicia y el deber.

Es más; un fisiólogo experto, un cronista, hubiera podido hacer el diagnóstico de ese estado mental con absoluta certidumbre; y si hubiera hablado á la joven con sinceridad, tal vez hubiese provocado su indignación.

—Ha hecho usted mal—le hubiera dicho—en ceder al primer movimiento, en prometer á Luciano una indestructible fidelidad en el recuerdo. Ni siquiera le pertenece á usted ese mismo recuerdo. La juventud cree en la eternidad de lo presente. No piensa ni en el tiempo, que gasta, ni en la fuerza, que decrece. La pasión está sometida á las mismas leyes que los demás movimientos del ser humano. Se marchita, se debilita, se agota, y se queda uno sorprendido al advertir que, á despecho de las resoluciones más tenaces, de los deseos más tumultuosos de los primeros tiempos, el corazón se aleja insensiblemente de lo que había sido el objeto de sus más ardientes deseos. No debemos pedir á la Naturaleza más de lo que ella pueda darnos, y las llamaradas más vivas no son siempre las que duran más tiempo.

Sí; seguramente Juana hubiese oído con ira una opinión así formulada, que, sin embargo, no hubiera sido otra cosa que la expresión de la prudencia más vulgar. Un poco más de tranquilidad, ó por lo menos unos cuantos meses más de experiencia, hubiesen bastado para demostrarle que, por lo mismo que deseaba curarse, por lo mismo que confiaba en ello, su herida no era incurable.

Pero en aquel momento érale imposible convertir

únicamente en alegría de la inteligencia lo que arrebató impetuoso, estremecimiento general de personalidad humana. Tal debe ser, sin duda, el cariño de los padres á sus hijos, del hermano á la hermana, del amigo al amigo; pero, por más candorosos por más inocente que sea un alma virginal, no puede prolongar sus ilusiones después de la primera caricia, del primer beso, aunque ese beso, casto y suave no haya rozado más que la punta de sus dedos ó los rizos de su peinado.

Juana se obstinaba en esta mentira que de buena fe imponíase á sí misma. Hacía como los niños que cierran obstinadamente los ojos cuando los molestan obligándolos á tomar una medicina ingrata. Que amaba á Luciano, era una gran verdad; pero que amara *siempre*, como había prometido... Tal vez el mismo hubiera temblado ante la gravedad de esa afirmación.

Por una previsión inconsciente, para no tener que responder á esta pregunta, encerrábase voluntariamente en la fidelidad del recuerdo, juzgándola favorable tanto á la duración como á la pureza del sentimiento.

Su vida en el castillo, en el que sólo permaneció una semana después de marcharse Luciano, fué para ella una verdadera prueba. Obligada á disimular continuamente, á poner buena cara á sus amigos, adquirió un verdadero talento que muchas actrices profesiones le hubieran envidiado. Recogiéndose en la misma la hija de las ciudades libres y de la vida sin fingimiento, pudo darse cuenta de que su estancia en el antiguo mundo le había dado el hábito de esas mentirillas cotidianas de que está formada la vida contemporánea.

Este descubrimiento le produjo una nueva tristeza. Su naturaleza toda se revelaba contra esa práctica del fingimiento con que la conveniencia obligaba á disimular el sentimiento. Sea cual fuere la resolución que tomase, era refractaria á esa continua hipocresía. Se rebelaba contra la necesidad del fingimiento, y tan pronto como pudo rogó á su madre que la alejara de aquellos amigos, á los cuales ya no sentía con valor para engañar afectando una alegría supuesta.

La señora Le Roy se conformó con el deseo de su hija, pero no sin verdadero sentimiento.

La viuda del general americano se había aficionado á aquella nueva existencia, que nada le había permitido adivinar en su vida anterior. Á consecuencia de su primitiva educación, era todavía un poco rústica algo sencilla. Pero su bondad nativa había resplandecido siempre de tal modo en torno suyo, que una persona más puntillosa no podía prestar ninguna atención á la singularidad de sus modales. Es en aquel medio noblemente sencillo, en aquella vida ruda patriarcal, la yankee se encontraba mucho más á gusto que en medio del fausto y de la etiqueta de París.

Allí volvía á encontrar en cierto modo su propio modo de vivir, sus comodidades, la libertad de movimientos.

Accedió, sin embargo, al deseo de su hija, no

preguntarse. —¿No nuestro —No son la —Ent —Men —aquí. —En charte. Juan madre —Mar visto ni dos, qu esos se ques de La vi —¿Ju mal? ¿La qu gada, u nante bondad lament á enten La se dos ten piadad Pero nos pur La jo corazón Acer butaca manos luego —¿Po gusto. falta q hombr bes mi este ca Aquo go, bas se, aun amar s que se Lucí recibí Marí salud y de la n dulae estaba bía ac agítad

preguntarle las razones que tenía para desear marcharse.

—¿No estás contenta? ¿Tienes alguna queja de nuestros amigos?

—No, mamá —respondió Juana.—Nuestros amigos son las personas más amables del mundo.

—Entonces, ¿te aburres de su compañía?

—Menos todavía, mamá. Me encuentro muy bien aquí.

—En ese caso, no comprendo tu prisa por marcharte.

Juana sonrió tristemente; después, besando á su madre en la frente con el mayor cariño, respondió:

—Mamá, siempre has sido una santa; nunca has visto ni sospechado el mal. Hay seres tan desgraciados, que cometen faltas sin quererlo. Yo soy uno de esos seres, y por eso te pido que cuanto antes me saques de aquí.

La viuda Le Roy se asustó con este exordio.

—Juana, hija mía! ¿Qué quieres decir? ¿He oído mal? ¿Cómo debo interpretar tus palabras?

La que siempre había sido una mujer fiel y abnegada, una esposa sin tacha, una madre celosa y amante, se alarmó al oír estas palabras ambiguas. Su bondad no llegaba hasta hacerla disculpar benévola y extraviado, y las palabras de Juana daban á entender demasiado, ó demasiado poco.

La señora Le Roy frunció las cejas. Sus ojos límpidos tenían una expresión dura, é interrogaron despiadadamente á los de la joven.

Pero los ojos de Juana, no menos límpidos ni menos puros, no revelaron más que un dolor infinito.

La joven adivinó la inquietud que atormentaba el corazón de su madre.

Acercóse á ella dulcemente, se arrodilló ante la butaca en que estaba sentada, cogió las arrugadas manos de la anciana, y las besó respetuosamente. Luego dijo:

—¡Pobre mamá! Te he asustado, te he dado un disgusto. Perdóname. Mejor será que te lo diga todo. La falta que he cometido, no es irreparable. Amo á un hombre á quien no tengo el derecho de amar. Ya sabes mi secreto. Por eso te pido que nos vayamos de este castillo.

Aquello era una confesión incompleta. Sin embargo, bastó para que la viuda consintiera en marcharse, aunque no se explicaba cómo Juana había podido amar sin tener «derecho» para ello. Era un misterio que se prometió adivinar.

IV

Luciano Plessy regresó á París precisamente para recibir á su mujer, que volvía del campo.

Marta volvía de su veraneo muy grave, radiante de salud y de belleza, con esa admirable inconsciencia de la mujer cuya juventud se destiza en medio de las dulcificaciones y de los triunfos. Tenía veinticuatro años, estaba en todo el esplendor de sus triunfos, y se había acostumbrado de tal manera á aquella existencia agitada, que ni siquiera recordaba haber vivido de

otro modo. Los bailes, los conciertos, los teatros, las carreras, los concursos hípicas, las fiestas de la inteligencia ó solamente las de la moda, los viajes á los balnearios, á Niza, al campo, ocupábanla de tal modo, que no tenía tiempo para estar en su casa, para disfrutar de las alegrías del hogar que, por lo demás, había desdeñado, por no decir despreciado, desde los primeros días de su matrimonio.

Al casarse con Luciano, había cedido tanto al despecho por verse abandonada de todos sus pretendientes—y, verdaderamente, había justificado este abandono—como á la momentánea atracción que sobre ella ejerció el prestigio del talento y de la reputación del escritor. Tanto como el contraer matrimonio con un noble ó con un hombre riquísimo, la halagaba ser la mujer de un autor de moda que ya había conocido las primeras sonrisas de la gloria.

Pero, conseguido este triunfo, Marta no quería hacer ningún nuevo sacrificio de sus gustos ni de sus costumbres. Amiga de diversiones, no tenía ni la menor idea de que pudiera haber una vida distinta de la que ella llevaba; y si establecía alguna comparación entre ella y su amiga Ana del Lantoir, era para «compadecer» á la Marquesa por sus gustos sencillos, ó para decir moviendo la cabeza estas palabras, que expresaban sus dudas sobre este punto:

—¡Bah! Ana se forja la ilusión de que está entretenida, ó bien encuentra á su alrededor bastantes distracciones para no tener que ir á buscarlas fuera. En su lugar, yo haría lo mismo.

Este modo de ser no era á propósito para que Marta conservara el imperio que á primera vista conquistaba su deslumbradora belleza. El primero que se había sustraído á aquel imperio, el primero que se había alejado de ella por sus modales caprichosos y altivos, por su frivolidad demasiado manifiesta, había sido su marido.

Luciano no había querido nunca á su mujer, si entendemos por amor uno de esos afectos en los cuales el corazón se da por entero, y en el que los sentidos se ven relegados á segundo término. Le habían subyugado los atractivos de Marta, le había dominado la fiebre que provocaba la sola contemplación de aquella admirable criatura, modelada por la Naturaleza con la más seductora arcilla.

La repulsión de aquellos dos caracteres completamente opuestos, no había tardado en separar á los esposos. Esta especie de separación se efectuó apaciblemente por ambas partes. Marta volvió á entregarse á sus placeres, y Luciano, que sabía que después de todo aquellos placeres eran inocentes, se resignó á lo que llamaba en broma una «desgracia tolerable». Ciertamente, no era aquella la felicidad que había soñado; pero nadie tenía la culpa de que hubiese hecho semejante elección. Nadie le había inducido á casarse con aquella muchacha ligera é inconsciente. Los consejos de sus amigos los marqueses de Lantoir, que también se habían equivocado, no habían influido en su decisión. Luciano había cometido la torpeza de decidirse al matrimonio con un fondo de escepticismo, diciéndose que sus concepciones personales pertenecían al dominio de la fan-

tasía, y que en la realidad las cosas suceden de muy distinta manera. No profesa el mundo generalmente este aforismo egoísta:

«Lo primero es casarse; después, amar.»

Por lo tanto, no experimentó la menor sorpresa cuando en el interior del hogar no vió brillar esa llama del amor compartido, la cual puede considerarse como un mito explotado por la imaginación de los novelistas.

¿No sucede lo mismo en todos los matrimonios del mundo, en los cuales la recíproca tolerancia reemplaza al mutuo amor? Puesto que ésta es la regla general, Luciano hubiera sido un loco en querer ser la excepción. Lo único que deseaba era conservar aquella bienhechora indiferencia, no complacerse en sueños, en esperanzas ilícitas de las que casi infaliblemente arrastran á una feleicidad culpable al hombre que sufrió una decepción en su primer sueño de ventura.

Sí; allí estaba el peligro; nada más que allí.

Pero Luciano tenía en sí mismo, en la solidez de sus principios y de su virtud una confianza tan grande, que ni siquiera admitía la hipótesis del peligro. Este peligro le cogió indefenso, le sorprendió de improviso.

Bastó que viera á Juana Le Roy, para ser vencido sin combate. El amor, que un sofisma del mundo lo había inducido á creer innecesario, se interponía en su camino, y el amor repentino y súbito, que tantas veces había negado ó ridiculizado el escritor, le sorprendió en medio de una tranquilidad que él tomaba por prudencia.

Apenas llegó á París, se encontró frente á su mujer. Hubiera dado cualquier cosa por que Marta hubiese prolongado el veraneo, dejándole á él en libertad, sin imponerle la obligación de disimular sus impresiones.

Los acontecimientos dispusieron otra cosa. No tuvo más remedio que armarse de valor y presentar á la frívola Marta cara de circunstancias; es decir, un careta más ó menos falsa, bajo la cual tuvo que ocultar los sufrimientos de su corazón. Era la primera vez que desempeñaba este papel, y lo hizo muy mal.

La entrevista tuvo lugar por la noche, pues Marta volvió sin anunciarse en un tren que llegaba á París á las cinco de la tarde. Sin abrazar á su marido, y después de dirigirle un saludo de viajera deseosa de refrescarse las manos y la cara, subió la joven á su cuarto, en el que permaneció hasta la hora de la comida.

Bajó al comedor con un traje claro que hacía resaltar sus encantos; escotada, blanca, sonrosada, impregnada aún del agradable olor del campo, del heno, de las plantas, de las flores. Tendió á su marido una mano llena de hoyuelos, que terminaba un brazo admirablemente torneado, en el cual no tuvo el escritor la atención de depositar un beso, é inmediatamente empezó la conversación, mostrando una vez más el vacío de aquella cabecita frívola y de aquel corazón que se interesaba por esas mil vanidades que llenan el cerebro de la bella mitad del gé-

nero humano. Marta había hecho una entrada sensacional.

—Buenas noches, Luciano—dijo la joven con voz aflautada que tan bien se presta á las monerías.

Luciano respondió cortésmente, casi fríamente.

—Buenas noches, Marta. ¿Qué tal el viaje?

—¡Oh; excelente! Ese rápido es una maravilla! ¡Nueve horas nada más; nueve horas de Burdeos á París! Además, he tenido unos compañeros de viaje muy amables. Figúrate que los Grandix y los Carbois han venido á París. Van á los baños de mar, á Paramé; pero no saldrán hasta dentro de ocho días.

—¡Ah!—dijo Luciano conteniendo un bostezo. Marta quiso echarlas de recién casada. Dió un golpecito en la mano de su marido, y le dijo:

—¡Vaya; bonito modo tienes de escucharme! ¡Cualquiera diría que no haces caso de lo que te digo!

Plessy hizo un esfuerzo para no parecer distraído, y replicó con cierta tranquilidad.

—Dispensa, Marta; te escucho con mucha atención, y me alegro mucho de las noticias que me das. Los Grandix son muy simpáticos, y los Carbois son más simpáticos todavía. Vaya; ¿estás satisfecha?

—¡Oh; que tono! Parece que no hablas más que para burlarte de mí! Realmente, señor mío, son personas muy simpáticas. Además, son amigos míos, antiguos amigos de mi familia. Y te aseguro que cuando llegué á Burdeos me hicieron un recibimiento muy cariñoso; mucho más cariñoso que el que tú has hecho á tu pobre mujer.

Marta sentía la necesidad de una caricia, de palabras dulces que la arrullaran; quería tener la ilusión de sentirse amada, un poco por convencionalismo, porque así debe ser, y un mucho porque desde hacía algún tiempo sentía como una impresión de vacío en su existencia.

Aceroóse al literato, y enlazando con su brazo desnudo el del joven, apoyó su seductora cabeza en el hombro de Luciano, en su pecho, junto al corazón. Verdaderamente, la joven estaba bellísima, fascinadora. Otro marido la hubiese acariciado apasionadamente, locamente, aunque no hubiera sido más que en aquellos cortos instantes de intimidad.

Pero Luciano no pensaba en ella; una mujer ocupaba su corazón, y no toleraba que otra lo compartiera.

Su mujer le parecía una extraña. Casi le era odiosa. Todo aquel deseo de cariño le parecía fingido y grotesco. No le perdonaba á Marta el haber turbado el recogimiento de su dolor. Le molestaban los nuevos modales de su mujer; le contrariaba que olvidara su habitual frivolidad para representar aquella especie de comedia amorosa.

¿Acaso aquella criatura de corazón seco, de cabeza ligera, tenía derecho á dársele de mujer enamorada? No solamente le desagradaban sus demostraciones, sino que estuvo á punto de expresar su desagrado, de hacerlo comprender brutalmente que perdía el tiempo intentan lo reconquistar en el corazón de su marido un puesto que nunca se había dado de ocupar, ni aun en los primeros meses de

matrimonio. Todas las atenciones que concediera á su mujer, le parecían robadas al amor de Juana; y Luciano estaba demasiado enamorado, y sobre todo desde hacía muy poco tiempo, para consentir en semejante cosa.

El criado que entró en la habitación para anunciar que la comida estaba servida, interrumpió muy á tiempo aquella enojosa conversación.

Marta se conformó fácilmente con la indiferencia de Luciano. Con la versatilidad que constituía el fondo de su carácter, pasó de un extremo á otro, y trató de embromar al escritor sobre su estancia en el Morbihan.

Arenas se sentaron ante la mesa del comedor, comenzaron las hostilidades.

—Á propósito—dijo la joven;—me olvidaba de preguntarte por nuestros amigos.

—¿Por qué amigos?—respondió distraídamente Luciano.

—¿Por qué amigos? ¡Vaya una pregunta! Por los que acabas de dejar. ¿En dónde tienes la cabeza, Luciano? ¿En qué piensas en este momento?

El joven se repuso, y resolvió dominarse.

—En efecto, Marta; dispensa mi inexplicable distracción. Puesto que me pides noticias de Arradon, te diré que he dejado muy bien á Ibo y á Ana.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?—preguntó irónicamente la joven.

—No sé qué quieres que te diga.

—En ese caso es bien poco, y para saber eso me bastaba con las cartas de Ana. Pero me haces caer en la cuenta de que hablas con ciertas reticencias; á menos que te hayas quedado repentinamente ciego mientras has estado en Kérviel.

Luciano creyó ver una alusión en estas palabras. Como buen enamorado, era suspicaz; tanto más, cuanto que su turbada conciencia justificaba harto bien las sospechas que pudiera tener su mujer. Así, pues, replicó con evidente mal humor.

—Ahora me corresponde á mí pensar que si yo he estado ciego, tú, en cambio, eres muy poco clara. Explicame ese enigma.

Marta se echó á reír con una risita forzada, nerviosa.

—Verdaderamente, parece que estamos jugando á las charadas. Pero no me disgusta este discreto; así puedo admirar á solas contigo ese ingenio que sólo prodigas entre extraños, querido Luciano.

El joven respondió en el mismo tono:

—Te agradezco mucho esas palabras. Sin embargo, te haré observar que hasta ahora tu ironía no ha servido para aclarar el misterio, y que sigo sin saber á qué llamas tan ingeniosamente «mi ceguera».

—Pues bien; puesto que tengo que abrirte los ojos, te diré sin más preámbulos que parece que te ha hecho muy poca impresión un acontecimiento que, sin embargo, puede considerarse como de los más importantes.

—¿De qué acontecimiento hablas?

—¡Vamos, querido; no te hagas el inocente! Te dejé en manos del Marqués y de su mujer, los cuales aprovecharon mi ausencia para llevarte á Kérviel.

Ahora bien; en este intervalo han pasado cosas extraordinarias. ¿Vas á ocultarme detalles que ni Ana ni su marido han creído necesario callar?

Luciano aparentó sorpresa, y contestó con afectada risa:

—¡Ah; ya comprendo! ¿Te refieres á la singular visita que han hecho á nuestros amigos dos damas americanas?

—¿Singular dices? Á mí me parece inverosímil, imposible, digna de un cuento de *Las Mil y una noches*. ¿No te parece una cosa fantasmagórica esa venida de dos extranjeras á Francia con el único objeto de traer un regalo de diez millones á una familia ya varias veces millonaria? ¡Diez millones, Luciano! El proverbio asegura que «dinero llama á dinero». Sin embargo, confesarás que en Europa las cosas no se hacen generalmente tan deprisa, y que las aguas del Pactolo rara vez arrastraron semejantes pepitas.

—Convengo en ello—dijo Luciano, desenojado al oír semejante salida.—Pero, puesto que ya sabes la historia, creo que no podré decirte nada nuevo.

Marta puso el grito en el cielo.

—¡Cómo! ¿No vas á decirme nada nuevo? ¡Ya lo creo que me dirás! Has visto á esas señoras muchas veces; has vivido en la misma casa; seguramente, habrás hablado muy á menudo con esas criaturas fabulosas. ¿Y no vas á poder hacerme su retrato? ¿no vas á iniciarme en su vida, y en sus usos y costumbres, como dicen los hombres que venden explicaciones sobre las bestias humanas en el Jardín de Aclimatación?

Por fortuna, sobre la mesa, entre los dos esposos, había un lámpara cubierta con una pantalla rosa. El reflejo de la tela impidió á Marta ver el rubor que cubrió el rostro de su marido al oír estas palabras burlonas.

Luciano, á quien aquella charla impertinente ofendía tanto como hubiera podido hacerlo un ataque directo á la reputación de Juana, sufría cruelmente. Pero tuvo bastante fuerza de voluntad para dominar la sorda cólera que empezaba á sentir, y fingió tomar á broma el tono y las palabras de su mujer.

Siguió, pues, respondiendo lo mejor que pudo á todas sus flechas, disparadas con intención ó sin ella, dejándola charlar á su antojo y haciendo él un sobrio gasto de breves palabras ó de monosílabos sin comentarios; tanto, que Marta se cansó de tanto *sí* y *no* como salían imperturbablemente de los labios de su marido, y no disimuló su mal humor.

—¿Es bonita miss Le Roy?

—Bonita... Es decir—respondió torpemente Luciano—tiene el pelo rojo.

—¿Rojo?—exclamó triunfalmente Marta.—¡Es un color preciosos! Por lo menos, muy original. Las que tienen el pelo rojo no son vulgares, no se confunden con las demás mujeres, y tienen la ventaja de que no las han cantado todos los poetas, como á las morenas y á las rubias.

Marta se interrumpió lanzando una carcajada un tanto nerviosa y forzada. ¿No era ella una preciosa morena, de ojos y pelo negros y brillantes que hacía

resaltar la palidez de su tez? Después, volviendo á la carga, prosiguió:

—Las mujeres que tienen el pelo rojo, son las más bellas de la Creación, las mejor formadas desde el punto de vista plástico, con grandes atractivos para las personas de buen gusto. Son blancas como la leche, menos cuando son pecosas. Lo repito, son las mujeres más admirables: si yo hubiese podido escoger el color de mi pelo, también le hubiera tenido rojo.

Á pesar de sus esfuerzos, Luciano sentía que poco á poco iba dominándole la cólera. Estaba deseando concluir aquella enervante conversación. Temía no poder resistir hasta el fin aquella agresión obstinada, aquella disputa suscitada sin motivo alguno.

Luciano se equivocaba.

Las palabras de Marta no tenían la menor malicia; las decía sin la menor intención. Se complacía en molestar á su marido; pero en su espíritu no podía haber nacido ninguna sospecha, puesto que no había vuelto á ver á Luciano hasta aquel mismo día después de una ausencia prolongada, y no tenía ningún motivo que la autorizara á forjarse hipótesis alarmantes. Su encarnizamiento, fundado en el despecho, se limitaba á apurar la paciencia del joven; paciencia que ya le parecía demasiado grande. Las mujeres suelen tener estos deseos, estos caprichos molestos que exasperan á los hombres violentos, y que por una palabra insignificante, por una discusión pueril, provocan los más amargos conflictos en los matrimonios y hacen que se rompan los lazos conyugales no fortalecidos por ninguna prueba anterior.

Desgraciadamente, en aquel momento Luciano estaba en una de esas disposiciones de espíritu en que nos hacemos suspicaces, así como los anémicos se tornan nerviosos y, por lo mismo, excesivamente sensibles. El literato creía descubrir en las palabras de su mujer una mala intención, una mezquina maldad, y una especie de irrazonada aversión le distanciaba de ella.

Es más—y esto no era por prevención—le molestaban hasta las palabras que empleaba Marta. Le parecían inadecuadas, chocantes, odiosamente vulgares. No era el lenguaje propio de una mujer de mundo, acostumbrada á respetarse respetando á los que denigra; no era el lenguaje propio de una mujer «distinguida». Este cúmulo de observaciones daba derecho á Luciano—así lo creía él, por lo menos—para constituirse en severo juez.

Sí; verdaderamente, no podía tolerar que aquella criatura deseada, admirada por todo el mundo, siguiera formulando tales reflexiones, que la mayor parte de los observadores hubieran considerado como simples discretos de un diálogo un poco vivo.

Luciano no advertía que en aquel momento él era quien estaba en falta, y que considerándose ofendido, no podía ser juez y parte en su propia causa. Su enojo seguía la pendiente natural de todos los resentimientos fomentados por la pasión. El amor que ocupaba su corazón, aquel amor ilicito, era una herida una de esas heridas profundas que trastornan el

equilibrio de todo el organismo. Todo su ser estaba dolorido, y se exasperaba al menor contacto que excitaba su sensibilidad.

No pudo resistir más. No hubiera podido disimular su estado de ánimo.

Apenas terminaron de comer alegó un pretexto, y salió para evitar una tormenta inminente. En aquel primer encuentro con su mujer después de las dolorosas conversaciones con Juana, había salido perdiendo; y eso que no había tenido que sufrir más que heridas en su amor propio. Pronto llegarían los choques más terribles, los choques que agravarían la crisis, que envenenarían las heridas que habían de inferirse mutuamente aquellas dos pobres almas angustiadas.

En la puerta encontró al portero, que subía las cartas á los inquilinos. Entre los periódicos había una carta para él: aquella carta era de Juana.

Vació al verla, y al mismo tiempo sintió una inmensa alegría. Se apresuró á salir para enterarse de la carta, y en aquel instante, á causa de su enojo con Marta, se deleitó en su amor culpable, acarició una esperanza en que hasta entonces su voluntad no había podido consentir.

Durante este tiempo, Marta, despechada, herida en su vanidad de esposa, que ella tomaba por un sentimiento de cariño, se encerró en su cuarto, experimentando á su vez, después del asombro, la irritación causada por la falta de cariño de Luciano.

Cuanto más fútil era el motivo de aquella insólita frialdad, más se atormentaba la joven. Á pesar de su habitual ligereza, adivinaba que ocurría algo más; necesitaba una razón más seria para explicarse una querrela originada por tan pueriles motivos. De esto á concebir una sospecha, no había más que un paso.

Á falta de la lógica, de que con tanta frecuencia carecen, las mujeres tienen un instinto que no las engaña nunca. En aquella ocasión este instinto predispuso el ánimo de Marta para hacer descubrimientos; pero le puso sobre una pista falsa. La joven no pensó ni por un momento en que hubiera algo entre su marido y la bella americana. Nada la autorizaba á ello, en efecto. ¿No había vuelto Luciano á París sin ninguna necesidad, puesto que ella no le había avisado el día de su llegada? Si su marido hubiera tenido algo fuera de la capital, allí hubiera permanecido, seguramente. Puesto que, por el contrario, había vuelto á París, en París estaba el peligro.

Todo justificaba esta hipótesis, en apariencia por lo menos; hasta la brusca salida de Luciano, que, aunque no hubiera sido más que por galantería, debía haberse quedado con su mujer la noche de su llegada.

Marta se sentía cada vez más contrariada: estaba triste é inquieta al mismo tiempo. Se avergonzaba al verse tan emocionada; acusábase de prestar demasiada atención á la primera falta de su marido, y juraba vengarse de él, ó por lo menos, hacerle comprender cuán ofendida estaba por su falta de miramientos.

De este modo se preparan los disgustos en el matrimonio; de este modo se acumulan, se condensan esas mil nimiedades que aisladas pasarían inadvertidas ó durarían lo que una nube que se desliza rápidamente por un cielo azul. Casi siempre esta clase de rencillas son las que caracterizan los pródromos de los nefastos disgustos. Provocan explicaciones siempre inútiles ó funestas, que no resuelven nada y que sólo sirven para hacer más profundo el abismo abierto entre dos voluntades que no desearían más que intimar. Si cada uno de los cónyuges hubiera consentido en presentar algunas excusas ó en no rechazarlas, ¡cuán pronto hubiera terminado la discusión con una sonrisa ó una palabra cariñosa!

En aquella ocasión el caso era todavía más grave, porque existía una verdadera oposición de gustos y de carácter entre los dos esposos, y porque Luciano estaba gravemente herido en el corazón por su amor á Juana. Con estas heridas morales sucede lo que con ciertas afecciones del cuerpo: necesitan cuidados, lenitivos, la acción bienhechora del tiempo. Los reproches acerbos, los violentos apóstrofes no sirven para nada; no hacen más que irritar la herida y exaltar hasta el paroxismo el horrible sufrimiento. Generalmente, á una mujer le es más conveniente callar y sufrir en silencio que gritar y quejarse. Casi invariablemente, el hastío del mal domina rápidamente al culpable, que busca espontáneamente el perdón, sobre todo cuando comprende que le será generosamente otorgado. Por el contrario, se encabrita bajo el látigo de los epítetos y de las ironías; obstínase en la rebelión, la encuentra disculpable, y desde aquel momento sólo desea poner término á un estado de cosas tan penoso como justificado. Entonces vienen las injurias graves, y en el mundo, donde se disimulan con la educación las peores brutalidades, de la injuria se pasa frecuentemente á los malos tratos. La sociedad, que no tiene medios preventivos contra tales desgracias, posee remedios violentos. Procede como los cirujanos; corta por medio del divorcio esos lazos que tan dulces parecían al principio, y que con el tiempo se han trocado en cadenas.

Así se deshacen los matrimonios y se dispersan las familias; así se pierden el respeto, la fidelidad al contrato, la garantía de los juramentos lealmente cambiados, y los moralistas que no se han cuidado de intervenir desde los comienzos del mal, truenan contra la creciente corrupción, maldicen de la época y de sus costumbres, se quejan de la temible despolación, y no advierten que una educación más severa, una concienzuda observación de los deberes recíprocos bastaría para arreglarlo todo, si no se compadecieran tanto esas quejas sin disculpa, si no se mostrara tan culpable tolerancia hacia el sentimentalismo malsano de los que quieren justificar su cobardía.

Tal era la catástrofe que cualquier observador perspicaz hubiera previsto en el caso del matrimonio Plessy.

Marta iba á atrincherarse en su orgullo, á menos que prescindiera de él para mortificar á su

marido con las abominables escaramuzas de los celos. Luciano, arrebatado por su doloroso amor, absorto por la ilusión de una pureza ilusoria, seguiría soñando en su mística unión con la criatura adorada, hasta el día en que una circunstancia fortuita, el más trivial, el más vulgar de los encuentros precipitara á ambos en la infalible caída, tan abyecta como ridícula. Pero hasta entonces su carácter iría agriándose cada vez más; cada vez sería más tirante la situación, y para terminar de una vez, tendría el recurso de ofrecer su corazón y su nombre á una mujer mancillada ya por la condescendencia y en la que ni siquiera tendría el consuelo de ver el ideal inviolado, el primer amor puro.

¡Oh! ¡Cuán triste es el porvenir que se labran algu-



El reflejo de la tela impidió á Marta ver el rubor que cubrió el rostro de su marido.

nos hombres á los cuales la fortuna ha dado medios de conseguir su felicidad al mismo tiempo que la paz de su conciencia! ¡ cuántos se condenan, aun en esta vida, por haber menospreciado esa ley que hace que el número de las contrariedades sea mayor que el de las alegrías, ó sencillamente por no haber curado á tiempo heridas reputadas desde luego como incurables! Luciano Plessy y su mujer estaban en la

primera página del capítulo de la desilusión; pero Marta sólo padecía en su amor propio, mientras que Luciano estaba herido en el corazón. ¿Cuál de los dos estaba más enfermo?

Un moralista superficial hubiera fallado en favor de ella. Ese moralista se hubiera engañado. El corazón de un hombre se cura más fácilmente que el orgullo de una mujer.

V

Durante los últimos días de la estancia de Juana en el castillo de Kérivel ocurrieron sucesos imprevisos.

Cuando consiguió decidir á su madre á salir de Arradon y, sobre todo, cuando fué anunciado oficialmente su viaje, la joven recobró una tranquilidad aparente, que disimulaba muy bien su agitación.

Viéndola sonriente y alegre, ¿quién hubiera podido suponer el terrible drama que se desarrollaba en aquella alma virginal? Además, todos se habían acostumbrado á su carácter brusco y á la libertad de sus modales. Lo que al principio había causado extrañeza, dadas las costumbres, los prejuicios continentales de la educación francesa, servía entonces para hacer resaltar más y más las cualidades verdaderamente relevantes de la seductora extranjera. Realmente, nadie hubiera sido capaz de enojarse por sus salidas, por su franqueza, por sus seducciones no estudiadas; en una palabra, por el atractivo que emanaba de todo su ser. La fascinación que ejercía en cuantos la conocían era como la embriaguez de esos perfumes que empiezan por ofender los sentidos, y acaban por halagarlos. Á la sazón la querían por los mismos defectos que antes le habían criticado sin piedad.

En Kérivel había una persona que experimentaba aún más que los demás los efectos de aquel encanto embriagador. Pedro del Harscoet había encontrado por fin en Juana Le Roy la mujer soñada por su alma de poeta. La amaba sin atreverse á confesárselo: luego, cuando no pudo engañarse sobre el estado de su corazón y la naturaleza de sus sentimientos, la amó con la resolución de no revelar jamás aquella pasión. Su orgullo le inspiraba el temor de que pareciera interesada. Pensó que aquella muchacha era demasiado rica para él, y el contraste de aquella opulencia con su pobreza le afirmó en su propósito de ocultarla. Lo mismo que Luciano Plessy, pero por otros motivos, renunció á la esperanza y desterró de su pensamiento la quimera de una felicidad contra la cual su nobleza de alma se rebelaba.

Juana no le dió la menor esperanza, como era natural. Ofuscados por la imagen de Luciano, sus ojos no habían visto nada; no podían ver el austero y simpático rostro de aquel hombre taciturno, de alma sencilla y noble.

Vivieron así uno al lado de otro algunos días, los primeros, tal vez los últimos que pasaran juntos. Si Juana no reparaba en Pedro, Pedro tampoco reparaba en Juana. Las facciones de la joven se graba-

ron profundamente en su imaginación, y en seguida comprendió que ya nada borraría la impresión producida por aquella visión radiante.

Pero al mismo tiempo el joven, en lugar de flaquear ante la prueba, la contempló con la tranquila resolución de no entregarse á ningún sentimiento indigno. Procuraría olvidar, si era posible; pero no lo creía: ni siquiera quería desearlo. En todo caso, viviría con su dolor; sofocaría su sufrimiento.

El que se ve sometido á una prueba, debe salir de ella regenerado y fortalecido.

Desde el instante que tomó esta resolución, Pedro se observó escrupulosamente. Decidido á aplicar el hierro enrojecido sobre la herida, huyó con exquisito cuidado todas las ocasiones que podían profundizarla ó envenenarla. Hasta se esforzó en evitar el trato diario con la joven, y por vez primera Ibo y su mujer tuvieron que confesarse que el poeta Pedro, que hasta entonces había sido muy amable, no había ganado en su última campaña. No comprendieron la causa de su brusquedad, y con inconsciente torpeza contrariaban el plan del oficial de marina obligándole á mostrar sus brillantes cualidades.

Pedro resistió, y lo que al pronto pareció esquivar, trocóse en grosería.

Pero el marino, para eludir las reconvenciones de su cuñado y de su hermana, no tuvo más remedio que hacer alguna concesión á las exigencias de la galantería. Demasiado pronto se le presentó ocasión, de poner á prueba su constancia.

El Morbihan es una de las maravillas de Bretaña y puede compararse con cualquier paraje marítimo de los más famosos. Por un privilegio de la Naturaleza, por una bienhechora influencia de la corriente del Golfo, cuyos remolinos van á morir al pie de las rocas meridionales de América, sus costas no reciben más vientos que los del Oeste y los del Sur. En invierno no se conoce allí la nieve, por decirlo así; y si tapiza los campos en los años de frío excepcional, se derrite al primer beso del Sol, y el viento del Norte apenas cubre con una capa de hielo delgada y transparente la superficie de las charcas de agua dulce que se forman acá y allá á causa de las lluvias otoñales.

El Océano entra en aquel golfo por un capricho; pero este capricho le sale caro. El Atlántico emplea tres horas en forzar el estrecho canal abierto entre Port Navalo y Loc María-Ker, y la lucha que entabla contra el obstáculo que se opone á sus deseos, es á la vez grandiosa y terrible. Situados en el promontorio de Kerner ó en la punta de Pen Happ, y veréis agitarse las olas cuando sube ó baja la marea; veréis deslizarse las aguas del canal á través de la tranquilidad que las rodea, como la rápida corriente de un río que se abriera camino por entre las dormidas aguas de un lago.

En aquellas corrientes formidables, los peligros son continuos. Todos los años la imprudencia de los marineros imprevisores causa nuevas desgracias, y se cuentan por centenares las víctimas de aquel mar tan tranquilo, tan inofensivo en apariencia. Se necesita toda la ciencia de un marino consumado,

todo el hercúleo vigor de los hombres de la costa, para atreverse á afrontar aquellos pasos peligrosos, llenos de torbellinos y de escollos.

Á pesar de todo, no hay nada más hermoso que aquel mar bajo un cielo estival, cuando el azul del firmamento y el de las aguas sonríen, cuando una suave brisa se desliza sobre las argentadas ondas y agita blandamente las velas. ¡Dichosos los que se embarcan en una lancha dirigida por un marino experto y se dejan mecer por las caricias de las olas en medio de la admirable decoración de aquel golfo, rodeado por una diadema de joyas que languidecen bajo las caricias del cielo!

Juana quiso gozar de este sueño de artista antes de alejarse de aquella costa llena de poéticos encantos, y comunicó su proyecto á la Marquesa. Ana no tenía ninguna razón para contradecirla. Aquella misma noche, durante la comida, se proyectó para el día siguiente un paseo por el Morbihan.

—Juana—dijo el Marqués sonriendo,—sólo siento una cosa. Tengo un balandro bastante capaz para que pudiéramos ir todos desde aquí hasta Belle-Íle, y hasta más lejos, hasta América. Desgraciadamente, este incomparable barco, que, como la yegua de Rolando, tiene toda clase de buenas cualidades, no tiene tampoco más que un defecto. No está muerto; pero está en el dique, en Coileau, y no podré tener el gusto de llevarla á usted en él hasta fines de Agosto.

El final de este discurso era completamente desconsolador; pero Juana no se apuró por eso, y replicó casi inmediatamente con gentil descaro:

—Bien, marqués; pasaremos sin ese balandro magnífico, pero inválido. Sin embargo, como no faltan barcos en el país, creo que podremos flotar uno para el paseo que queremos dar.

—Eso es precisamente lo que iba á proponer á usted, miss Juana—dijo Ibo galantemente.—De modo que, si no hay ninguna dificultad, mañana por la mañana, á las ocho, desplegaremos las rojas velas de una lancha y saldremos con víveres para tres días, con la noble intención de explorar las costas, no solamente las del Morbihan, sino las de Quiberon, Houat, Hédik y la península de Rhuis.

Al oír esto, la señora Le Roy lanzó un grito de espanto.

—¡Viveres para tres días!—dijo en su jerga semi-británica; *three days for living!*

Todos, Juana la primera, se echaron á reír al ver su terror.

La joven se apresuró á explicar á sus amigos los motivos de aquel espanto.

—Mamá—dijo—tiene un miedo horrible al mar. En la travesía de Nueva York al Havre ha sufrido tanto, que se horroriza el pensar en nuestro regreso. Tanto, que todos los días se pregunta si se establecerá en Francia para evitar los tormentos del viaje: al oír hablar á ustedes de víveres para tres días, es muy natural que se haya alarmado. ¿No es verdad, mamá, que he interpretado bien tus sentimientos?

—¡Oh! ¡Yes, muy bien; *my good, girl!*—dijo la excelsa vankee.

—Pues bien; no se preocupe usted—dijo el Marqués con la misma amabilidad.—No iremos tan lejos: nos limitaremos á navegar por nuestro goifo.

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso!—exclamó la joven.—¡No me conformo! Y puesto que es necesario decirlo todo, sepa usted que mi madre no tiene el menor deseo de cambiar su butaca ó su silla de mimbres por el banco de una lancha bretona. Le hará usted un verdadero favor borrando su nombre de la lista de la tripulación.

Una carcajada de mistress Le Roy confirmó esta declaración de su hija.

—*All right!* ¡Esta Juana siempre ha tenido mucho talento! ¡*Oh, very much!*

Ibo y su mujer hicieron coro á la risa de la americana. Aunque acostumbrados á los modales de la joven, no esperaban tanta decisión. Pero puesto que la señora Le Roy era la primera en aprobar aquel arreglo, decidieron embarcarse al día siguiente.

Pedro, en su calidad de marino, fué el encargado de elegir la embarcación. Se puso, pues, en campaña, y dos horas más tarde volvía después de haberlo organizado todo.

Pero, con gran sentimiento de la joven, no pudo encontrar más que una barca bastante ligera, y el paseo debía reducirse á un solo día.

—El tiempo no está muy seguro—añadió Pedro á modo de conclusión.—Si de aquí á dentro de unas horas no ha cambiado el viento, podremos embarcarnos. Sin embargo, sería imprudente emprender una larga excursión, para la cual todos los marineros se hubieran negado.

—Ya que no es posible esta vez, otra vez será, Juana—dijo la Marquesa alegremente.

Separáronse después de estas palabras, y cada uno se retiró á su cuarto. Habían convenido en que saldrían á las siete de la mañana. Á las seis ya estaba Juana en pie. Enervada por una noche de insomnio, durante la cual había sentido al viento silbar entre las chimeneas y modular por entre los tejados horribles lamentos, estaba sedienta de aire libre y de violentas emociones.

Ni Ibo ni su mujer habían bajado aún. Tal vez habían resuelto demorar su proyectado paseo, asustados por la tempestad. La joven resolvió ir sola á la playa. Así se daría cuenta del peligro que podía haber en embarcarse. En el parque se encontró bruscamente con Pedro. El joven había tenido, indudablemente, la misma inspiración, porque venía del muelle.

—¿Qué hay?—preguntó Juana después de saludarle amistosamente.—¿Vamos á salir pronto?

—¡Pronto!—repitió el oficial.—No piense usted en eso, Juana. Hace un viento terrible, y la mar no está tranquila.

—¡Oh!—contestó la joven con acento burlón—¿Qué no está tranquila el agua de ese lago? Oiga usted, Pedro: me parece que las gentes de este pueblo no son muy valientes.

El joven se estremeció imperceptiblemente. Y como debíamos salir, Juana. Lo que podrían intentar hombres solos, es completamente im-

posible cuando hay mujeres. Lo repitió—añadió fríamente:—sería una grave imprudencia embarcarse con semejante tiempo.

—Gracias por el consejo—dijo la joven alejándose rápidamente.—Voy á ver por mí misma si es irrevocable.

Pedro se volvió, y contempló un momento con los ojos la elegante figura de la joven, y los rizos ardientes de su pelo, que el viento agitaba en torno de su cabeza, porque el capuchón que los sujetaba un momento antes había caído sobre sus hombros.

Por un instante tuvo como el presentimiento, como la intuición de que tal vez haría bien en seguirla. ¿Pero que diría ella si lo hacía? Y además, por temeraria que fuese, vería que las aguas de aquel lago, como ello decía desdeñosamente, no estaban tan tranquilas como creía. En fin, el mismo marinero estaba resuelto á no hacerse á la mar.

Después de reflexionar, Pedro se decidió á entrar en la casa. En el salón encontró á Ibo y á su mujer, que esperaban lo que iba á decirles el joven. Ni por un instante habían pensado en la posibilidad de salir con semejante huracán; pero se alarmaron algo cuando Pedro les repitió las palabras de Juana.

—¡Bah!—añadió Pedro, que sintió de nuevo una gran angustia.—Juana no quiere más que asustarnos. Además, acostumbra salir demasiado para que os asustéis porque esté ausente.

Pero no decía lo que pensaba, y recordando la mirada de reto de la joven, recordando sus últimas palabras: «Voy á ver si es irrevocable», el oficial sintió un estremecimiento de horror.

Transcurrió una hora sin que Juana pareciera. ¿Qué podría hacer con un tiempo tan horrible? El viento seguía agitando los árboles, y comenzaba á llover. La marquesa de Lantoir, completamente trastornada, no se atrevía á comunicar sus temores á la señora Le Roy, que aún estaba en su cuarto.

Pedro recorría el salón con paso agitado, é Ibo tocaba en los cristales una marcha precipitada. Los tres ocultaban la terrible inquietud que los atormentaba haciéndolos enmudecer.

Pasó otra hora. La tardanza de la joven era ya inexplicable. Hacía un momento que la lluvia había cesado, sin que por eso el viento hubiera amenguado su violencia. Juana, aun suponiendo que se hubiera guarecido en alguna parte mientras duraba el chaparrón, había tenido tiempo de sobra para volver al castillo.

—Debían ir al muelle—murmuró la joven.—Temo que esa chiquilla se haya embarcado á pesar de todo.

Pedro, que no esperaba más que aquella indicación, corrió á buscar un capote; Ibo hizo lo mismo, y ambos se dirigieron á la playa.

Á la primera ojeada, el marino advirtió que la lancha que había alquilado la víspera, y que hacía poco tiempo se balanceaba sobre las olas, no estaba anclada en su sitio.

—Ibo—dijo con voz alterada,—se ha embarcado! Y seguido del Marqués, que estaba aterrado, se dirigió á una choza que era la del patrón de la barca.

Entraron, y lo primero que se ofreció á sus ojos fué un cuadro de desolación.

Una mujer de unos cuarenta años lloraba teniendo sobre sus rodillas un niño de seis á siete años. Al ver á los dos señores del castillo, se levantó precipitadamente, procurando disimular sus lágrimas. Después, interrogada por Lantoir, contó que su marido, seducido por el dinero que Juana le había ofrecido, había consentido en hacerse á la mar.

—Pensaban volver en seguida—dijo la mujer sollozando,—y ya hace dos horas que estoy esperándolos.

Pedro quería saber qué dirección habían tomado; pero la mujer del pescador fué incapaz de decirselo.

Los dos hombres salieron, sin tratar de consolarla, y la desgraciada se dejó caer en la silla, deshecha en lágrimas.

—¡Y pensar que ni siquiera sabemos dónde están!—exclamó Ibo desalentado.—¿Qué hacer? No me atrevo á volver al castillo con esta noticia.

En aquel momento Pedro se separó bruscamente de él, y dirigiéndose á un marinero que estaba componiendo sus redes, le pidió su barca, prometiéndole que, si llegaba á perderla, le daría el doble de su valor.

—Pedro—preguntó el Marqués, temiendo comprender;—Pedro, ¿qué vas á hacer?

—Voy á socorrerlos—respondió tranquilamente el joven.

—¡Pero, desgraciado, ni siquiera sabes dónde están!—dijo Ibo.

—Yo los encontraré—respondió sonriendo el joven.—Ve á tranquilizar á Ana, y no digas nada á la señora Le Roy. Ó mejor será que le digas que me he embarcado con su hija: así no se asustará—añadió con cierta malicia.

Antes de que Ibo pudiera impedirselo, Pedro había saltado á la barca. Levó anclas, y se alejó rápidamente, encorvado sobre los remos.

Fué un momento terrible, aun para aquel joven acostumbrado desde hacía mucho tiempo á los trabajos de la vida de mar. Los oficiales de marina no están acostumbrados, como los pescadores de las costas, á las maniobras de esas pequeñas embarcaciones; pero Pedro del Harsecöt había vivido en la costa, había compartido los juegos de los hijos de los pescadores, los había acompañado en sus atrevidas excursiones, ejercitándose desde su infancia en la gloriosa carrera que más tarde había de ejercitar.

Conocía, pues, todas las perfidias de las olas, todas las sorpresas del viento, y también sabía cómo hay que arreglarse para eludir el siniestro concierde de los dos terribles elementos.

Inmediatamente pudo comprobar que la tempestad venía del Sur, y que la tempestad venía de la baja mar. No había, pues, que pensar en la vela, puesto que estaba en las peores condiciones para resistir aquella doble influencia. Hubiera bastado una racha de viento contra la corriente, para que la barca zozobara: así ocurren invariablemente todos los naufragios del Morbihan.

En un abrir y cerrar de ojos el joven comprendió la gravedad de la situación. La mar no era todavía bastante gruesa para impedirle alejarse de la costa, y en el golfo las olas no alcanzarán jamás grandes proporciones por los numerosos islotes, que son otros tantos diques opuestos á la violencia de las olas. Pero por lo mismo el peligro es mucho más grave. El viento, obligado á abrirse paso por todos los canales que encuentra, forma terribles remolinos en cada enrucijada, y la mar, pronta en conformarse con sus caprichos, se abre en torbellinos cuyo vórtice puede devorar en un instante á toda embarcación que no lleve por timonel un hombre de brazos hercúleos y de mucha sa. gre fría.

Pedro no vaciló un segundo. Remó vigorosamente hasta que consiguió llegar á la corriente que atraviesa el golfo en toda su extensión, des de la península Séné á Loc-Maria-Ker. Allí, arrebatado por la vertiginosa corriente, no tuvo que hacer nada más que conservar el rumbo, para que las mismas aguas le llevaran al terrible canal.

No era fácil tarea, y los que desde la costa vieran pasar aquella barca deslizándose con la rapidez de una flecha hacia la embocadura del golfo, debieron de santiguarse dirigiendo á Dios una oración por el alma del desgraciado que iba en ella.

Pedro conservaba su sangre fría. Iba sentado al timón, que empuñaba con su potente mano, y sus ojos sondaban las aguas, límpidas aún, para examinar el fondo. Afortunadamente, conocía, por haberlos frecuentado, todos los parajes del golfo; se sabía de memoria los arrecifes, las arenas movedizas, las desviaciones engañosas, y la infalibilidad de su mirada era secundada por la solidez de su mano de hierro.

El viento aumentaba de minuto en minuto, rompiendo las olas, erizándolas de crestas blancas. La mar era muy dura; la embarcación avanzaba entre saltos desordenados, dando cabeceos alarmantes, casi espasmódicos. Hacía mucha agua, y las olas la barrían de un extremo á otro.

Pedro no se detenía. La embarcación era nueva y sólida, bastante grande para no tener que alarmarse por un poco de agua salada. Su quilla cortaba las capas inferiores, y oponía resistencia á la atracción de la corriente. Con tal de doblar el peligroso estrecho que separa la isla de Arz de la de los Monjes, Pedro estaba seguro de evitar la corriente del canal.

Por eso mismo había elegido aquel itinerario, en lugar de seguir la costa occidental, menos abundante en canales, aunque más resguardada contra el Sudoeste.

En media hora llegó á la vasta superficie que se extiende entre Noyal y Sarzeau.

Había llegado el momento de investigar.

Se levantó prudentemente, y, sin soltar el timón, miró en torno suyo.

Ante sus ojos tenía la vasta extensión del golfo. Á su derecha, la isla de los Monjes, larga y estrecha como la columna vertebral de un pescado, proyectando sus dos aletas hacia el Norte y hacia el Sur, á

su izquierda, casi á su espalda, la isla de Arz, más redonda, más alta, y en el fondo del horizonte, al Sur y al Este, las costas bajas, descubiertas en aquel momento, de la península de Rhuis.

En todo lo que alcanzaba la vista no se veía otra barca.

El golfo, agitado por la lucha del reflujo con el viento, estaba cubierto de espuma. Las aguas eran cada vez más negras bajo aquella espuma aterradora.

Pedro se estremeció. También él rezó en aquel instante, y sus labios modularon una súplica:

— ¡Dios mío, Dios mío; tened compasión de ellos! ¡Haced que no hayan doblado el cabo.

El «cabo» que Pedro temía era esa punta de Pen-Happ que limita la isla de los Monjes, y después de la cual la corriente se dirige directamente, sin detenerse, hacia el canal de Morbihan, hacia los abismos de Kerner. Enfrente, tan amenazadora como la primera, se encuentra la otra punta, en la que, bajo la advocación de San Nicolás, se yergue la humilde capilla de los náufragos.

Pedro conocía muy bien aquellos sitios. Sabía que, á menos de ocurrir un milagro, la barca que se veía envuelta en los espantosos remolinos, estaba perdida sin remisión.

Por eso acababa de exclamar:

— ¡Dios mío, haced que no hayan doblado el cabo! ¡Ay! En vano había escudriñado con la mirada las caletas de la isla de los Monjes, de Brillac y de Logeot; no veía nada; no distinguía nada. Ya no podía tener la menor duda: la desgracia era un hecho. La barca debía de haberse ido á pique al otro lado de aquella isla protectora.

El mismo Pedro, so pena de dejarse arrastrar por la corriente más allá de Pen-Happ, tenía que ceñirse á la costa, acercarse insensiblemente á ella, hasta que, ayudándose con los remos, consiguiera alejarse de la corriente que le había llevado hasta allí.

Un sombrío desaliento cayó como un peso abrumador sobre el alma del joven oficial paralizándolo su energía. Á la horrible luz de su desesperación vió la herida de su corazón, comprendió la intensidad del amor que le había inspirado la extranjera.

— ¡Muerto! — murmuró maquinalmente — ¡Ha muerto!

El joven no oyó sus propias palabras, que se desvanecieron en los helados vapores, en las siniestras neblinas que el huracán agitaba en torno de la lancha. Pedro, absorto en su dolor, soltó el timón, que le dió un golpetazo en la cadera. Fué tan violento el golpe, que el joven cayó casi sin sentido sobre el banco.

En aquel instante de inconsciencia no se dió cuenta de que la lancha cayó de pronto en lo más impetuoso de la corriente. Cuando recobró el sentido, vióse precipitado con una velocidad de diez nudos sobre las enormes rocas amarillentas en que termina el promontorio.

Por el mismo tiempo, al otro lado de aquellas rocas y luchando desesperadamente contra la atrac-

ción del abismo, vió una barca de velas rojas, la misma que él había alquilado el día anterior.

En aquella barca Pedro reconoció al patrón cuya mujer lloraba en su pobre choza con su hijo en brazos, y junto al patrón, á Juana, de pie, agarrada al mástil y con el pelo suelto: el joven creyó que era juguete de una alucinación.

Pero no; lo que veía era real. Aquella embarcación no estaba tripulada por sombras, sino por seres vivos. Inmediatamente adivinó la maniobra de la pesada embarcación. El pescador, comprendiendo que estaba perdido, se había jugado el todo por el todo. Había izado sus dos velas para que el viento le ayudara, si era posible, á cortar la corriente contraria. Como era un valiente, y todos los hombres lo son en las costas bretonas, el pescador no había querido morir sin luchar, y había intentado un imposible.

Entonces á Pedro se le ocurrió también la loca idea de que uniendo sus esfuerzos tal vez conseguirían que Dios hiciera un milagro. El joven veía que el patrón no podía tesar la escota y manejar el timón al mismo tiempo.

—¡Socorro!—gritó el desgraciado al ver á Pedro que se dirigía á él con la velocidad de una bala de cañón.

—¡Tesa firme!—respondió el marino entre el rugir de la tormenta.

Las dos embarcaciones se abordaron. Pero Pedro maniobró de tal manera, que la chalupa le cogió de flanco.

Fué un choque terrible. El bote del joven se hizo mil pedazos contra el otro. Pedro no le vió sumergirse: se levantó de un salto, y se asió á los obenques. Estaba en la barca.

Entonces, sin decir una palabra, sin una sola explicación, cogió á Juana de un brazo, la obligó casi con rudeza á tenderse en el fondo de la barca, llena de agua del mar, y apoderándose del timón, gritó:

—¡Larga todo, todo!

El pescador había tenido la misma idea. Izó la vela grande.

Una ráfaga cogió de lleno á la embarcación, que se inclinó á babor. Impulsada por el viento, se dirigió á las rocas; oyóse el crujido de la quilla al despedazarse contra los arrecifes de la costa, y Pedro y el pescador se santiguaron al mismo tiempo cambiando una mirada.

En aquel instante supremo Pedro no tuvo más que un pensamiento. Sus brazos de hércules levantaron á Juana, pálida de terror. Señaló el borde de la roca, y dijo sencillamente:

—Cuando pasemos, salte usted allí. ¡Adiós!

Juana se sintió lanzada hacia adelante. Cayó pesadamente sobre las piedras viscosas; pero, por lo menos, estaba salvada. Cuando se levantó dolorida y con las manos ensangrentadas, vió que la barca, medio llena de agua, se destrozaba contra los escollos de la caleta. Pero la corriente estaba vencida, y los restos de la barca se habían incrustado entre dos enormes bloques como entre las tapas de un estuche.

Un instante después salió Pedro chorreando sangre y agua salada. Llevaba en brazos al marinero desmayado y herido en la cabeza por el guía de la vela.

Acudió gente de todas las aldeas. Los valerosos habitantes de las costas son muy hospitalarios. Las mujeres rodearon á la joven, y los hombres, á Pedro y al herido. Á este último le llevaron á una posada de la idea de Pen-Happ, en donde le acostaron en una buena cama, mientras el oficial y Juana recibían los cuidados que su estado reclamaba.

Afortunadamente, no se habían hecho mucho daño. Quiso la suerte que aquel día fuera el de la visita semanal de uno de los médicos de Vannes. El doctor no tuvo que reconocer á los dos habitantes del castillo, puesto que no se resentían del accidente; pero los tranquilizó inmediatamente sobre el estado del patrón, cuya herida era solamente superficial y no interesaba más que los huesos del cráneo y el cerebro cabelludo.

Fué necesario buscar alojamiento para el caso en que la duración de la tormenta obligara á los imprudentes excursionistas á pernoctar en la isla. Un carruaje que encontraron los llevó al pueblo, y el marinero se encontró lo bastante repuesto de la emoción para hacer honor al almuerzo que le ofreció el teniente de navío.

Pedro se atrevió entonces á acercarse á la señorita Le Roy.

—Juana—dijo con emoción mal disimulada,—tengo que pedirle perdón.

—¿Perdón? ¿Á mí? ¿Usted?—respondió la joven, tan turbada como su interlocutor.

—Sí—repitió éste;—tengo que pedirle perdón por la brutalidad, por la violencia con que la he tratado.

Juana sonrió tendiéndole su mano vendada.

—Debo la vida á esa violencia con que me trató usted, Harscoet. Le estoy muy agradecida. ¡Nunca lo olvidaré!

Éstas fueron las únicas palabras que se cambiaron sobre lo ocurrido. Por lo demás, la tempestad cedió á eso de las tres de la tarde. En esa hermosa estación nunca son muy largas. La marea y las últimas rachas del viento del Sur hicieron posible y hasta fácil el regreso á Arradon. Tranquilizáronse las aguas, el Morbihan recobró su aspecto sonriente, y á la hora de la comida los habitantes del castillo se reunieron alegremente alrededor de la mesa.

Las señoras Le Roy demoraron tres días su viaje á causa de aquel incidente, y al siguiente día el Marqués pudo preguntar á Juana, que estaba pensativa desde la víspera:

—Vamos, miss Juana; ¿está usted contenta de nuestro lago?

VI

El acontecimiento fué muy importante para Pedro. Al recordar el sencillo y conmovedor drama en que tan honroso papel había representado, Pedro no sentía la menor vanidad; pero conservaba dolo-

rosamente el recuerdo de los días pasados junto á la joven, la primera mujer que había hecho latir su corazón; veía otra vez el terrible episodio de su encuentro en los escollos de Pen Happ; experimentaba aún la impresión que le produjera el hermoso cuerpo que languidecía entre sus brazos, y, á pesar de las palabras con que Juana le había mostrado su agradecimiento, se echaba en cara el enérgico esfuerzo gracias al cual la había librado de la muerte. Unos minutos más, y Juana, arrastrada por el remolino que se formó en torno de la barca clavada entre los arrecifes, se hubiera ahogado seguramente.

Pedro pensaba en todas estas cosas y en el horrible dolor que experimentó ante la amenaza de una muerte espantosa suspendida sobre aquella cabeza adorada. Seguramente, antes de aquel terrible momento sabía que amaba á Juana; pero él mismo ignoraba que la quisiera hasta tal punto, y á la sazón, temblaba sólo al pensar en una separación eterna. Comprendía que nunca podría renunciar á aquel amor, que en lo sucesivo sería el único objeto, la única razón de su vida.

Así como Juana no había podido acostumbrarse á la idea de vivir separada para siempre de Luciano, Pedro del Harscoet no comprendía que hubiera podido vivir hasta entonces con el corazón vacío, puesto que habían bastado unos cuantos días pasados cerca de la preciosa criatura para transformarla á sus propios ojos. La perspectiva del silencio que había querido imponerse, le parecía á la sazón tan triste, tan horrible como puede ser para un condenado la de la celda en que debe pasar los últimos años de su vida.

Se dominó, sin embargo: no quería dejar traslucir sus sufrimientos, y deseaba ocultarlos sobre todo á su cuñado y á su hermana.

Para conseguirlo buscó mil ocasiones, aprovechó toda clase de pretextos para aislarse, á fin de poder saborear á sus anchas su dolor. Otras miradas, hasta las de aquellos seres á quienes tanto quería, le hubieran parecido importunas: hubiera creído que profanaban el misterio de su alma. Para pensar mejor en Juana, para llenar su alma con su recuerdo, para volver á encontrarla en cierto modo por el contacto de las cosas materiales que la joven había embellecido y poetizado con su presencia, se dedicó á recorrer todos los lugares en donde había estado con ella.

Hizo esto con el piadoso recogimiento con que hubiera hecho una peregrinación. Todos aquellos sitios le parecían llenos de la misteriosa estela de emoción que dejan tras sí los seres que nos son queridos.

Aquí, el comedor con sus artesonados, y la mesa junto á la cual la vió por primera vez; allá, el bosquecillo en que terminaba el parque, y al que Juana iba á pasear, atraída, sin duda, por las reminiscencias de la declaración de Luciano y de su propia confesión; más lejos, el Morbihan, el teatro de aquel drama durante el cual en un instante terrible y corto Pedro había tenido entre sus brazos, apoyado contra su corazón, al ídolo de su alma.

La veía en todas partes, con el mágico prestigio de su original belleza. Experimentaba la constante

alucinación de aquel sueño: ya era un perfume emanado de la joven que creía encontrar en el hábito de la brisa; ya un eco de su voz que vibraba entre el murmullo de las ramas.

El teniente de navío volvía siempre al castillo con la convicción, cada vez más profunda y más amarga, de que ya no podía sacudir el yugo de aquella pasión, que era á la vez su tormento y su alegría.

En medio de estas reflexiones le sorprendió la confidencia de su cuñado.

Ibo y Ana habían observado su tristeza; pero Pedro disimulaba tan bien los sentimientos de su alma



Contó que su marido, seducido por el dinero que Juana le había ofrecido .. (Pág. 28.)

que el Marqués y su mujer no sospecharon ni por un instante la verdadera causa de su inexplicable melancolía.

Una noche después de comer salieron todos para respirar el aire puro del crepúsculo, y sentados en uno de los bancos de la plazoleta en que Juana y Luciano habían cambiado sus terribles juramentos, entablaron la conversación.

Ibo fué el primero que rompió el fuego con su habitual jovialidad.

—Mira, Pedro—comenzó á decir—vas á darme tu

opinión sobre un cuento de hadas completamente inédito.

El oficial abrió los ojos lleno de asombro. Sabía que su cuñado era muy alegre, muy amigo de broma; pero generalmente no buscaba á Pedro para que le secundara en sus alardes de ingenio.

El joven respondió con indiferencia:

—Querido Ibo, estoy dispuesto á darte todas las opiniones que quieras. Sin embargo, como tú eres muy aficionado á enigmas y charadas, te recordaré que yo no soy muy duclo en esas materias.

—¡Oh; no hace falta!—replicó el Marqués.—El problema es muy sencillo.

Ana añadió con malicia:

—Ibo debía haber empleado otra palabra. Lo que él llama «cuento de hadas» podría también llamarse «apologo» ó «parábola».

—¡Pues estoy tan á oscuras como antes!—replicó Pedro.

El Marqués se echó á reír.

—¡Vamos; no te impacientes! He aquí la historia. ¿Qué harías tú si te encontraras en la situación de un hombre al cual le cayera del Cielo una teja en forma de diez millones?

Pedro miró muy seriamente á su cuñado, y respondió:

—Empezaría por tocarme la cabeza para convenirme de que no se me había roto.

El Marqués se echó á reír á carcajadas, y Ana le imitó.

—¡Já, já, já! Ésa es la contestación que merezco. Pues bien; precisamente he hecho eso mismo que tú dices, porque yo soy el hombre de quien te hablo.

—Entonces—dijo Pedro, cuya imperturbable gravedad aumentaba la hilaridad de sus dos interlocutores,—permíteme que te examine la cabeza.

Se levantó, y avanzó con la mano derecha extendida hacia el Marqués.

Éste le detuvo con un gesto, y recostándose contra el respaldo del banco, replicó:

—Es inútil, querido: aquí está Ana para decirte que no estoy loco. Escucha lo ocurrido.

Entonces contó á Pedro las circunstancias que le hacían dueño de una inmensa fortuna, de la que la señora Le Roy era portadora, ó por mejor decir, mandataria, puesto que no hacía más que cumplir una orden de su marido.

Á medida que el Marqués iba enterando á Pedro de lo sucedido, el joven palidecía visiblemente. Ana, más perspicaz que su marido, se daba cuenta de la turbación de su hermano, y sentía nacer en su alma una vaga sospecha.

El recuerdo de Juana no era extraño á la emoción de Pedro.

Sin embargo, el joven se repuso bastante pronto de la sacudida que acababa de ocasionarle la noticia que le había dado su cuñado. Érale muy doloroso en aquel momento pensar en aquella fortuna colosal que se levantaba como un obstáculo entre Juana y él, y que hacia á la joven superior en cierto modo á los que en otro tiempo protegieron á su padre.

El teniente de navío respiró con más libertad

cuando Ibo, tocando el punto más importante de la cuestión, añadió:

—Ya comprenderás que al mismo tiempo que tributamos á la señora Le Roy todos los elogios que merece una prueba tan grande de agradecimiento, Ana y yo no podemos aceptar esa liberalidad, verdaderamente fantástica.

Pedro se tranquilizó. Por un instante abrigó el temor de que to la aquella maravillosa historia disminuyera la profunda estimación que profesaba á su cuñado. Al ver que Ibo era como siempre le había conocido y juzgado, es decir, generoso y desinteresado, experimentó una alegría que se traslució en sus miradas, y Ana quedó convencida de que había adivinado la causa de la tristeza bruscamente expresada por la fisonomía de su hermano.

Pero el marino se alarmó de nuevo cuando oyó decir á su cuñado:

—Lo que no podemos ni queremos aceptar para nosotros, querido Pedro, podemos aceptarlo para otros. Porque es menester que sepas que esa excelente señora Le Roy no se conforma tan fácilmente que considera caso de conciencia el ejecutar al pie de la letra la última voluntad de su marido, y que no se explica nuestros escrúpulos.

»El caso es, pues, de los más difíciles. Por nada del mundo quisiéramos ofender á esa buena señora, y confieso que difícilmente podremos resistir más tiempo á sus instancias. Varias veces ha tratado ya del asunto. Hasta ahora hemos podido eludir una resolución; pero ya nos es imposible no acceder la primera vez que vuelva á insistir.

»Por consiguiente, á Ana y á mí no se nos ha ocurrido nada mejor que cederte el regalito.

—¿Á mí?—exclamó Pedro, que volvió á sentir los temores que había experimentado al principio de la conversación.

Entonces se entabló entre los dos hombres la discusión más singular que pueda concebir una imaginación. Cada uno de ellos se esforzaba en invocar razones para rechazar la fortuna que le amenazaba. Toda la delicadeza de Harcoet se rebelaba contra la proposición de Ibo del Lantoir. ¿Á título de qué iba á aceptar una herencia que el verdadero heredero rechazaba? Las gentes no se explicarían el origen de aquella inopinada opulencia. Él mismo no podía acostumbrarse á la idea de una fortuna tan inexplicable. Sentíase herido en su orgullo.

Inútilmente el Marqués, arrastrado por su elocuencia, recurría á los argumentos más capciosos.

—Pero, Pedro, si en lugar de venir de América esos diez millones fueran el producto de la voluntad testamentaria de un pariente lejano, ¿tendrías que vencer las mismas repugnancias? Me atrevo á asegurar que no sucedería así.

Pedro, puesto entre la espada y la pared y muy turbado, replicó:

—¡Diantre! Eso es hablar por hablar. ¿Por qué no te aplicas ese mismo razonamiento?

Al oír esto, Ibo cambió de táctica. Conoció á fondo el carácter, las ideas y hasta los sueños de su cuñado. Tocó hábilmente las cuestiones

nes de orden moral y social que interesaban á Pedro, mostrándole el partido que en beneficio de sus ideas podía sacar de aquella opulencia providencial.

—¿No ves que empleando esa fortuna en la realización de tus proyectos harías un beneficio á la causa de la Humanidad entera? ¡Cuántas veces te hemos oído exponer aquí mismo tus planes! Y ahora que se te presenta una ocasión verdaderamente milagrosa para pasar de la teoría á la práctica, te echas atrás, te niegas á poner en práctica tus proyectos?

Pedro estaba contrariado; no porque sintiera flaquear su resolución, sino porque no podía decir cuál era el verdadero, el único motivo de su resistencia. Así, pues, vió con gran satisfacción que Ana daba la señal de retirada, poniendo de este modo término á la discusión.

Brillaban las estrellas en un cielo de incomparable pureza cuando volvieron al castillo por el paseo más ancho del parque. El teniente de navío hubiera prolongado de buena gana la velada; pero la prudencia le aconsejaba no ofrecer al Marqués una ocasión de proseguir el debate. Se retiró, pues, á su cuarto, muy satisfecho de evitar una controversia que, según sospechaba, había de volver á empezar á la primera ocasión.

Una vez solo abrió la ventana, y de codos en el alféizar se entregó á sus reflexiones. Los enamorados tienen éxtasis consoladores llenos de la invisible presencia del ser adorado. Pedro conservaba en su corazón los recuerdos de su amor, y entonces que Juana estaba lejos, tomaba á sus ojos todos los atributos que la poesía presta á las creaciones de un ensueño. La joven le parecía todavía más bella de lo que era; y como no tenía ningún motivo para temer una rivalidad peligrosa, podía sin escrúpulo considerarse dueño de la blanca visión cuya original imagen no había sido profanada por ningún deseo.

¡Pero cuántos dolores encerraba aquel sueño! Aquel marino de veintiocho años era un hombre en toda la extensión de la palabra: lo había demostrado con exceso en el curso de su bien aprovechada carrera, y recientemente, cuando á fuerza de energía salvó á Juana de una muerte cierta. Es más; hasta la renuncia, hasta el sacrificio de su amor, llevado á cabo sin una queja, sin un murmullo, eran ejemplo concluyente del valor moral que el joven poseía.

Pues bien; aquel hombre joven y fuerte, noble y valeroso, lloraba como un niño.

De su solitaria infancia había conservado el hábito de una apacible taciturnidad, el amor á la soledad, á los soliloquios en el gran silencio de los seres y de las cosas. El alma bretona vivía en él, y esa alma está tan acostumbrada desde muchos siglos á la vida contemplativa, que experimenta como una contrariedad cuando tiene que manifestarse en el mundo de la exteriorización material. ¿Qué poesía puede compararse á la de las landas incultas y desiertas, á la de las playas combatidas incesantemente por un mar cuya voz parece no conocer más que los cantos de duelo y los himnos de la eternidad?

Pedro era al mismo tiempo hijo de las playas y del desierto. Él se bastaba á sí mismo en esa socie-

dad, en la que tantas personas necesitan distracciones. Pedro se encerraba, se atrincheraba en cierto modo en el austero goce de una especie de místico egoísmo. Consentía en no poseer al ser amado, limitándose al goce de su presencia ideal. Pero no estaba preparado para soportar la terrible noticia de que otro hombre poseyera el tesoro de que él se veía privado. La suposición de tal acontecimiento no había germinado en su espíritu.

En aquel momento, alejado de sus dos interlocutores y de sus enojosas preguntas, podía saborear á sus anchas toda la voluptuosidad de su aislamiento. Para los hombres de carácter reservado, ésta es la mejor forma del amor, la que mejor conviene á sus aspiraciones, á la pureza de su cariño. Deja á la mujer amada en las regiones superiores de la contemplación, en donde no puede despojarse de los atributos que le presta la exaltación del amante. Nada la hace desmerecer, y los continuos arrebatos del corazón enamorado encuentran siempre igual á su ídolo.

¿Cuánto tiempo estuvo levantado el marino? No se dió cuenta. Solo advirtió que hacía mucho cuando sintió una especie de entorpecimiento causado por su prolongada permanencia en la ventana abierta, y también cuando vió blanquear la neblina que se deslizaba sobre las aguas, en las cuales emergían las islas como sombríos escollos.

Entonces dedicó al descanso el tiempo necesario. La costumbre adquirida en su vida de marino de levantarse muy temprano, le obligó á despertar al poco tiempo. Inmediatamente salió de su cuarto, y se apresuró á bajar al parque.

Cuando llamaron para almorzar, Pedro se sentó á la mesa, no sin alguna aprensión. Temía que continuara la conversación de la víspera. Con gran sorpresa suya, el Marqués no hizo la menor alusión á ella, y charló de otras mil cosas. Ana, por su parte, guardó el más riguroso silencio sobre el asunto, sin dejar por ello de mostrarse cariñosa y amable como de costumbre. El marino se tranquilizó por completo.

Sin embargo, se equivocaba.

Si Ibo, poco deseoso de reanudar la discusión, no prestaba al asunto más que un mediano interés, no sucedía lo mismo con su mujer. Ana, en efecto, había planteado un problema, y su inteligencia trabajaba para resolverlo. Ana, que tenía ya una convicción moral, quería corroborarla con una prueba más positiva, y sospechando el amor de su hermano, quería que el mismo lo confesara.

Aprovechó una visita del Marqués á sus granjas de las cercanías para pedir á Pedro que la acompañara á Vannes, en donde tenía que hacer algunas compras.

El joven se dejó engañar por el aire de indiferencia que afectaba su hermana; pero, sin embargo, no pudo prever que iban á sentarle en el banquillo y que Ana estaba decidida á someterle á un interrogatorio en regla.

Apenas se hubieron acomodado en los asientos del coche que los llevaba á la ciudad, cuando la Marquesa empezó el ataque.

—Pedro—dijo á su hermano,—es preciso que me perdones una indiscreción.

—¿Una indiscreción? Ana, confieso que no te comprendo.

—¡Oh! ¡No será muy difícil!—replicó la joven alegremente.—Es con respecto á nuestra conversación de ayer.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Sobre el problema de los millones? Pero, hija mía, no veo la menor indiscreción en eso.

—¡Espera! ¡Espera! Ahora la verás. Aunque aprecio en su justo valor las razones de delicadeza por las cuales has rehusado dejarte inscribir en la lista de candidatos á la herencia del señor Le Roy, me parece, sin embargo, que esas razones eran puramente sentimentales. Para ser te franca, te diré que me hiciste el efecto de un hombre que invoca toda clase de motivos de segundo orden con el único objeto de no decir el verdadero.

Pedro enrojeció, pero tomó la cosa á broma.

—¿De modo que no admites la validez de mis argumentos y sospechas que oculto algo?

—Eso es: no había acertado á expresarme.

—Bueno—dijo el marino;—y aunque así fuera, ¿qué mal habría en ello?

—Efectivamente, no habría ningún mal. Sin embargo, reconocerás que Ibo y yo no tendríamos motivo para ver en eso una prueba de tu confianza en nosotros.

El teniente de navío se inclinó hacia su hermana, y la besó en las mejillas.

—Anita—dijo,—acabas de decir una cosa de la que tengo derecho á quejarme; pero siempre hemos vivido tan unidos, que no me molesta tu deseo de conocer mis más íntimos pensamientos. Confiesa, sin embargo, que te hubiera parecido muy indiscreto si en cierta ocasión hubiera tenido yo el mal gusto de averiguar los secretitos que os decíais Ibo y tú.

Las facciones de Ana revelaron su alegría al oír la alusión á los felices tiempos de su noviazgo.

—¡Oh! No es lo mismo, Pedro. Las mujeres son seres de exquisita sensibilidad, á los cuales les está permitido emplear toda clase de medios para proteger la dignidad de sus afectos.

—¿De veras?—exclamó alegremente el teniente de navío.—He aquí una distinción que de buena gana calificaría de inútil. ¿Por qué lo que le está permitido á la mujer no le está permitido al hombre?

Ana amenazó cariñosamente á su hermano con el abanico.

—¡Cuidado, Pedro! ¡Esa defensa se parece mucho á una confesión!

—¿Á una confesión? ¡Oh! ¡Qué ocurrencia! ¡No tengo nada que confesar, querida!

La partida estaba empeñada. El magnífico carruaje, que acababa de salir de casa de Binder, rodaba muellemente por el camino, cubierto de una capa de polvo. Ni una sacudida interrumpía el girar de las ruedas. Entre Arradon y Vannes no había mucha distancia. Sin embargo, fué suficiente para que los hermanos pudieran hablar á sus anchas sobre el tema de su discusión.

De este modo Ana pudo enterarse de lo que deseaba saber.

Pedro defendió bastante mal su secreto; ó mejor dicho, no le defendió: se dejó sonsacar sin demasiada resistencia, comprendiendo que lo habían adivinado y que no estaría bien empeñarse en ocultar á su hermana lo que ella sabía bien. La joven quiso hacerle salir de sus últimas trincheras.

—Sea—dijo,—comprendo perfectamente que tu orgullo se subleve ante la idea de deber algo á la mujer á quien amas. Pero, entonces, ¿por qué no procuras conquistar á esa mujer por ella misma? Miss Le Roy parece ser una buena muchacha, muy digna de atraer las miradas de un hombre horrado y de un caballero. No soy yo la única que la juzga de ese modo. ¡Cuantas veces antes de tu llegada nos hemos dicho Ibo y yo: «Sería una fortuna que Pedro se enamorase de esta muchacha!» Sí, Pedro; muchas veces lo hemos dicho.

El oficial inclinó la cabeza, mientras que sus facciones recobraban su expresión de tristeza. Había llegado el momento de hablar sobre aquel asunto tan temido.

—Ana—dijo,—hace un instante me decías que lo que es natural en una mujer no lo es en un hombre. Tal vez no creyeras enunciar un aforismo de tan fácil aplicación en estas circunstancias.

«Cuando Ibo del Lantoir, nuestro pariente, es cierto, vino á buscarte en el seno de la pobreza en que vivíamos; cuando te sacó del colegio en que te morías de tristeza, no rehusaste el amor de nuestro rico pariente: consentiste en ser su esposa, en compartir su fortuna. ¿Quién hubiera podido reconvenirme?»

«¿No es natural, en efecto, que el hombre eleve hasta sí á la mujer, y que, contra el degradante ejemplo que vemos demasiado á menudo, sea él quien dé su fortuna á la mujer á cuyo amor aspira, en lugar de esperar los bienes de ella?»

«Pues bien; ahí tienes explicada mi conducta. En lugar de atraerme, los millones de la señorita Le Roy se interponen entre ella y yo como un infranqueable obstáculo. Mientras yo no haya adquirido por mí mismo el derecho á considerarme igual á ella en méritos, no pasaré por la humillación de dejar suponer que, como otros muchos, he ido buscando su dinero.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en tono un tanto seco. Sentíanse vibrar en él todas las recondidas de una altivez que se horrorizaba al contemplar las ambiciones, las cobardes complacencias del mundo.

Pedro del Harscoet no transigía con su conciencia. Oponía los prejuicios de un alma altiva á los prejuicios de la multitud, que aplaude siempre al que triunfa.

Ana se sintió, no vencida, sino desarmada. ¿Qué podía decir, qué argumento podía oponer á aquella sencilla declaración? La misma grandeza del sentimiento expresado por Pedro aumentaba la estimación que sentía hacia aquel hermano, cuyas varoniles virtudes había admirado siempre. Y exami-

nando sus pensamientos, no tenía más remedio que confesarse que prefería verle así, en su austeridad de puritano, que rodeado del prestigio de la riqueza y triunfando con la dorada aureola que hubiera prestado á una figura más vulgar la satisfacción de una ambición interesada.

Así terminó la conversación. El carruaje llegaba á las puertas de Vannes, y los dos campanarios de San Pedro y de San Paterno proyectaban ya su sombra sobre los dos hermanos.

Pedro y Ana saltaron ligeramente al suelo. Pedro debía acompañar á su hermana á las tiendas en que tenía que hacer algunas compras. No volvieron á aludir á su reciente conversación, y el marino pudo

Así transcurrieron algunas semanas, durante las cuales el teniente de navío, sofocando los gritos de su dolor, violenó su propia desesperación para afectar una indiferencia que indujo á sus hermanos á creer en su curación.

Pero pronto comprendió que el esfuerzo era demasiado doloroso para prolongarlo ante los ojos de los que podían leer en su pensamiento. Pretextó un viaje á Brest, para ir á París, al Ministerio, en el que consiguió, sin necesidad de insistir que le embarcaran inmediatamente. Le dieron el mando de un aviso en los mares de las Antillas.

Esto le proporcionó un verdadero consuelo, una provechosa distracción para su tristeza.



Vió una barca de velas rojas... (Pag. 30.)

crear, con apariencias de verdad, que entre él y su hermana no volvería á hablarse del asunto.

No se engañaba. Dueña del secreto de su hermano, Ana se constituyó en su escrupulosa guardiana, sin dejar por eso de confiar en que ocurriría cualquiera circunstancia favorable que destruyese el infranqueable obstáculo de que Pedro hablaba con voz temblorosa, pero sin el menor desfallecimiento de voluntad.

Desde entonces Pedro pudo volver á entregarse á la quimera de sus ensueños. El Marqués y su mujer respetaron su mutismo, comprendiendo que aquel sufrimiento voluntario no debilitaría la energía del joven, sino que, por el contrario, la robustecería en nobleza de aquella alma admirablemente viril.

Pero no pudieron menos de suspirar, esperando, á pesar de todo, ya un acontecimiento que devolviera á Pedro su libertad, ya un afecto consolador que sustituyera su pasión, cicatrizando la llaga de su alma y ofreciéndole la perspectiva de una felicidad digna de la pureza de sus sentimientos.

Volvió á la vida activa, la única que por su trabajo cotidiano, incesante, podía tener su espíritu laborioso, sometiéndose á una perpetua tensión de sus facultades que, ya por la fatiga física, ya por la responsabilidad de las vidas confiadas á su cuidado, le libraba de la continua presencia de su desgracia. La energía de su temperamento casi igualaba á la de su voluntad. Por esta razón pudo imponerse trabajos que tantos otros hubieran procurado evitar, y aunque en aquel momento estaba muy lejos de todo pensamiento de ambición, su celo en observar atentamente los deberes de su empleo le fué de gran utilidad para su buena fama. Su hoja de servicios era excepcional; tanto, que el ministro se fijó en aquel teniente de navío de veintiocho años que prometía llegar á ser uno de los oficiales más distinguidos de la marina francesa.

No le dejaron en el puesto á que le habían destinado.

Al mando de Francia, Pedro se vió agregado al cuarto militar del presidente de la República. Esta

distinció le aseguraba su próximo ascenso al grado de capitán de fragata.

Cuantos le conocían le felicitaron de corazón y sin reticencias. Todos sabían que no había solicitado aquel favor, que sólo lo debía á sus propios méritos.

Pedro lo aceptó con una especie de indiferencia, casi con apatía. «Qué le importaba aquella distinción inesperada, aquella probabilidad de ascenso? Desde que conoció á Juana, el marino no pensaba más que en ella. «Nada me importa ya», hubiera podido decir, como la reina infortunada. Pero su sueño no había disminuído su dignidad, su elevado concepto de la virilidad. Amaba sin desfallecer, sin caer en lamentaciones inútiles y humillantes. Soportaba el amor como una prueba, para salir de ella purificado, fortalecido, engrandecido.

En París vivió como un recluso. Aquella vida de recepciones y de ceremonias, aquella atmósfera de fiestas oficiales, avivaba su dolor y le hacía desear la soledad. Llegó un momento en que ya no pudo tolerar el contacto de las realidades mundanas.

Aquel día, como encontrara al ministro, que le preguntaba con interés por su salud, por sus trabajos y por sus proyectos, diciéndole cariñosamente si no tenía ningún deseo, Pedro respondió:

—Sí, almirante; tengo un deseo: que me saque usted de aquí para enviarme á cualquiera parte, sea donde sea, al fin del mundo.

El almirante le miró sorprendido; pero acostumbrado á los caprichos de los marinos, recordando tal vez los suyos propios, accedió al deseo de su subordinado.

Pedro salió para el Pacífico. Allí debía permanecer dos años.

VII

Entretanto, en París Luciano y Juana habían vuelto á encontrarse.

Un proverbio, tan exacto en el fondo como vulgar en la forma, asegura que hay «un dios para los borrachos». Podría asegurarse también que hay un demonio para los enamorados.

Este demonio es tenaz, lucha encarnizadamente por su pérdida, impulsándolos á hacer mil tonterías, e gándolos sobre el alcance ó las consecuencias de sus actos, entregándolos á todas las sorpresas de los acontecimientos, á todas las cobardías de la pasión. Es en vano que el amor comience por una aspiración hacia el ideal, por el deseo de llegar á las regiones de la más pura ternura: siempre llega la hora en que los sentidos reclaman sus derechos, en que el cuerpo, ese participante imperioso de nuestra naturaleza mixta, alza la voz y exige su parte de felicidad. Sólo los santos, dotados de la gracia divina, pueden oponer entonces un obstáculo á su desbordamiento: sólo ellos pueden gritar á la impetuosidad de la pasión: «No irás más allá.»

De los dos seres que una cruel ironía había colocado frente á frente, el más enamorado, el más gravemente herido, era, sin duda alguna, Luciano. Él no estaba en la flor de su juventud; ya había llegado

á esa edad cercana al instante decisivo y crítico de la madurez; y he aquí que se veía herido, en pleno desprecio del peligro, por uno de esos golpes terribles que desorganizan las existencias mejor dispuestas, que rompen el equilibrio de sus facultades, que en un hombre de poco valor ó de voluntad débil dan con tanta frecuencia origen á esas locuras pasionales que son la ruina de todas las energías y de todas las dignidades. ¡Cuántos ejemplos de esos lamentables desfallecimientos ofrece nuestra época, aun en las clases más elevadas de la sociedad!

Para Juana, aquello no era más que una de las enfermedades morales accidentales á que todo el mundo está sujeto, que atacan en todas las edades, excepto en la ancianidad, la cual, sin embargo, no está completamente exenta de ellas. ¿Quién es el joven, quien es la niña que no ha sentido, tarde ó temprano, esta crisis de la imaginación que interesa el corazón, así como se interesan el cerebro, los centros nerviosos y las vísceras en las enfermedades de la infancia reputadas como poco peligrosas? Juana amaba á Luciano por un capricho de la imaginación: primero, porque Luciano había sido el primer hombre que había hecho latir su corazón; después, porque, siendo extranjera, á pesar de la influencia paterna, experimentaba, sin comprenderlo, el ascendiente del prestigio de la civilización francesa, tan distinta del progreso americano; la influencia de este antiguo mundo, completamente nuevo para ella. Sólo esto hubiera bastado para falsear el sentido de sus emociones, para engañarla sobre el carácter de los sentimientos que experimentaba hacia el escritor, rodeado ya de una celebridad muy á propósito para deslumbrarla.

Por pasajeros que sean, semejantes afectos no son por eso menos peligrosos: puede uno morir del sarampión, de la escarlatina, hasta de una simple bronquitis, si se cometen imprudencias, si se olvidan los preceptos de la más vulgar medicina.

Juana, en su ignorancia, se había expuesto á semejante peligro.

Pero, afortunadamente para ella, el hombre con quien había tropezado no era solamente digno de su pasión por sus facultades intelectuales: la nobleza de su alma correspondía á la inmensidad de su genio.

Luciano era, en la austera acepción de la palabra, el *vir bonus* concebido por la prudencia de la antigüedad.

Ni un solo instante cruzó por la imaginación del literato la hipótesis de una falta: al pronto ni siquiera entrevió esta hipótesis. La elevación de su carácter sentía hacia ella manifiesta repugnancia. Juana seguía siendo á sus ojos una visión celeste, y hubiera podido vivir así muchos años en el misticismo de su culto.

Después, cuando su condición de hombre le obligó á abrir los ojos; cuando, como filósofo experto, tuvo que confesarse que la lógica de la naturaleza humana no concedía ninguna tolerancia á la quimera de un amor contemplativo, platónico, como se ha acostumbrado á llamarle, retrocedió lleno de horror ante el abismo que veía abrirse á sus pies, y, antes

que exponerse á sucumbir, resolvió sustraerse á la influencia del vértigo.

La ocasión que le colocó en este conflicto fué tan vulgar como lo son casi siempre esta clase de acontecimientos.

Fué provocado por el encuentro imprevisto de Marta y de Juana en el salón de unos amigos de ambas.

La señora Plessy, que no podía tener la menor sospecha, estuvo muy amable con la bella americana, y procuró con el mayor empeño trabar una amistad que desde hacía mucho tiempo solicitaba su curiosidad, halagando su vanidad de mujer frívola y superficial.

Experimentó una verdadera sorpresa al encontrar á Juana mucho más bella de lo que le habían dicho. Á decir verdad, aquella primera entrevista no le inspiró celos; más bien experimentó una especie de satisfacción, de amor propio al encontrar una criatura que fuera igual á ella en el terreno de los atractivos personales. Estos goces estéticos nacidos del triunfo de su belleza están reservados á la mujer.

Inmediatamente trató de monopolizar á la joven.

Juana, por su parte, no pudo menos de admirar á Marta, á la cual era superior bajo tantos aspectos; no experimentó ninguna antipatía hacia ella, y hasta se sintió muy dispuesta á concederle su confianza y su cariño.

Éste fué el primer sentimiento, ó mejor dicho, la impresión del primer momento.

Pero en cuanto los dos jóvenes fueron mutuamente presentadas, la americana, á pesar de su simpatía, intentó una retirada prudente y discreta al mismo tiempo. Juana lo consideraba como un deber, y la rectitud de su carácter se rebelaba contra la obligación de tener que disimular delante de Marta, como había tenido que hacerlo ya delante de sus amigos de Arradón.

Marta, en efecto, era la mujer de Luciano, la rival según la Naturaleza y las leyes.

Ahora bien; la altiva sinceridad de miss Le Roy no se avenía á observar una conducta equívoca; no podía ser al mismo tiempo la amiga de la mujer y la amada del marido.

Aunque su conciencia no le reprochaba ninguna deslealtad, Juana sentía como una sorda cólera al verse comprometida de aquel modo en una intriga cuyo origen no era completamente puro. La joven se echaba en cara su confesión, se daba cuenta exacta de la ofensa que se había inferido á su dignidad, y experimentaba ya esa especie de repugnancia que provoca en los seres muy altivos el insoportable recuerdo de la caída.

Después de conocer á la señora de Plessy, se juzgaba todavía más severamente, y Luciano, que hasta entonces se había sustraído á su censura, perdía en su estimación.

No se explicaba que casado con una mujer tan bella como Marta el literato hubiese buscado otro amor fuera del matrimonio. En realidad, no estaba «documentada», como dicen los abogados; su equidad carecía de elementos de información, y Juana

pronunciaba la sentencia con una precipitación no exenta de egoísmo.

Era egoísmo, en efecto, oculto bajo el aspecto de un rigorismo, sincero por lo demás.

Juana no quería avergonzarse ni aun á sus propios ojos. Si hubiera aplicado á su amor la piedra de toque de la experiencia, hubiera reconocido inmediatamente que aquel amor no ofrecía una trama muy resistente, y que los sueños de su imaginación habían cedido al primer choque de la realidad. Era demasiado honrada para complacerse en los fingimientos y en los disimulos á que su situación la obligaba. No estaba lejos el momento en que precipitaría la solución para sustraerse cuanto antes á unos lazos tan dolorosos como quiméricos.

Su primera entrevista con Luciano en casa de éste no dió lugar á incidente alguno. Las mujeres siempre son más dueñas de sí mismas que los hombres. Juana lo demostró en aquella circunstancia, en la cual ni una palabra, ni un gesto, ni la menor alteración en el rostro descubrió su emoción, ni aun ante la turbación, demasiado visible, de Plessy.

Al salir tendió al literato su enguantada mano, sin corresponder á la presión. Ni una sola vez se encontraron sus ojos. En una palabra, estuvo glacial, y Luciano nunca sufrió tanto como aquella tarde.

Juana también sufrió, sobre todo cuando se encontró sola en su cuarto; pero, sin embargo, padecía más por el disimulo que había tenido que imponerse que por su amor contrariado.

La joven aborrecía los equívocos. Le parecía vergonzoso continuar aquel sistema de fingimientos. ¡Mentir, siempre mentir! Esta idea la horrorizaba. Á veces, al pensar en la primera página de su dolorosa aventura, preguntábase si no habría soñado. La joven comprendía perfectamente la diferencia que hay entre la pasión que nace de una sorpresa, y esos afectos profundos resultado de una estimación recíproca, en que se funda la felicidad y la paz de los hogares cristianos.

Juana sentía que cada día disminuía el amor que había jurado sentir eternamente, creyéndolo de buena fe. Un paso más, y sólo consideraría su promesa como una cadena. Ahora bien; toda cadena es un peso del cual la naturaleza humana, amante de la libertad, aspira á emanciparse.

La comparación que hacía diariamente de los matrimonios que podía tratar con intimidad, contribuía á hacer más amargas sus reflexiones.

En Kérivel había visto á Ibo y Ana unidos por una ternura intensa, tan enamorados como el día de su boda. Había admirado aquel fenómeno, ignorando que escaseara en el seno de nuestra existencia contemporánea: había creído que no era más que un ejemplo que confirmaba la regla general, y no una excepción de la ley común del hastío que sigue á primeros arrebatos.

En París, por el contrario, el espectáculo que tenía ante los ojos depositaba en su espíritu los gérmenes de un pesimismo que todavía no había llegado más que al primer período; al período de la desilusión. Vea dos seres jóvenes y bellos que pa-

recían reunir el conjunto de las cualidades necesarias para la prosperidad de su mutua existencia, la cantidad de atractivos que explica la recíproca inclinación. Aun teniendo en cuenta la seducción, el especial atractivo de sus propios encantos, Juana reconocía que Marta era superior á ella por la gracia de sus modales y la delicadeza de sus cualidades físicas, quizás más femeninas que las de la americana.

¿Cómo, pues, Luciano desdeñaba semejantes atractivos hasta el punto de que parecía que ni siquiera sospechaba su existencia, y dejaba que su corazón y sus sentidos se consagraran á una extraña que reconocía su inferioridad?

Esta pregunta que la joven se hacía sin cesar, perjudicaba al literato.

Como sucede siempre en semejantes casos, Marta tomó gran cariño á Juana, hasta el punto de no poder pasarse sin ella. ¿Era el efecto de una inclinación irrazonada, ó un simple capricho de amor propio por el cual la bellísima francesa trataba de satisfacer su vanidad con el trato y la exhibición de la rica heredera? Juana lo ignoraba, y á decir verdad, no trataba de averiguarlo. También ella sentía hacia aquella mujer, tan pueril en sus manifestaciones sentimentales, una simpatía mezclada de compasión; algo así como la complacencia que los fuertes sienten por los débiles, como la que las madres sienten por sus hijos.

Esta reciprocidad de afectos debía provocar rápidamente, por una parte, las confianzas, por la otra, una benévola tolerancia hacia las locuras y las debilidades de su confidente.

Muchas veces Juana experimentaba una dulce compasión por las penas de su amiga, y hasta la consolaba cuando la veía contrariada porque le habían hecho mal un traje ó porque había llegado tarde á una cita. Esto no eran más que los preliminares de los sufrimientos que Marta iba á experimentar en breve, si es que ya no los sentía.

La mujer es una criatura muy extraña, un mecanismo delicado y frágil que manos inexpertas y brutales pueden romper sin darse cuenta de ello. Aun en la peor dotada de todas, las funciones normales de la inteligencia y del corazón han recibido su designio propio, y si no se las ejercitan es casi siempre porque una influencia perniciosa ó una educación deplorable han cortado el vuelo de su inteligencia y las libres expansiones de su corazón.

Pero que cualquiera circunstancia exterior ofrezca al alma el medio de volver á encontrar su camino; que una sacudida moral ó física la desembarace del yugo de los prejuicios, de las opiniones preconcebidas, de los hábitos nefastos contraídos por un egoísmo imperioso y vejatorio, y esa alma, semejante á las plantas que ganan en pocos días el tiempo que les ha hecho perder una dirección viciosa, empieza á crecer progresivamente, sin ruido, en la prudente sombra de sus meditaciones, y un día los que la observen podrán comprobar los progresos de esta rápida evolución, la asombrosa transformación de ser vuelto al fin á su verdadero destino.

Este fenómeno, que no es raro, se verificaba á la sazón en Marta Plessy.

Desde que Luciano la desdeñaba, arrastrado por su pasión, puesto que tampoco él, lo mismo que Juana, podía acostumbrarse á la obligación de la mentira doméstica, Marta sentía los pródromos de ese sentimiento vulgar á que dan el nombre de celos. Al principio se equivocó en los síntomas de este sentimiento: no había visto en ellos más que una alarma del amor propio, una inquietud de la suspicacia; y como era muy altiva, no quiso mostrar su contrariedad.

El desdén de su marido le pareció al principio un insulto á su dignidad. Ahora bien; Marta no sabía considerar la dignidad de una mujer más que como la consideran en la sociedad que frecuentaba. Marta aplicaba á su caso ese criterio sin alterarlo en un ápice. Una mujer cuya conducta no sea irreprochable, se hace perdonar todo con tal que salve las apariencias. En cuanto á la mujer virtuosa, escrupulosa observadora de sus deberes, como no es culpable, no puede adoptar más que una actitud: la de una implacable severidad para con el marido.

De esta manera la moral mundana impone ciertos aforismos, ciertas reglas cuya «letra mata» y cuyo espíritu no vivifica. La «regla general», que se funda en la vulgaridad universal, ha hecho más víctimas que las injusticias particulares. Sólo los que han sufrido se sustraen á su abominable uniformidad. Comprenden que cada paso puede invocar un juicio especial ante la soberana justicia, y sus corazones se tornan progresivamente indulgentes y compasivos. Pero el primer momento es siempre de irritación, de deseo de venganza. No ven más que su propio mal, y, como el hombre de la fábula, piden su maza á Hércules para aplastar á una pulga.

Marta no había pasado todavía de ese momento de pena aguda. ¿Tenía su alma bastante virtud para salir ennoblecida de aquel período deprimente?

Tal vez se viera pronto ante la prueba definitiva. Sólo entonces mostraría de lo que era capaz. Mientras tanto, lo mismo que los niños, dejaba escapar las quejas que le arrancaba el aprendizaje del sufrimiento. Y—¡oh ironía del Destino!—aquella á quien confiaba sus penas era la misma en quien la experiencia le haría ver pronto una rival.

Aquellos diálogos de las dos mujeres hubieran sido profundamente instructivos, ya que no sugestivos, para el pensador, para el «espectador imparcial» que pedía el sociólogo Adam Smith.

Marta lloraba, y Juana la consolaba.

—¡Oh!—decía la esposa—¡Es usted demasiado indulgente! ¡No ve usted el mal en ninguna parte!

—¡Guárdese usted de verlo en todas!—respondía alegremente la joven.

—Todo el mundo lo ve—replicaba la señora Plessy.

Y entraba en detalles enumerando sus penas.

—¡Vamos! ¿Es natural la vida que llevamos Luciano y yo? ¿Es una vida propia de un matrimonio de marido y mujer? Vivimos juntos, comemos á la misma mesa, dormimos bajo el mismo techo; y sin

embargo, ¿hay vidas más separadas, más distintas, más opuestas que nuestras vidas? No tenemos los mismos gustos ni los mismos sentimientos. ¿No debe el marido condescender con los gustos y hasta con los caprichos de su mujer? ¿No es la misión de la fuerza proteger á la debilidad; la de la inteligencia, ilustrar, y la del corazón, consagrarse á otro?

Juana bajaba á veces la cabeza, pensando que aquella teoría, exacta bajo más de un aspecto, no era tal vez más que el grito de angustia lanzado por un egoísmo reducido al tedio de sí mismo.

Juana respondía, tratando de disculpar al joven: —Vamos, Marta; ¿qué quejas tiene usted de su marido?

Entonces Marta comenzaba la exposición de sus quejas, esa letanía de las mujeres heridas en su amor propio, que acaban por descubrir que tienen un corazón, y enumeraba las faltas de Luciano, sin llegar á precisar una sola. Todo se limitaba á sospechas, á hipótesis.

—¡Tenía yo tanta confianza en él! No le vigilaba lo más mínimo. Le dejaba en libertad. (Marta olvidaba añadir que ella por su parte se tomaba libertad completa.) Ni siquiera le pedía lo que cualquiera burguesita exige á su marido; que me llevara al baile, al concierto ó al teatro. Tal vez haya hecho mal. Luciano no se hubiera negado, y de esta manera hubiera adquirido sobre él un ascendiente que ahora no tengo, y que ya nunca tendré.

Se interrumpía para suspirar profundamente, intercalando algunos consejos.

—¡Oh querida Juana! Cuando se case usted, tome sus precauciones. Hay que ser algo tirana. Las mujeres demasiado dulces no encuentran más que espinas. Las que son firmes, encuentran rosas á cada paso. ¡Ésas son las únicas que saben hacerse amar!

Juana sentía compasión al oír estas quejas, y al mismo tiempo estaba contrariada.

Marta sufría, evidentemente; pero su sufrimiento era poco interesante. Se parecía á las llagas que los mendigos exponen á la compasión pública: siempre se pregunta uno si son reales, ó si se las habrán hecho á propósito.

En realidad, aquella mujer que sentía no haber sido un «tirano» en su hogar, tenía un modo muy extraño de entender su papel de esposa. Veinte veces estuvo á punto de salir de los labios de la bella americana la pregunta que se hacía á sí misma; veinte veces estuvo á punto de preguntar á su amiga:

—Pero ¿no tiene usted á la vista el espectáculo de la felicidad conyugal de Ana y de Ibo? ¿Por qué no sigue usted su ejemplo? ¿Por qué no procura usted imitar ese modelo?

Por fortuna, esta pregunta haría irónica, que hubiera ofendido á la señora Plessy, no salía de los labios de la señorita de Le Roy, que se limitaba á prodigarle palabras de consuelo, consejos de una vulgaridad corriente sobre el papel de la mujer, sobre el reducido número de alegrías que el Destino concede á la mayor parte de las criaturas.

Después de cada conversación de éstas, se separaba de Marta más triste, sintiendo á su pesar una in-

explicable desconfianza, conociendo que disminuía la estimación en que se fundaba el interés que concebiera por Luciano, aquel interés que ella había tomado por amor.

No por eso estaba menos comprometida. ¿Cómo se desligaría de su promesa?

Poco á poco esta preocupación llegó á ser el pensamiento dominante de la joven.

Una noche, al volver de una de sus frecuentes visitas á casa de Plessy, fué tan fuerte su impresión de hastío, que Juana comprendió que había llegado el momento de las soluciones desesperadas.

Ya la hacía sufrir demasiado el disimulo que se había impuesto. Su naturaleza ardiente y generosa necesitaba creer en el bien, volverse hacia una esperanza. Era demasiado joven para encerrarse en su problemático amor como en una tumba, para renunciar á las legítimas alegrías de la vida. Lo que ella había tomado por el despertar de su corazón, no había sido más que una enfermedad pasajera. Juana quería curarse.

¿Por qué su alma no encontraba otro ideal? ¿Por qué sus ojos no veían otra imagen que pudiera reemplazar á la de Luciano? ¿Debía deducir que todo había concluído para ella, que el porvenir había de ser muy triste?

No; no lo creía. En el umbral de la juventud, no tenía derecho para prohibirse toda ilusión.

Después, por un encadenamiento imperceptible, por una inevitable asociación de ideas, su imaginación se abismó en pensamientos de otro orden más cercano á las satisfacciones materiales.

Recordó su enorme fortuna, y soñó en lo que con semejante fortuna podía hacerse.

¡Ochenta millones! ¡Fantástica cantidad que deslumbra los ojos, que ciega el pensamiento! Tal vez en América no tuviera nada de exorbitante, porque las fortunas fabulosas son allí cosa corriente; pero aquí, en nuestra vieja Europa, la tierra del antiguo aborro, de las modestas fortunas laboriosamente reunidas, no es lo mismo, y el hombre que considera estas cantidades, sabiendo que á veces el sostén de una existencia depende de un haber exiguo, tiene derecho á creerse un dios si posee esta soberanía del oro.

Ahora bien; Juana hacía bastante tiempo que estaba en Francia para poder establecer esta instructiva comparación.

La yankee era una muchacha seria, juiciosa. La belleza no había excluído en ella el raciocinio.

Á la sazón ya no experimentaba el asombro de los primeros días; ya no dejaba traslucir por medio de candidas exclamaciones su estupor al ver que en París, en ese inmenso París, donde la vida es cada vez más cara, familias de cuatro ó seis personas pueden vivir con una renta de seis mil francos.

Su asombro había acabado por desaparecer ante la frecuencia de estos ejemplos.

Entonces reflexionó sobre su propia condición, sobre su origen. Su madre le había contado cien veces los comienzos lentos, penosos, casi dolorosos del general Le Roy; y Juana, que sólo de oídas conocía

la palabra dolor y la palabra privación, había tratado de explicarse lo que estas palabras significaban. De este modo pudo concebir la posibilidad de una existencia enteramente opuesta á la suya, en la que no sólo faltara lo superfluo, sino lo necesario; en la que las muchachas no tuvieran tiempo de disgustarse por un traje mal hecho porque lo que falta en la casa es el pan seco.

Precisamente aquella noche la atormentaban estos pensamientos.

No había querido salir, porque estaba muy cansada y le molestaba el contacto con sus semejantes. Había subido á su cuarto, y se había desnudado en seguida para acostarse, porque necesitaba dormir á fin de sustraerse á la obsesión de la curiosidad que se despertaba en ella y de las reminiscencias que la hacían dudar de su buen sentido. Mientras se desnudaba, mirábase en el espejo de palosanto que adornaba su cuarto, y en su cerebro surgían reflexiones completamente femeninas ante el mudo testigo de su espléndida belleza.

Sí; era bella, muy bella. Lo conocía: demasiado bella para condenarse al aislamiento y al olvido.

Frente á aquel espejo, que no mentía, como mientras á veces las miradas de los hombres, el inocente orgullo de la mujer llenaba poco á poco su pecho. Pero ¿no tenía derecho á consagrar todos los tesoros de que la había colmado la Naturaleza al amigo por ella elegido, al hombre á quien distinguiera entre todos los demás?

Al mismo tiempo, por una parte el recuerdo y por otra el desencanto ensombrecían aquel cuadro.

¿De qué le servían aquella belleza y aquella fortuna si no encontraba en su camino un hombre á quien juzgara digno de recibir tales dones, si le estaba prohibido amar, porque había cometido la falta de comprometerse con una promesa que casi la horrorizaba á la sazón?

Y suponiendo que se encontrara libre de semejante compromiso; suponiendo que encontrara un hombre digno de su cariño, ¿no bastaba para causar su desgracia la monstruosa sospecha de que sólo la solicitaran por aquella misma fortuna, de la cual tenía derecho á mostrarse satisfecha, y sin cuidarse de su belleza, de la que podía estar orgullosa, ni de sus otras buenas cualidades, más reales, las únicas dignas de estimación, que aseguran el porvenir de los matrimonios felices?

Juana no podía más. Todo le parecía negro y feo en torno suyo; y como su hermosa frente estaba á la sazón contraída por las preocupaciones, tenía miedo de encontrarse fea.

Se apresuró á meterse en la cama, y apagó la luz.

Pero no por eso cesó la tortura mental: la tranquilidad de la noche no le deparó el reposo deseado.

Con los ojos abiertos en las tinieblas é incorporada en la cama, continuaba su dolorosa meditación.

El insomnio es una cosa cruel. De noche, en medio del silencio, aumenta la tristeza, se exacerban los menores sufrimientos; todo se convierte en motivo de angustia. La duela se exaspera, y hasta la misma

inmovilidad contribuye á hacer mayor el sufrimiento. Porque el obstáculo parece aumentar desmesuradamente, y el sentimiento de nuestra propia debilidad es cada vez más intenso. Experimentamos como el deseo de acabar pronto, de correr al encuentro de la desgracia que tememos, de presentarle la batalla suprema, desesperada, y nos sentimos encadenados por la terrible Naturaleza, por la duración de esas horas consagradas al descanso, cuyo curso no podemos acelerar.

Lo mismo para la enfermedad moral que para la enfermedad física, las tinieblas son verdaderamente verdugos que incesantemente mantienen al paciente sobre el sin cesar de tortura.

Juana experimentó estas angustias temibles. Ya las conocía: las había padecido durante los primeros días que pasó separada de Luciano, pero entonces tenía el consuelo (si puede emplearse semejante palabra) de creer en aquel amor impuesto á su corazón por su imaginación. Á la sazón, ya no podía engañarse. No amaba, nunca había amado á Luciano, y todo su sufrimiento procedía de este descubrimiento, y también del temor de no poder amar en lo sucesivo.

¡No volver amar! ¡Otra ilusión, otra mentira que venía á suceder á la primera! ¡Nueva desconfianza de un alma herida por las prematuras luces de la experiencia! Si Juana hubiera sido menos viva, menos impresionable, menos nerviosa, como dirían los escépticos, este temor le hubiera sido indiferente. Ni siquiera le hubiese quitado el sueño.

Luchó casi toda la noche contra el sombrío demonio que estaba acurrucado á su cabecera.

Al amanecer, la Naturaleza acudió en su ayuda. El primer pálido rayo de luz que alumbró la Tierra, cerró sus ojos. Su bella cabeza se apoyó en la almohada, y se durmió al fin como un niño después de la angustia de la fiebre.

Cuando despertó, el Sol estaba ya muy alto. Jugeteaba en torno de su frente con los rojos rizos de su espléndida cabellera. Parecía sonreírle, porque Juana se asombró al encontrar su imaginación tan despejada y tan tranquila, al ver que su corazón estaba libre de las incertidumbres que la habían atormentado como una espantosa pesadilla.

VIII

Llegó el invierno. La señora Le Roy y su hija salieron de París para viajar, sobre todo por el Mediodía.

Aquel viaje lo emprendieron á instancias de Juana. La joven estaba cansada de las fiestas y de las diversiones de la capital. Había visto terminar el otoño dominada por una sombría indiferencia. Desde que su corazón sufría tanto, sentía el ardiente deseo, la imperiosa necesidad de sustraerse á las obligaciones sociales, al cotidiano contacto de la indiferencia ambiente. Quiso huir, aislarse de todas sus relaciones, no crearse otras nuevas para evitarse las decepciones y las tristezas que proceden del choque con la realidad. Y la pobre señora Le Roy, que decía

didamente estaba entusiasmada con Francia, que había formado el proyecto de retirarse á algún punto tranquilo de este país hospitalario, tuvo que acceder á los deseos de su hija y dedicarse á recorrer el mundo. De nuevo comenzó la vida errante, los hoteles, los paseos en coche, la molestia de las aduanas, los fastidiosos interrogatorios, la impresión siempre nueva de lenguas distintas, que primero sorprende y al fin acaba por fatigar el oído. La anciana hubiera prescindido de muy buena gana de aquel nuevo éxodo.

Pero cedió sin la menor resistencia al ver la creciente tristeza de su hija. La había alarmado el cambio que diariamente observaba tanto en el carácter como en la salud de su hija. Juana había perdido el color y el apetito; sus ojos, siempre brillantes, estaban apagados; se había amortiguado su brillo ante el cuadro de la miseria moral que contemplaba desde hacía tantos meses. Era necesario apartarla cuanto antes de las influencias nefastas que adivinaba la anciana.

Decidióse el viaje pocos días después de la terrible noche que Juana pasó luchando con sus pensamientos.

La señora Le Roy, en efecto, siempre preocupada con el empleo de los diez millones legados por su marido, acababa de recibir una cariñosa carta de la marquesa del Lantoir. Ana contaba en ella que había ofrecido la fortuna á su hermano, y que éste se había negado á aceptarla refutando los argumentos del Marqués.

Edita dió la carta á Juana, que la leyó con curiosidad.

—¿Comprendes —la decía su madre;—comprendes que haya personas que se peleen por no coger este dinero, mientras tantas otras, mejor dicho, todo el mundo nos perseguiría con sus importunidades y con sus hipocresías para meterse en el bolsillo esta fortuna?

Y añadió suspirando:

—¡La verdad es que nunca he tenido suerte! Tu padre me lo decía muchas veces. Después de haber estado durante la mayor parte de nuestra vida trabajando para adquirir el bienestar, conseguimos llegar á la opulencia. ¡El pobre no la disfrutó mucho tiempo! Pero por una cosa que no puede ser más sencilla, por la libre disposición de una parte de esta fortuna, tropezamos ahora con una porción de dificultades. ¿Qué vamos á hacer de esta herencia que los interesados se niegan á aceptar?

Juana no pudo menos de sonreír por esta preocupación de su madre.

—¿Qué quieres, mamá? —replicó la joven.—La invertiremos en obras de caridad. De todos modos, cumpliremos la voluntad de mi padre. Puesto que los descendientes de su bienhechor no quieren aceptar la prueba de su agradecimiento, los pobres, por lo menos, se aprovecharán de su liberalidad. Tal vez sea ésta la exacta interpretación de su deseo.

La señora Le Roy bajó la cabeza con aire de duda. No estaba convencida. Con la tenacidad propia de la naturaleza se enamoró de las del orden y de la regu-

laridad, se empeñaba en cumplir los deseos del muerto al pie de la letra. No se consideraba con derecho á cambiar una letra, ni siquiera una coma de sus disposiciones.

Sin embargo, no insistió para convencer á su hija. Juana era más rica que su madre, por la disposición de las leyes del testamento de su padre. Era evidente que su liberalidad, que podía disponer de ochenta millones, no tendría la menor dificultad en invertir la octava parte de esta cantidad.

La joven estaba pensativa. Tenía entre sus dedos la carta de Ana, y extrañas reflexiones, que hasta entonces no se le habían ocurrido, surgían lentamente en su imaginación.

—Sí—pensaba;—es raro. Tal vez esta familia del Lantoir sea la única del mundo que no desee excesivas riquezas; tal vez sea la única que siga el consejo del sabio: «Vive contento con tu suerte y satisfecho con lo que posees.»

Al mismo tiempo, de la confusión de sus ideas emergía lentamente una figura; la de Pedro del Harscoet. Volvía á verle tal como le había visto el día de su escapatoria al Morbihan; tranquilo, casi frío, completamente dueño de sí mismo. Tenía ante sus ojos aquella frente varonil cubierta de sangre, aquella altiva actitud de hombre fuerte á quien no abaten las pruebas; y sin darse cuenta de ello, una voz secreta defendía en su alma la causa del marino.

Porque no sólo había salido vencedor de la prueba física; también había salido triunfante de la tentación moral. ¡Tentación! Tampoco era una tentación, puesto que, si los hubiera aceptado, los diez millones le pertenecían por la voluntad del testador y por la renuncia de los verdaderos herederos.

—Mamá—dijo Juana para poner término á la perplejidad de su espíritu, que rayaba en angustia,—¿cuándo nos vamos?

—Mañana, si tú quieres, hija mía—respondió la señora de Le Roy, que ya estaba decidida.

Y se pusieron en camino al día siguiente.

Durante el invierno recorrieron Italia, admirando sucesivamente el Vesubio y el Lido, visitando las ciudades enterradas bajo la lava y las ciudades, resucitadas por la curiosidad moderna, los grandiosos monumentos, y los museos llenos de obras maestras. Juana, cuyo sentimiento artístico se había despertado durante su estancia en Francia, encontró en aquel viaje toda clase de alegrías estéticas, y completó su educación moral. De muy buena fe y con más provecho que antes, admiró las maravillas del genio humano expuestas á sus miradas.

Peró de aquella excursión, intencionalmente prolongada, obtuvo otro resultado mucho más precioso.

La distancia y el tiempo transcurrido habían cicatrizado tan bien la herida de su corazón, que ya no sufría, y á veces, sorprendida de su insensibilidad, se echaba en cara como si fuera un defecto aquel olvido que no había buscado, y que había conseguido al poco tiempo de ocurrir los acontecimientos cuyo recuerdo aún la turbaba.

Ocho meses habían transcurrido desde la fatal confesión. En este intervalo, ni una palabra com-

prometedora se había cruzado entre ella y Luciano. Es más; sólo había sabido de él por algunas cartas de Marta ó de la Marquesa. La primera se desahogaba, según costumbre, en quejas y lamentaciones; la segunda escribía esas agradables y cariñosas cartas de mujer dichosa á quien le parece muy natural hablar de su felicidad. En una de sus últimas cartas dijo una cosa, una sola, que impresionó el corazón y la imaginación de Juana.

«Aunque están ustedes en Italia, se habrán enterado del triunfo de Plessy. Su última novela ha gustado muchísimo. Además, está acabando una obra, una comedia de costumbres, de la que habla mucho la prensa. Seguramente, regresarán ustedes á París para asistir á la primera representación de esta obra maestra de nuestro ilustre amigo.»

Si estas palabras estampadas casi negligentemente sobre el papel por la pluma de la bella Marquesa, conmovieron á Juana. Un sentimiento muy extraño, muy complejo, cuya naturaleza no pudo explicarse, la dominó hasta el punto de obscurecer su buen sentido.

Fué una especie de orgullo. Juana se dijo que aquel hombre famoso, cuya gloria aumentaba de día en día, le pertenecía en cierto modo, puesto que le había confesado su amor. ¿Qué mujer permanece insensible á las caricias de estos entusiasmos humanos cuando estos entusiasmos los despierta el hombre que ha podido ser suyo, el hombre sobre el cual ha adquirido una especie de imperio?

¿No es esto todo el secreto de la servidumbre moral en que criaturas despreciables retienen encadenados á nobles caracteres, á vastas inteligencias? Privadas de afectos, consideran como una presa al desgraciado del cual se han apoderado, le hacen doblegarse bajo lazos abrumadores, se alimentan con su gloria como con un manjar ofrecido á su glotonería de monstruos, y ni siquiera le devuelven en fingidos cariños la tranquilidad que les han robado y que les es necesaria para el desarrollo de su genio.

Juana no tenía estos crueles deseos. Su pensamiento no se deleitó jamás en tan miserables satisfacciones. Pero no por eso dejó de sentir la influencia de una alegría egoísta al pensar que, indudablemente, su recuerdo no había sido ajeno á la producción de aquellas obras que aumentaban la celebridad de Luciano; que tal vez su imagen estuviera ante los ojos del literato en el momento en que su pluma trazaba las páginas más hermosas del libro ó del drama.

No pudo dominar este orgullo. Con la misma prontitud de decisión que hasta entonces había mostrado para precipitar sus viajes anteriores, decidió su regreso á Francia, y encontró á su madre tan resignada como siempre. Porque la anciana había abierto al fin los ojos; había visto la herida del corazón de su hija, no la había juzgado muy grave, y esperaba que se cicatrizaría con el tiempo.

Y hasta el deseo de Juana de regresar á Francia le pareció de buen agüero.

La excelente dama pensó que puesto que la joven se decidía á afrontar la causa de su enfermedad in-

terior, era que se consideraba curada. No estaba muy equivocada, seguramente; pero estaba equivocada.

Las dos mujeres permanecieron en Génova y en Niza hasta los primeros días de Abril.

Por aquellos días los periódicos llamaron la atención del público sobre el drama de Luciano Plessy, admitido en el teatro francés, profetizando un éxito sin precedente.

Entonces decidió Juana su regreso á París.

Hacía un año precisamente que habría llegado á Francia. ¡Cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! ¡Cuántos acontecimientos durante aquel breve espacio de doce meses!

Juana no se detuvo en el camino. Estaba deseando volver á París; estaba deseando darse cuenta de los cambios ocurridos después de su viaje. Lo que quería saber ante todo, lo que más la interesaba, era el estado de ánimo de Luciano. Si el joven había experimentado también la acción deprimente de la ausencia, del tiempo transcurrido, debía de estar en vías de curación; de la curación que Juana había deseado tanto, y que al fin había conseguido.

Todo esto no era ya para ella más que un objeto de curiosidad. Cuando á veces pensaba en aquel pasado tan próximo y, sin embargo, tan distante, volvía á sentir el mismo asombro, mezclado ya con alguna impaciencia. ¿Cómo sucedía aquello? No lo comprendía. ¿Cómo había podido sustraerse tan pronto á un amor que había creído indestructible?

Se ruborizaba y sentía verdadera vergüenza. ¡Habber jurado un amor eterno, y no haber podido asegurar su duración ni siquiera durante un año! Esto la turbaba profundamente. Juana empezaba á dudar de sí misma; creíase incapaz de un sentimiento serio, se acusaba de ceguera de alma, sin advertir que su pasión se había extinguido como una hoguera á la cual no se la echa combustible; y el combustible que necesitaba el amor de Juana, era el respeto y la estimación de su cariño. Así como un organismo sano elimina los elementos impuros que pueden perjudicar su funcionamiento normal, el alma honrada y altiva se había desembarazado por sí misma y sin ningún esfuerzo del germen malsano que había caído en el corazón de la joven, favorecido por una especie de aturdimiento.

¿Podía deducirse de eso que aquella alma no encontraría la fuerza necesaria para un nuevo amor?

Juana lo creyó así en los primeros momentos, sintió un despecho mezclado de amargura.

—Decididamente—se dijo,—no soy una francesa; soy una yankee; la digna hija de una raza mercantilista positivista que no comprende el sentimiento. No he en mí ninguna poesía.

Después de hacerse esta reflexión medianamente melancólica, regresó á París.

Dejó pasar dos días antes de avisar su llegada á sus amigos.

Al tercero ya no pudo más: tenía sed del movimiento y de la vida de la capital. La señora Le Rocq, la animó también para que saliera: hasta tal punto estaba contenta la anciana por haber vuelto á ver-

ciudad á la que, con motivo, han llamado la «capital del mundo». ¿No había hecho muchos proyectos? ¿no había acariciado el sueño de establecerse allí? Ya que volvía á verse en París, y para siempre—así lo esperaba por lo menos,—iba á realizar su deseo: comprar un hotel cerca de la Estrella, en esa plaza de Washington, grata á todos los norteamericanos, y un castillo más ó menos histórico, con sus dependencias, en Bretaña, muy cerca de sus amigos los marqueses del Lantoir.

Además, la anciana no revelaba á nadie, y á Juana menos, sus proyectos, sus sueños y sus concepciones de felicidad; sobre todo de la felicidad que quería asegurar á su hija.

Durante su estancia en Kérivel, también ella había tenido sus preferencias, y el objeto de sus preferencias había sido Pedro de Harscoet. Sólo una vez, incidentalmente, había dicho á Juana hablando del marino:

—Me gusta mucho ese muchacho. Tiene el mismo carácter que tu padre, *darling*.

La señora Le Roy volvió, pues, muy contenta á París con su hija, y fué á visitar á sus amigos.

Todos estaban aún en la capital. Marta Plessy aún no había emprendido el vuelo hacia las regiones meridionales, y el marqués de Lantoir y su mujer habían demorado su viaje á Bretaña para poder asistir al estreno de la comedia de Luciano.

Todos acogieron á Juana con los brazos abiertos, con exclamaciones de alegría.

—¡Vaya, vaya, vagabundas!—dijo Ana riendo. ¿De modo que se escapa usted sin avisar á nadie, sin decir una palabra? Empezábamos á temer que no volverían ustedes.

Á lo que la americana respondió con el ingenio de una francesa:

—Si tenía usted ese temor, dudaba usted de sí misma. Cuando se tiene el secreto de encadenar, como usted hace, el corazón de los que la aman, siempre se tiene la seguridad de que volverán, como las palomas á su palomar.

El Marqués, que estaba presente, dió las gracias á «miss Juana» por estas palabras.

Juana pidió noticias de Pedro.

El rostro del Marqués se entristeció un poco, mientras que los ojos de Ana se humedecieron al oír esta pregunta.

—¡Cómo!—exclamó Juana.—¿Tienen ustedes algún disgusto? ¿Le ha sucedido algo?

—Sí—respondió tristemente la Marquesa.—Estamos muy disgustados. Acabamos de saber por una carta del capellán que Pedro ha sido gravemente herido en un desembarco en las costas del Tonkín, y que tan pronto como su estado lo permita lo enviarán á Francia.

¿Por qué aquella noticia, dada con el acento de una queja, impresionó dolorosamente el alma de Juana? No se lo explicaba; y como no descubriera ningún síntoma particular, atribuyó su emoción á la natural simpatía que todo ser humano siente hacia sus semejantes.

Después se borró la impresión sin dejar la menor

huella, y la joven fué á casa de Marta Plessy con el ánimo completamente tranquilo.

Encontró á su amiga un poco pálida, con una palidez que no sentaba mal á su belleza de morena, más grave, más seria que cuando se separó de ella. Juana adivinó que los disgustos del matrimonio habían aumentado.

Al pronto Marta estuvo reservada, sin atreverse ó sin querer hablar.

Pero al fin la necesidad de desahogarse pudo más que su voluntad. La joven estaba demasiado acogojada; prorrumpió en llanto, y contó á Juana la historia de sus penas, el abandono en que la dejaba su marido.

—Ya comprenderá usted, Juana—decía la joven,



Llevaba en brazos al marino desmayado y herido... (P. 30.)

—que no soy juguete de una ilusión, que no me dejo dominar por sufrimientos imaginarios. Luciano está glacial conmigo, y veo claramente que cada día crece el abismo que nos separa. Nada sé de su vida, que es muy laboriosa. No me hace caso. Para él, no existo. Aunque vivimos juntos, vivimos como dos extraños. Luciano llega hasta á afectar que no toca á las rentas de mi dote: quiere sufragar los gastos comunes únicamente con el dinero que él gana; y como gana mucho, está empeñado en una especie de combate de generosidad en el cual siempre sufro la humillación de resultar vencida.

Marta se interrumpió para secarse los ojos; pero continuó con vehemencia:

—Indudablemente, esa frialdad tiene una causa que he adivinado muy fácilmente. Pero lo más triste para mí es que, por más que hago, por más que busco, no encuentro nada que pueda justificar mis sospechas. ¡Nada, nada; ni un enredo, ni una intriga! ¡Ah! Es muy hipócrita; es un cómico consumado!

Marta sollozaba, y esta vez era evidente que ya no sentía una herida de amor propio, sino que se le despedazaba el corazón. Había sido necesario aquel dolor último para destruir la frivolidad de las impresiones de Marta, inclinándola por fin al verdadero fin de su sexo.

Juana se conmovió. Sintió una profunda pena, algo que parecía un remordimiento. Se dió cuenta de las consecuencias de su falta, de la responsabilidad que había contraído sin desearlo. Porque no son los pasajeros desfallecimientos, no son los arrebatos de los sentidos los que ocasionan los mayores trastornos en la paz del matrimonio. El hombre que se olvida un momento arrastrado por la pasión, no hace sufrir á su legítima compañera, y ésta puede ignorar siempre la debilidad á la cual ha sucumbido. Y aunque lo sepa, se consolará muy pronto comprendiendo que nada ha perdido del cariño, completamente distinto, que su marido siente por ella: algunas mujeres aseguran, con una jovialidad algo forzada, que esa clase de faltas no les producen ninguna impresión.

Por el contrario, no hay una que muestre indiferencia ante una traición del corazón de su esposo. Porque ese corazón es su propiedad, su tesoro, una cosa que les pertenece exclusivamente, que les ha sido dado sin restricción, sin condiciones, y que no puede recobrar el hombre sin cometer una falta, sin violar el espíritu, más bien que la letra del contrato.

Juana pensó todas estas cosas rápidamente; comprendió que sin querer había hecho daño á otra mujer, que le había robado el corazón de su esposo, y que no podía devolvérselo. Y bruscamente pensó: «¿Y si yo amase y me sucediera semejante desgracia?» Terrible pregunta, á la que no se atrevía á responder.

Los consuelos que intentó prodigar á Marta, fueron vulgares, desprovistos de convicción. Decididamente, el remordimiento se había apoderado de ella, paralizándola y atormentándola al mismo tiempo. Cuando Marta le suplicó que volviera más á menudo, que multiplicara sus visitas consoladoras, hizo una promesa muy grave. Por primera vez, Juana experimentaba una especie de vergüenza. Las consecuencias de su falta, aun más que la falta misma, la inducían á avergonzarse de lo pasado, y no quería avergonzarse, sobre todo en presencia de aquella mujer á quien involuntariamente había convertido en su rival.

Volvió á sentir de nuevo el deseo de alejarse, de volver á marchar, como un ave de paso, hacia algún país desconocido.

Pero pensó que no podía hacerlo, porque, además

de que constituiría casi un insulto para sus amigos, sobre todo en vísperas de un estreno que se anunciaba como un triunfo, recordó que el egoísmo de su seguridad personal sería demasiado cruel, puesto que impondría una nueva molestia á su madre, que se vería obligada á viajar otra vez en el momento en que creía que había llegado al término de sus peregrinaciones.

Juana se resignó, pues, á oír las quejas de Marta y las felicitaciones que Luciano recibiría seguramente después de su nueva victoria literaria.

.....
El estreno en la Comedia francesa fué lo que había prometido ser: un éxito brillante.

La obra en tres actos de Luciano Plessy pertenecía á ese género intermedio que ha creado Alejandro Dumas hijo, al que dan el nombre—un nombre contradictorio—de *comedia dramática*. El escritor no había hecho grandes esfuerzos de imaginación; se había limitado á contar la novela que trastornaba su vida desde hacía un año.

Para Juana, la comedia fué una sorpresa y al mismo tiempo un verdadero desencanto.

No porque desconciera el talento que había desplegado su autor, porque había prodigado en su obra todos los recursos de su genio de dramaturgo y todas las bellezas de su estilo vivo, brillante y hermoso, sino porque, muy altiva y muy discreta juzgaba que Luciano se había excedido en sus derechos sacando á escena, á las miradas del público el misterio de su corazón; un secreto que, después de todo, no le pertenecía á él sólo, y cuyo pudor tenía Juana derecho á exigir que fuera respetado.

La bella americana comprendió inmediatamente que su amor había recibido una herida mortal.

Así, pues, ¿era aquél el respeto que un poeta y un artista se guarda á sí mismo? Una sorpresa de su voluntad, una debilidad de su energía ¿no es después de todo más que un motivo de estudio, un pretexto de análisis? Y cuanto más talento muestran, más claramente establecen el predominio de la inteligencia sobre el corazón.

La conclusión de semejante reflexión era muy sencilla: Luciano no la había amado más que con la imaginación.

¡Cosa extraña! Mientras Juana sufría, Marta no sentía ninguna inquietud, no concebía la menor sospecha al admirar la comedia de su marido.

¿Era esto una consecuencia de su natural frivolidad, ó más bien de esa ceguedad casi fatal de los seres engañados, cuyos ojos son los últimos en ver el engaño de que han sido víctimas? La joven no comprendió la conmovedora escena que durante tres actos se desarrolló ante la admiración del público. Por un instante se le ocurrió la idea de reconocer en el antipático personaje de la esposa, opuesto al personaje más amorosamente descrito de la amante, y al salir del teatro no pudo menos de tomar á Juana por confidente, y radiante de felicidad por el triunfo de su marido, le dijo con sincera alegría:

—Juana, ¿verdad que es muy hermosa esta comedia? ¡Y pensar que Luciano no me ha leído ni

quiera una escena! ¡Oh; estos literatos hacen obras maestras para todo el mundo, menos para sus familias!

En el palco del autor Juana se encontró con Luciano, y le felicitó por su triunfo, como todo el mundo. Por un instante vió la joven los ojos de Luciano fijos en los suyos con indecible expresión de amor. Juana se alejó al ver el mudo reproche que el literato le dirigía.

Al día siguiente asistió con su madre y los Lantoir á la comida que Luciano y Marta daban á sus íntimos. Estuvo muy contrariada, y se retiró temprano.

Como si hubiera leído en el corazón de su hija, la señora Le Roy se adelantó á sus deseos pretextando una jaqueca; cosa muy inverosímil en una persona de temperamento tan bien equilibrado.

Pero al día siguiente tuvieron las dos mujeres una conversación que dejó huella en la vida de Juana.

La viuda de Juan Le Roy, con una sagacidad verdaderamente americana, había adivinado desde hacía mucho tiempo el drama que se desarrollaba en el corazón de Juana. Al propio tiempo comprendía que aquel drama sólo podía terminar por una leal explicación que deshiciera la equivocación que le había originado.

Estaba preocupada por el honor, por el reposo, y por la salud de su hija. Comprendió inmediatamente que, arrastrada por una alucinación instantánea, Juana había debido confiar á un hombre un secreto culpable, que en poder de un hombre mal intencionado podía ser funesto. No necesitó mucho tiempo para averiguar que Luciano Plessy era el hombre que poseía el terrible secreto.

Á decir verdad, el literato nunca le había sido muy simpático. Mujer de corazón y de imaginación despejada, la señora Le Roy no se explicaba las concesiones ni las condescendencias con el deber; no le cabía en la cabeza que un ser humano perdiera el tiempo y faltara á su deber transigiendo con su conciencia.

Pero apenas sabía nada de lo que había ocurrido; sólo sabía lo que Juana le dijo á medias palabras en un momento de cansancio y de angustia.

Ahora bien; quería saber más, quería saberlo todo.

Tardó bastante tiempo en decidirse á entablar la terrible conversación.

Pero, una vez tomada su resolución, cuando le pareció que había llegado el momento oportuno, no vaciló.

Esto sucedió á las cuarenta y ocho horas del estreno del teatro Francés.

Al ver á su madre entrar en su alcoba con una gravedad un poco forzada, Juana se estremeció de espanto: comprendió que había llegado la hora de las confesiones, y las confesiones siempre son dolorosas.

Pero adoraba á su madre, y sabía que ella la correspondía con maternal ternura.

La explicación no fué, pues, larga, y, contra lo que ella esperaba, no fué dolorosa.

Juana se levantó de la butaca en que estaba ocu-

pada en una labor, y después de besar á su madre le dijo estrechándole las manos:

—Mamá, ¿vienes á interrogarme?

—Sí, Juana—respondió sencillamente la viuda.

—Entonces—dijo dulcemente la joven,—síéntate y empieza. Estoy dispuesta á responder.

La señora Le Roy se recogió un instante; después dijo bondadosamente:

—Juana, hija mía, hace un año me diste á entender que tu corazón guardaba un secreto doloroso. Nada te pregunté después de aquella confidencia, y accedí gustosa á todos tus caprichos. No te los echo en cara, ni mucho menos: si vengo hoy á hablarte de cosas que tal vez te sea desagradable oír, es porque creo que una madre tiene el deber de ayudar á sus hijos á llevar la carga cuando ésta es demasiado pesada para ellos, y desde hace algún tiempo me parece observar que cada vez se te hace más pesada esta carga, Juana.

La joven miró á su madre con la inocencia de una niña.

—Has acertado, mamá—replicó.—El peso ha aumentado, en efecto: á veces me abrumba, y te agradezco que quieras ayudarme á soportarle. Si tú no hubieras venido, creo que yo hubiera ido á buscarte.

La anciana prosiguió:

—La edad me ha dado mucha experiencia, hija mía. Adivino muchas cosas en las cuales no estoy iniciada, y veo otras muchas, aunque aparente no advertirlas. Pero, para no eternizar esta conversación, iré derecha al asunto.

Y tras breve pausa añadió:

—Juana, sé cómo se llama el hombre á quien has amado, y...

Se interrumpió. Juana se estremeció y cambió de color. Por preparada que estuviera para aquella conversación, no esperaba semejante declaración, no había creído que la perspicacia maternal fuera tan grande.

—Y á quien ya no amas concluyó tranquilamente mistress Le Roy.

Al oír esto, la joven abrió los ojos desmesuradamente. Jamás se le hubiera ocurrido que su madre fuera hechicera, y á la sazón lo creía firmemente.

Pero su asombro fué mayor cuando, entrando en detalles, la anciana puso ante los ojos de su hija la propia alma de ésta, disecándola y analizándola escrupulosamente.

Entonces Juana sintió la reacción; sus ojos se llenaron de lágrimas, y con amoroso arrebató se arrojó en los brazos de su madre, y la abrazó apasionadamente prodigándole las más cariñosas palabras.

—¡Oh mamá, mamá!—dijo.—Puesto que sabes tan bien lo que me pasa, puesto que conoces mi mal, dime lo que debo hacer para curarme.

Entonces la viuda Le Roy apoyó tranquilamente la mano en la cabeza de su hija, y besándola en la frente respondió:

—¡Cásate, Juana!

—¿Que me caso? ¿Con quién? ¿Quién me querrá?

—Yo conozco el marido que te conviene—replicó la señora de Le Roy.

—¡Pero yo quiero un marido que me ame!—exclamó Juana.

—Te adora, *darling*.

—¡Ah! Pero también es necesario que yo le quiera!

—Le querrás.

Éstas fueron las últimas palabras de la conversación. La hija no quiso comprender; la madre no juzgó oportuno decir más.

IX

Un acontecimiento de excepcional gravedad que ocurrió poco días después, dió el golpe de gracia al amor de Juana.

Marta había reanudado su intimidad, y quería tenerla siempre á su lado. No podía estar sin su amiga. Estaba muy triste; necesitaba confiar sus penas á una amiga, y, como si fuera una enferma, sentía la necesidad de que la tranquilizaran y la consolaran á cada instante.

La situación del matrimonio había llegado á ser muy molesta, casi intolerable.

Marta había salido del período de la resignación, para entrar en el de la rebelión. Ante la glacial reserva de Luciano, se había exasperado. Puesto que ella sufría, también él debía sufrir.

Entonces comenzó la guerra abierta, la era de las continuas disputas, de los celos violentos acompañados de crisis de llanto y de ataques de nervios. Aunque el literato mostraba alguna deferencia hacia su mujer, aunque irradiaba sobre ella parte de su gloria, Marta no le agradecía el esfuerzo que Luciano hacía sobre sí mismo, y que conseguía después de una lucha tenaz.

Marta comprendía que aquello no era más que un tributo al deber, ó mejor dicho, la natural actitud de un caballero que no quiere molestar á una mujer, y menos á su mujer propia: lo que la joven quería era el amor de Luciano, aunque fuera violento, arrebatado, brutal.

Porque á la sazón amaba á su marido; le amaba apasionadamente. Había sido necesaria aquella lección de la experiencia para que naciera una llama en el alma de Marta, así como es necesario que el eslabón choque con el pedernal para que de éste brote la chispa.

Esta forma de la pasión era la única que á la sazón conocía la señora de Plessy, y se entregaba á ella sin resistencia, la dejaba mostrarse en toda su fuerza; y Luciano, que ni la había conocido ni la había previsto, se encontraba al mismo tiempo turbado y fatigado. Su naturaleza de hombre altivo y generoso experimentaba una sorpresa, una compasión mezclada de sorda ira ante las lágrimas de su mujer.

No comprendía los celos en una mujer que nunca le había querido.

Y como no tenía nada que echarse en cara—por lo menos así lo creía;—como no había hecho nada para merecer las reconvenciones de la sociedad ó las de su conciencia, se exasperaba al oír aquellas quejas, aquellas acusaciones que á él le parecían inicuas y desleales, pero que despertaban en él esa especie de

inquiétude por la cual comienzan los remordimientos. Al pronto, los ojos cegados por el amor no ven más que el objeto de este amor: le contemplan como fascinados, y padecen todas las alucinaciones morales que arrastran á la voluntad lejos de su camino, y la precipitan por la pendiente de las concesiones y de las debilidades.

Pero el tiempo, esa medicina de las enfermedades más rebeldes, ejerce lenta y dulcemente su influencia, y el alma se tranquiliza. Van evaluándose los primeros sufrimientos, dulcificándose la violencia de los primeros deseos; los ojos recobran poco á poco su perspicacia; el hombre duda; advierte que ya no está solo en el mundo, que no todo está circunscrito á la dualidad que ha alterado su existencia y creado el conflicto de su vida.

Entonces se recoge en sí mismo y retrocede; ve otra vez los personajes del drama de la vida humana; se explica que tienen derecho á su agradecimiento, á su afecto ó á su estimación y hasta á su cortesía. Aunque esto le molesta, aunque le contraría, comprende que está interesado en portarse bien en su trato con sus semejantes, y se resigna á ello, y acaba por aceptar una obligación que en el primer momento le parecía tiránica.

Y si verdaderamente es un hombre de corazón, cuán grande es su sufrimiento si el lazo que le une á su prójimo es de los que están formados por algo más grande que una conveniencia ó un prejuicio, si una ficción legal y respetable y (lo que es aún más grave) una creencia sagrada le hacen insoluble.

Luciano aceptó el matrimonio y sus obligaciones. Seguramente, no quería á Marta más que antes; pero su corazón experimentaba un sentimiento más humano, la compasión, y sufría al ver que no podía experimentar más que piedad por la criatura á quien estaba unido para siempre.

Aquella mujer era su mujer, el ser á quien había jurado fidelidad y protección. ¡Fidelidad! La palabra era demasiado vaga. ¿Qué fidelidad tenía que guardarle? ¿La del cuerpo? La había guardado cuidadosamente, y Marta no podía echarle nada en cara. Pero ¿bastaba esto?

Luciano, que estaba seguro de ello un año antes no tenía ya la misma seguridad.

Y en cuanto á la «protección», esta palabra, tan noble en sí, le hacía el efecto de una burla.

¿Cómo protegía á su mujer? ¿No era él el primer contra el cual Marta necesitaba protección, pues que, no contento con abandonarla, provocaba sus sufrimientos, causaba su turbación y hacía correr sus lágrimas?

Sí; éstas crueles reflexiones atormentaban la imaginación de Plessy.

Y cuanto más se arraigaban en su cerebro, más irritaba el joven contra la aparición de una contrariedad imprevista que comenzaba á revestir los atributos del remordimiento.

Por aquella época llegó la crisis á su período agudo.

Nada anunciaba aquel acontecimiento: surgió como si siempre estas escenas dolorosas, á co

secuencia de una conversación hipócrita, de uno de esos chismes tan frecuentes en el mundo.

Marta recibió la visita de una amiga que se había casado al mismo tiempo que ella; una de esas mujeres que tanto abundan, por desgracia, que toman la vida alegremente, riéndose de lo que hace llorar á los demás, que carecen de corazón y de inteligencia, y que creen que la existencia es una perpetua diversión.

Aquella mujer tenía por marido un vividor empedernido que hacía alarde de sus desórdenes y hasta iniciaba á su mujer en las torpezas de su existencia, porque de este modo le parecían más picares. Naturalmente, en semejante escuela la bella Camila, como la llamaban sus amigos, no había aprendido á respetar á su marido. Es más; negaba y desdenaba abiertamente la virtud, que motejaba de hipocresía, y su mayor alegría era propagar la duda en torno suyo cada vez que un hogar puro, un matrimonio unido, se mostraba á sus miradas como un reto á su insolencia de mujer perversa.

Ahora bien; hacía mucho tiempo que Camila Lérion envidiaba la felicidad de Marta. La tranquilidad de aquella casa contrariaba su turbulencia febril, se oponía á su necesidad de vida agitada. Camila resolvió alterar la paz de aquella familia, aunque fuera necesario idear una mentira. Aquel día ejecutó su proyecto, y su golpe fué certero.

Con modales cariñosos y compasivos hizo á Marta una confidencia en la que todo era falso menos la maldad de la autora.

—Pobre Marta!—dijo Camila. —¡Ya le decía yo que todos los hombres son iguales en el terreno de la fidelidad conyugal! Ya había yo adivinado sus penas; pero no me atrevía á decirle nada. Hoy me atrevo, porque creo que es mi deber.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Marta, alarmada por este oxordio.

—Lo siento; pero es necesario que sepa usted la verdad, tarde ó temprano.

—Pero ¿qué verdad es ésa?—exclamó Marta casi violentamente.

Entonces la perversa criatura, con reticencias que aumentaban el veneno de sus palabras y que hacían más dolorosa la herida, contó que hacía dos días había visto á Plessy en el Bosque de Bolonia dando el brazo á una mujer muy bella, á la actriz Grassy, de *Folies-Dramatiques*.

Y después de decir esta mentira, Camila se marchó, dejando el puñal clavado en la herida.

El efecto de semejante felonía no se hizo esperar. Marta, á consecuencia de estas palabras, estuvo triste y acongojada todo el día, y al siguiente, Juana, que fué á visitarla, la encontró más abatida que de costumbre.

La joven había llegado á ese punto de angustia moral en que la voluntad desaparece y deja al alma á merced de los nervios y de todos los movimientos de la pasión. En semejantes momentos, el menor choque determina la crisis, cuya violencia corresponde al grado de presión sufrida por el ser moral. Cuando llegó Juana, Luciano estaba con su mujer.

Ya había comenzado la explicación, y Marta había dejado escapar el secreto que la acogaba. Por su parte, Luciano, adivinando que en aquella ocasión los celos eran originados por alguna calumnia, dijo lo necesario para determinar el acceso en toda su violencia, y se defendió débilmente, sin advertir que cuanto más atento estaba él, más se excitaba Marta. ¡Ah! ¡Con harta razón se dice que los celos son una enfermedad moral! Es una enfermedad, y de las más crueles; no solamente para el que la padece, sino, sobre todo, para los que están á su alrededor.

La joven había llorado; tenía los ojos enrojecidos. Cuando Juana entró familiarmente, según acostumbraba, Marta se limpió rápidamente los ojos, mientras que Luciano, después de saludar, hacía ademán de retirarse.

—Los molesto. Dispensen ustedes—dijo la americana.

Estas sencillas palabras hicieron estallar la tormenta con toda su violencia.

—No te vayas, Luciano—gritó Marta.—Juana es una amiga. Puesto que ha sorprendido el secreto de nuestros disgustos, prefiere que lo sepa todo. Así juzgará.

Luciano respondió fríamente, pero con severidad:

—Marta, no te comprendo. ¿Qué interés tienes en molestar á miss Le Roy con el desconsolador espectáculo de nuestras discordias intestinas? Sería mucho más digno que lo que tu llamas «nuestros disgustos» no tuvieran testigos. Así no padecería tu reputación ni la mía.

—No—exclamó la joven en el paroxismo del dolor!—precisamente quiero que haya testigos.

Juana se había alejado unos pasos, desagradablemente sorprendida y sin saber qué actitud adoptar.

Marta se explicó con toda la violencia, con toda la cólera que la dominaba. No omitió nada; ni las lágrimas, ni los gritos, ni los gestos desordenados, ni las actitudes de desesperación. Fué una escena muy dolorosa para Juana y para Luciano. Marta no salió de la ordinaria vulgaridad de estas escenas; y si demostró, afortunadamente para ella, que tenía corazón, no dió aquel día una idea muy elevada de su inteligencia.

En aquella ocasión acumuló todas las apariencias que una excitación enfermiza puede prestar á una acusación desprovista de fundamento. La mentira de la de Lérion no fué más que el cañamazo en el cual la imaginación de Marta bordó las ficciones más mortificantes, las más insultantes sospechas. No perdonó ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada, ni un ademán. Su amargura era acre y corrosiva como la bilis largo tiempo contenida y que se escapa toda de una vez. Quemó, hirió, sin advertir que hay quemaduras y que hay heridas que, tanto en el alma como en el cuerpo, dejan indelebles cicatrices.

Juana asistió sin decir una palabra á aquel diluvio de quejas, á aquella escena lamentable. La misma violencia de Marta la indujo á compadecer á Luciano, que le inspiraba lástima aquel hombre que expiaba de tal modo faltas que no había cometido. Después

debía admirar la justicia de Dios, que da á las faltas disimuladas el castigo invisible de los crímenes imaginarios, que salva muchas veces la integridad de un carácter permitiendo su aparente humillación. Si Luciano era inocente de la vulgar traición que Marta le echaba en cara, ¿no era culpable á los ojos del soberano Juez de otra traición, cuya historia conocía Juana?

Sinceramente también, sintió aumentar su estimación hacia el literato al ver cuántas miserias morales pueden ocultarse bajo apariencias de paz y de felicidad. Comprendió cuán triste debía de ser su vida, ligada por un juramento de fidelidad á la vida de una criatura tan completamente opuesta á él, y se dió cuenta de la necesidad moral, tan imperiosa como la necesidad física, que arrastra con tanta frecuencia al hombre fuera de su casa, y le hace aborrecer un hogar que nunca ha sido iluminado por la llama de un amor compartido.

Luciano, por su parte, aguantó sin proferir una queja, sin la menor protesta, el chaparrón de palabras malsonantes que Marta le dirigió. No se defendió, no trató de justificarse, y dejó que Juana se alejara muda, desconsolada, tal vez convencida de que las acusaciones de Marta eran fundadas, sufriendo tanto más cuanto que las palabras de su mujer podían haberle arrebatado el corazón de Juana, podían haberle hecho aparecer como un ser despreciable á los ojos de la mujer amada.

Pero en cuanto la americana salió de la casa, Luciano Plessy irguió su cuerpo, encorvado durante un momento bajo el peso del intolerable sufrimiento.

Se colocó enfrente de Marta, y con los brazos cruzados le preguntó:

—Bien: ¿estás satisfecha del daño que me has hecho y de la mala acción que has cometido?

Su voz vibraba incisiva y mordaz. La ironía de su acento no permitía dudar de su veracidad.

Sin duda alguna, el literato era inocente de todos los crímenes que le imputaban.

Marta había llegado precisamente al período de abatimiento.

Había pasado la crisis, y sus nervios se tranquilizaban abandonando al espíritu y al cuerpo á una saludable reacción. Comprendía tanto más fácilmente la gravedad de su falta, cuanto que, á pesar de todo, nunca había estado muy convencida de la exactitud de las palabras de Camila; mejor dicho, las palabras de aquella mala lengua no habían sido más que una ocasión, un pretexto para dar rienda suelta con apariencias de razón á toda la amargura que desde hacía mucho tiempo acumulaba en su corazón lastimado y herido.

Pero al ver que se erguía, que se disponía á rechazar sus argumentos y á refutar sus quejas, empezó á sentir dudas, ó mejor dicho, á comprender que, por lo menos, había sido imprudente.

Tenía que escuchar la defensa de Luciano, y antes de que éste dijera una palabra tenía ya la certidumbre de que su marido diría la verdad, de que su marido destruiría todas las miserables argucias que ella había invocado.

Marta balbuceó con voz casi imperceptible: —¿El daño que te he hecho? ¡Tú tienes la culpa! Luciano prosiguió con aspereza, casi con acento duro:

—Marta, me has acusado de cosas que no existen: bien lo sabes.

La joven quiso protestar. Abrió la boca; pero no pudo pronunciar una palabra.

Luciano estaba ante ella tan tranquilo y tan severo, que se asustó.

Entonces era él quien acusaba, ó más bien, quien iba á juzgarla.

—Tú sabías que todas esas cosas eran falsas—prosiguió el joven,—y la mejor prueba que puedo dar de su falsedad es que...

—¿Qué?...—gimió Marta, por cuya imaginación acababa de cruzar un recuerdo.

—Que el mismo día en que Camila—no lo niegues; ella es quien te ha dicho esto;—el mismo día en que Camila dice que me vió en el bosque con otra mujer fui contigo á la primera representación de *El hijo natural*.

El argumento era contundente, de los que hacen enmudecer á los más testarudos.

Marta bajó la cabeza llena de confusión.

Así permaneció un instante, abrumada, sin atreverse á levantar los ojos, sintiendo que no se apartaba de ella la mirada irritada de su marido. Fué un instante de indescriptible angustia.

Después bruscamente la joven se deslizó de la butaca en que estaba sentada, y cayó de rodillas. Graciosa en su actitud suplicante, cruzó las manos arrepentida, y su voz, entrecortada por los sollozos, murmuró:

—¡Perdóname, Luciano! ¡Sufro tanto!

El literato se detuvo. Toda su cólera se desvaneció ante aquel espectáculo. Nunca había visto á Marta de aquel modo; no sabía que era tan sensible. Á la sorpresa que experimentó se mezclaba una extraña dulzura, una sensación suave y refrigerante; algo así como la impresión que le produciría un bálsamo derramado sobre una herida. En aquel momento no tuvo ojos más que para su mujer, y la imagen de Juana se borró de su imaginación.

Sin embargo, no quiso conceder el perdón tan tristemente implorado.

—Marta—dijo con la misma dureza,—tal vez sea cualidad propia de mujeres el hacer daño inconscientemente. Después, en cuanto piden perdón creen que todo está arreglado; se figuran que sus lágrimas lavan su falta. Es un error. Toda falta exige reparación.

—¡Yo repararé la mía!—dijo Marta humildemente. Luciano aparentó reirse de aquel buen propósito que seguía tan de cerca á la contrición perfecta.

—¿Y cómo la repararás? ¿Puedes devolverme la consideración de esa muchacha que acaba de salir de aquí?

Marta se levantó rápidamente, como impulsada por un resorte.

—¡Oh Luciano, Luciano! ¡Si no se necesita más que eso para recobrar tu amor, para alcanzar tu compa-

sión, lo haré en seguida! ¡Te lo juro! Me pondré inmediatamente el sombrero, iré á ver á Juana, y le diré que soy una loca, una aturdida, una calumniadora, una embustera, si tu quieres, y todo estará arreglado.

Estaba de pie delante de su marido, retorciéndose las manos anhelante. Su admirable pelo negro había roto el sabio equilibrio del peinado y caía sobre sus hombros. Nunca se había mostrado tan hermosa á los ojos, hasta entonces indiferentes, de Luciano.

—¿Y luego?—preguntó, no queriendo revelar su emoción.

—¡Luego! Luego lo olvidaremos todo. Yo seré buena, amable y cariñosa; nunca haré caso de nadie,

ñosa tristeza en el rostro. En los ojos de Marta brilló un relámpago de alegría, y su rostro se animó con un destello de esperanza. Creyó leer en los ojos de Luciano una autorización tácita, y con una vivacidad algo febril exclamó:

—Entonces, me perdonas; ¿no es verdad? Ó mejor dicho, me perdonarás cuando vuelva. Porque ahora mismo voy á buscar á Juana. Voy á decírselo todo, á restablecer la verdad. ¡Espérame!

Y se precipitó á la puerta.

—¡Marta!—gritó Luciano con voz sorda.

Marta se volvió, un poco sorprendida y confusa. Se había alegrado demasiado pronto, sin duda. Sus ojos revelaron la angustia que la dominaba.



Luciano, por su parte, aguantó sin proferir una queja.

nunca caeré en el mal, y tu procurarás devolverme tu confianza; procurarás ser para mí lo que Ibo es para Ana. ¡Ésos si que se aman, Luciano, y son dichosos! Tal vez nosotros no hayamos sabido amarlos. Pero yo te amaré, Luciano; yo te amaré, te adoraré. ¡Ya te amo; te amo con toda mi alma! ¡Ya lo ves!

Su frente se inclinó de nuevo. Lloraba, esperando un movimiento, un gesto, una palabra.

El literato estaba conmovido.

Un cambio extraño operábase en él. Su enojo había desaparecido. Una piedad profunda, ó mejor dicho, una compasión sin límites se desbordaba de su corazón, y bajo aquella compasión sentía nacer y crecer en su alma otro sentimiento que aún no podía definir.

Casi maquinalmente abrió la boca, y pronunció una frase breve, de múltiples significaciones.

—¡Pobre mujer!

Marta levantó la cabeza. Vió á su marido de pie apoyado en la chimenea, con una expresión de cari-

—Entonces, ¿me he equivocado? ¿No me perdonas? ¿No quieres?

Luciano hizo un violento esfuerzo, como para dominarse, y respondió con voz alterada:

—No; no quiero.

La joven se puso muy pálida. Tuvo el presentimiento de que iba á ocurrir alguna cosa muy grave, de que las penas que había sufrido hasta entonces no eran nada, comparadas con las que iba á sufrir, y con el estremecimiento de temor de los condenados cuando se preparan á oír la sentencia, inclinóse resignada esperando el golpe.

Luciano dominó al fin la especie de turbación que le agitaba, y con palabras nerviosas, entrecortadas, dijo:

—Marta, no quiero que vayas á buscar á Juana para contarle la verdad, porque vale más que queden las cosas como están. Ya me comprenderás. Escúchame.

La joven escuchaba presa de creciente terror.

—Al calumniarme delante de Juana, me has hecho

un favor sin darte cuenta de ello. No comprendes lo que quiero decir; pero vas á comprenderlo. Por cruel que sea la verdad, debes oírlo: tal vez te lo hubiera confesado antes si no hubiera estado alejado de ti por la injusticia de tus sospechas.

»Seré sincero. Esas sospechas no son tan injustas como parece. Yo sólo me he disculpado sobre un punto, nada más que sobre un punto. Lo que sucede es que tu suspicacia se ha equivocado de objeto. En realidad, soy culpable.

—¡Ah!—exclamó Marta con voz sorda que vibró como un doloroso eco en el corazón de Luciano.

—¡Oh; no te alteres! No soy culpable en el sentido que tú crees, como tú lo sospechabas. Nunca he faltado á la fe jurada el día de nuestro matrimonio; no has tenido ninguna rival, ni en esta casa ni en otros lugares. Estrictamente, materialmente, soy inocente.

—¡Ah!—repitió Marta, pero con un acento en que se traslucía alguna esperanza.

—No; no he sido perjuro. Pero he pecado todavía más gravemente, si es posible. He dejado que mi pensamiento se deleitara en otros sueños; he dejado que otra imagen ocupara el lugar de la tuya.

Se interrumpió al ver palidecer á la joven. Después prosiguió con toda la dulzura de que era capaz:

—Marta, sé que voy á hacerte mucho daño en este momento; pero no lo hago por espíritu de venganza: quiero únicamente que sepas cuanto antes, que comprendas bien cuán profundo era el abismo en que ambos íbamos á precipitarnos. Esta confesión que voy á hacerte te prueba que no me erijo en tu juez. Pero, por tu parte, no me juzgues. He pecado; soy culpable. Te hago esta confesión para evitar un paso inútil y desagradable. Es necesario—¿entiendes?—es preferible que Juana me juzgue con arreglo á lo que acabas de decir de mí: porque en ella está el peligro, de ella viene la amenaza.

Marta se puso muy pálida. Dió un paso hacia su marido, y exclamó anhelante, llena de angustia:

—¡Cómol! ¿Tú la..., tú la... la quieres?

—Sí—balbuceó Luciano apurando las heces del cáliz, y bajando la cabeza para oír su sentencia.

—¡Ah!—sollozó Marta aniquilada por aquel golpe imprevisto.

Volvió á caer sobre la butaca en que antes lloraba, y sus lágrimas corrieron de nuevo; pero se dominó rápidamente, y tuvo fuerzas para interrogar.

—¡Una palabra, Luciano: una soía; la última! Te agradezco mucho que me hayas dicho eso. ¿Sabe Juana lo que acabas de decirme? ¿Sabe que la quieres?

Luciano mintió heroicamente, porque tenía que ocultar aquella parte del secreto, que no le pertenecía.

—No—respondió;—no sabe nada. Mi falta es personal. No lo sabe nadie más que Dios y tú.

Volvió á reinar el silencio entre los dos interlocutores; un silencio interrumpido por suspiros y sollozos.

Marta permaneció inmóvil unos segundos, con el pecho agitado y el rostro oculto entre las manos.

Después levantó la cabeza, y cogió una mano de su marido.

—Luciano—dijo,—hace un momento te pedí perdón. Ahora te lo pido otra vez. ¡Perdóname!

Luciano se volvió trastornado. Aquel desenlace del drama le cogía desprevenido.

—¿Perdonarte? ¿Yo?—tartamudeó.

—¡Sí; tú, porque eres bueno y generoso, porque vales mucho más que yo! Yo no hubiera tenido tu lealtad, tu nobleza; yo no te hubiera confesado nada. Acabas de hacerme un daño horrible. ¡Pero no importa! Yo te bendigo, Luciano mío. Me has salvado; me has abierto los ojos. Yo me juzgo. He sido mala. Si te hubiera perdido, mía hubiera sido la culpa. Mientras que ahora... ¡Oh! ¡A hora doy gracias á Dios porque me ha regenerado con el sufrimiento! Si tú me perdonas, te reconquistaré y me amarás; estoy segura de ello. ¡Perdóname!

Marta se había inclinado sobre la mano del joven. Éste sintió la tibia impresión de una lágrima, y de una boca que le besaba apasionadamente. Su corazón latió á impulsos de la emoción, y abrió los brazos lanzando este grito:

—¡Marta!

La joven se precipitó en los brazos de su marido, que la estrechó amorosamente.

X

Ibo de Lantoir y su mujer habían salido de París con dirección á Marsella:

Iban á recibir al pobre herido, que volvía del Extremo Oriente, y su corazón latía con inusitada violencia. ¿Cómo encontrarían al arrogante marino, que se había marchado lleno de vigor y de salud? Una profunda inquietud los oprimía. Ana se secaba con mucha frecuencia los ojos, enrojecidos por las lágrimas.

—¿Cómo estará Pedro?—murmuraba la joven.—¿Habrás muerto durante la travesía? ¿Quién sabe si volverá á Francia para morir en ella!

Y recordaba la suprema confianza de su hermano en el camino de Vannes, su amor á Juana La Roy; aquel amor que no había querido confesar y que tal vez le mataría. Ana pensaba en aquella Juana á quien acababa de dejar en París, inconsciente de la tristeza, del duelo que había causado, aunque involuntariamente, engolfada en las alegrías de sus triunfos, que realizaban el prestigio de su fortuna.

¡Qué contraste entre las dos situaciones!

Ana meditaba sobre la vanidad de las cosas de este mundo. La americana le inspiraba tanta estimación como cariño. Á no ser por eso, ¿hubiera deseado que llegara á ser la mujer de su hermano? Pensaba en la extraña contradicción por la cual dos seres de inmejorables condiciones, creados para hacerse mutuamente dichosos, no conseguían más que hacerse mutuamente sufrir. Por lo menos, esto le sucedía á Pedro, que amaba á Juana sin ser correspondido.

Nunca le había parecido más justa la ley divina que reparte los sufrimientos y da á cada uno lo que

le corresponde según sus méritos ó sus fuerzas. Esta ley le parecía muy equitativa. Sólo los indigentes se quejan de la injusticia de la suerte. ¿No es acaso una prenda cierta de felicidad el poseer la fortuna, la juventud, la belleza, la nobleza de la sangre, y hasta la del corazón y la de la inteligencia?

El viaje de la Marquesa fué muy triste. Ibo trató inútilmente de reanimar su valor, inútilmente afectó una alegría que no sentía. Ana permaneció silenciosa y sombría, atormentada por los más crueles temores.

En Marsella pasaron dos días de mortal inquietud antes de que llegara el vapor. Éste había sufrido un retraso ocasionado por un incidente de la máquina. Durante aquellas cuarenta y ocho horas aumentó la angustia.

Por fin el *Iraouaddy* entró en el puerto de la Joliette.

Ibo y Ana estaban ya instalados en el muelle. Asistieron al desembarco y al desfile de pasajeros, á las efusiones y á las escenas de alegría. Su corazón estaba cada vez más oprimido. ¿Qué espantosa sorpresa les estaba reservada?

Afortunadamente, pronto salieron de dudas.

La primera oleada de pasajeros se alejó empujando á los espectadores, ansiosa de verse en tierra, lejos de aquel barco en el que los viajeros habían pasado varias semanas. Las últimas filas, menos impacientes, tardaron más en desembarcar. Por fin los rezagados, los calmosos por temperamento ó por otros motivos, abandonaron á su vez el puente del vapor.

Entonces los ojos inquietos del Marqués y de su mujer vieron á uno de los oficiales de á bordo el cual daba el brazo á un pasajero que andaba con mucha dificultad, y en aquel hombre encorvado, flaco, extenuado, reconocieron al que esperaban.

Era Pedro del Harscoet. Al verlos, sonrió é intentó acelerar la marcha; pero sólo consiguió hacerla más trabajosa, más vacilante. Ana no pudo contener el llanto, y cuando el oficial la besó tenía las mejillas húmedas por las lágrimas.

—¡Pedro, querido Pedro!—exclamó la joven con un acento en que vibraba toda la ternura y toda la angustia de su corazón.

El Marqués no dijo gran cosa. No tuvo fuerzas: su presencia de ánimo le abandonó por completo. Estaba aterrorizado, casi atontado por el aspecto del enfermo; no se atrevía á dar crédito á sus ojos. ¡Cómo! ¿Aquel hombre era su cuñado? ¿Aquel robusto Pedro, cuyo hereúteo vigor había dado lugar á mil leyendas en la marina, en la cual no faltan ejemplos de fuerza prodigiosa? ¡He aquí lo que esos climas de Oriente, lo que esas remotas colonias hacen de nuestros compatriotas, que salen sanos y fuertes, y vuelven mutilados, aniquilados, decrepitos!

Los Marqueses se apoderaron del herido, le metieron en un coche de punto, y le llevaron al hotel. Pero apenas se vió en su cuarto, Pedro se quejó de que quisieran encerrarle, reclamó riendo el aire libre y los paseos al sol, declaró que Francia solamente con su clima iba á curarle, y evocó muy opor-

tunamente el mito de Anteo á quien la Tierra, su madre, reconfortaba con sólo tocarle.

Pedro los animó, les infundió esperanza, y al verle tan valeroso, tan animado, calmáronse poco á poco sus temores. Por lo demás, no les dió noticias demasiado alarmantes.

Indudablemente, su herida era grave: un lanzazo que penetró por entre dos costillas y desgarró el pulmón. Pero le habían cuidado muy bien. La herida superficial del parénquima pulmonal estaba ya cicatrizada. No quedaba más que la desgarradura externa de los tejidos, ya casi cicatrizada. En cuanto á la delgadez y la anemia, eran la consecuencia de la herida y de los desórdenes por ella producido.

El Marqués confió casi inmediatamente en una rápida curación. Ana estuvo más tiempo intranquila. Sin embargo, también se dejó consolar y recobró poco á poco la esperanza. Desde aquel momento ya no pensaron más que en acelerar el completo restablecimiento del enfermo.

Durante los tres días que pasó en Marsella, mejoró mucho su estado. El viaje á París, que hizo en un coche salón tomado por los marqueses del Lantoin, le produjo la menor fatiga.

En París se encontró muy satisfecho en el hotel de la calle de Borgoña, aunque deseaba vivamente volver á verse en su querida Bretaña, junto á aquel Morbihan que tantas cosas le recordaba.

—Si creéis que es necesario avisar mi regreso á nuestros amigos—dijo á sus hermanos,—hacedlo; pero añadid que todavía no puedo recibir visitas. ¡Estoy tan á gusto solo con vosotros dos!

No salió en toda la semana. Verdad es que no podía, y que su aspecto hubiera llamado la atención de la gente. El jardín del hotel, con sus magníficos tilos, cuyas hojas daban ya una agradable sombra entre las altas paredes de los edificios que le rodeaban, bastaba para entretenerle durante largas horas. Muchas veces Ana levantaba furtivamente los visillos de su alcoba, y veía á su hermano sentado en un banco, con la cabeza apoyada en la mano y sumido en profunda meditación. ¿Qué pensaría? ¿Qué imagen mantenía fijos sus ojos por una especie de hipnotismo ó alucinación? La Marquesa adivinaba cuál era la imagen.

Una tarde Ibo y Juana bajaron al salón para recibir una visita.

Pedro, que volvía del jardín, se detuvo delante de la puerta, sorprendido por un ruido de voces y de risas.

No se atrevió á entrar, por no abandonar su incógnito, y también por la singular emoción que le paralizaba. Subió directamente á su cuarto, y se encerró en él. Cuando al pasar por delante del espejo éste le mostró su figura, tan cambiada por la enfermedad y la vida de los trópicos, se estremeció y murmuró estas palabras:

—¡Vale más que no me vea así!

La brusca emoción de su corazón le había hecho adivinar quién era la mujer que estaba en el salón.

La visita se prolongó más de lo ordinario, lo que confirmó las sospechas de Pedro. Indudablemente,

eran íntimos de su familia, puesto que estaban con tanta confianza.

Por fin se marcharon, y el teniente de navío recobró la libertad. Era la hora de comer. Pedro bajó al comedor, y preguntó á su hermana:

—¿Quién ha venido esta tarde?

—¡Toma! ¡Es verdad! ¡No me había acordado de decirte!—dijo el Marqués afectando indiferencia.—Han venido á vernos la señora Le Roy y su hija.

—¡Ah!—dijo el marino con una inflexión de voz que no pasó inadvertida para su hermana.

Aquel ¡ah! bastó para enterar á la Marquesa de lo que quería saber; pero no se dió por satisfecha.

Aquella noche Ibo tuvo que salir para algunos asuntos urgentes, y Ana pudo sondear el alma de su hermano, ó mejor dicho, las preguntas de éste provocaron las de la Marquesa.

En efecto; Pedro preguntó:

—¿Se ha resuelto por fin el problema de los diez millones?

—No—respondió la Marquesa alegremente.—Todo sigue en el mismo estado; pero la señora Le Roy ya no nos habla de eso.

Y atreviéndose á interrogarle directamente, añadió:

—¿Y tú, Pedro, sigues lo mismo que cuando te marchaste?

—¿Y por qué no?—respondió el joven con tristeza.

—¿Quieres todavía á Juana?

—Sí.

—Aquí terminó el diálogo. No debían reanudarle. Ya no era posible que Pedro conservara su incógnito.

Al cabo de una semana se anunció su presencia, y el marino pudo recibir las visitas de sus amigos.

Á decir verdad, sólo temía una; la de Juana.

Aquella visita tuvo lugar ocho días después de la primera. La joven y su madre fueron, como de costumbre, á pasar un rato con sus amigos. Pedro estaba en el salón cuando ellas entraron: á no ser por esta circunstancia, tal vez Pedro hubiera evitado un encuentro tan deseado y tan temido al mismo tiempo.

La señora Le Roy manifestó mucha alegría al ver al marino, y Juana quedó profundamente impresionada.

La enfermedad, en efecto, había colocado como una aureola en la frente de Pedro del Harscoet. Ya no estaba encorvado, como cuando llegó á Marsella. El aire de Francia, como él decía, le había reanimado; pero seguía pálido y delgado, sus facciones resaltaban bajo su barba negra, y sus ojos tenían un brillo que nunca habían tenido mientras gozó de salud.

Juana le contempló largo rato, sorprendida al ver que sentía hacia el marino una simpatía más viva que la que hasta entonces le inspirara el joven. Entonces, que su corazón estaba curado de la gran pasión que había sentido por Luciano, Juana podía fijarse en la figura de otro hombre y apreciar sus cualidades. Y, verdaderamente, Pedro del Harscoet tenía una figura muy distinguida.

Juana se atrevió á hablarle de cosas serias.

—Ahora estará usted mucho tiempo en tierra; ¿no es verdad? Por lo menos, así lo esperamos.

—Muchas gracias, Juana—respondió tristemente el teniente de navío.—Seguramente, estaré aquí todavía algún tiempo.

—¿Algún tiempo nada más? ¿Piensa usted volver á marcharse?

—Sí; en cuanto pueda volver al servicio. ¿Qué hace un marino en tierra?—dijo con forzada jovialidad.—Nosotros pertenecemos á la mar: justo es que ella nos reclame.

—Le pertenece usted voluntariamente—respondió sonriendo la joven.

—Sí; pero esta voluntad es definitiva: tan indisoluble como el matrimonio.

Juana siguió la conversación. Aquella tranquila energía la dominaba y la interesaba al mismo tiempo.

—Sea—dijo la joven—admito esa especie de fidelidad profesional; pero ¿no cree usted que el marino puede tener otras obligaciones superiores á las de su carrera? Me parece que los que se casan deben sentir más cariño por su mujer que por el mar.

—Sí; los que se casan, sí—respondió Pedro con una sonrisa y un gesto bastante vagos.

No hablaron más aquel día. En su conversación no habían precisado nada.

Los acontecimientos fueron más deprisa que su vacilante voluntad.

Si Pedro amaba con toda su alma y callaba, sin embargo, renunciando á toda esperanza, Juana, que no sentía aún más que los pródromos del amor, no tenía ninguna razón para rechazar la hipótesis del matrimonio: ni siquiera podía sospechar que su inmensa fortuna fuera el principal obstáculo entre ella y Pedro; obstáculo de pura forma, suscitado por la altivez del joven.

Pero lo que Pedro no quería y lo que Juana no podía hacer lo intentó una persona sin prevenir á nadie, sin consultar más que sus preferencias y su deseo, acariciado desde hacía mucho tiempo.

La señora Le Roy aprovechó una tarde en que su hija había ido en casa de unos amigos para presentarse en el hotel de la calle de Borgoña, en donde tuvo la suerte de encontrar sola á Ana. Todo concurría á simplificar su tarea.

Sin embargo, cuando fué necesario hablar del objeto de su visita, la anciana experimentó gran turbación.

Afortunadamente, la Marquesa era muy lista. Comprendió á media palabra, y ayudó con mucha discreción á la viuda á comunicarle su deseo.

Aquel deseo era muy sencillo, muy natural, y al mismo tiempo muy loable.

Como madre prudente y previsora, mistress Le Roy quería «casar bien» á su hija, según la expresión consagrada, quería asegurarle una buena posición en el mundo; pero sobre todo deseaba edificar sobre sólidas bases al edificio de su felicidad.

—Ahora bien; para conseguir este doble objeto había elegido por sí misma un yerno que ofrecía todo

clase de garantías, y aquel yerno lo había descubierto en la persona de Pedro de Harscoet.

Esto es lo que la Marquesa comprendió á las primeras palabras cambiadas entre ella y su excéntrica interlocutora.

La Sra. Le Roy no ocultó sus sueños, sus ambiciones; hasta manifestó verdadera modestia acusándose de una especie de presunción por haberse atrevido á levantar los ojos hasta un hombre de tan noble abelengo, de tan elevada alcurnia como el hermano de la Marquesa.

Mostró algo de complacencia, de natural coquetería al añadir:

—Sin embargo, tengo algún derecho á reconocer que Juana es bastante bella, bastante seductora para merecer el amor de un hombre como Pedro. Su valor personal la hace digna del mejor partido.

Ana tuvo que morderse los labios hasta hacerse sangre para no soltar la carcajada al oír la extraña aplicación de las palabras «valor personal.» La excelente *yankee* tenía un modo de apreciar á su hija completamente de acuerdo con las costumbres americanas.

Pero, dominada la tentación de risa, Marta devolvió confianza por confianza, simpatía por simpatía.

Causó una gran alegría á la anciana confiándole el secreto del corazón de Pedro; tanto, que Edita, arrebatada por entusiasta admiración, cruzó las manos exclamando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Este no es un hombre; es un santo!

Pero como el desinterés de aquel santo no le convenía á ella, propuso á la Marquesa el proyecto de completar su tentación con un ataque directo á la intransigente altivez del marino, á fin de arrancarle su consentimiento.

—¡Guárdese usted de ello! —exclamó Ana.—No haría usted más que empeorar la situación. Pedro tiene un carácter muy altivo, y no toleraría una ingerencia extraña en sus elecciones. Se obstinaría en su negatividad, aunque sufriera mucho. Confíe usted en mí, que yo arreglaré este delicado asunto y la tendré al corriente de cuanto suceda.

La señora Le Roy no tuvo más remedio que conformarse con esta promesa, un poco evasiva.

Pero Ana no procedió en vano. Se había comprometido espontáneamente y sin ningún cálculo, resuelta á arreglar satisfactoriamente aquel asunto, que consideraba como suyo.

Al día siguiente rompió el fuego contra la implacable voluntad de Pedro.

Le encontró más firme que nunca.

Pero observó al mismo tiempo que nunca había sufrido tanto. Desde que trataba á Juana con más intimidad, desde que había tenido que responder á diversas preguntas relacionadas con su propio caso, el marino se creía dominado por uno de esos sombríos abatimientos por los cuales el espíritu se dirige lenta y dolorosamente hacia la amargura y la desesperación.

Un día, más apurado que de costumbre por los argumentos de sentimentalismo que empleaba su her-

mana, dejó escapar esta exclamación, que demostraba el estado de su alma, la lucha interior sostenida por su voluntad.

—¡Ah! ¡Si siquiera fuese pobre! ¡Así tendría derecho á amarla!

«¡Tendría derecho á amarla!» Estas palabras hicieron ver claramente á la Marquesa el estado del alma de su hermano.

Ana juzgó con conocimiento de causa los escrúpulos y los sufrimientos de aquel corazón tan generoso y de aquella inteligencia tan elevada.

Como esperaba aquella confesión, tomó á su vez la resolución que la señora Le Roy le había propuesto, y creyó que arrancaría á Pedro su consentimiento á viva fuerza.

Pronto se vió secundada y ayudada por auxiliares con los cuales no había contado.

Estos auxiliares inesperados eran Luciano Plessy y su mujer.

Por parte de Marta era un cálculo egoísta, pero de un egoísmo muy natural, muy comprensible y, por lo tanto, disculpable.

En Luciano, por el contrario, fué un acto de sublime abnegación, puesto que amaba á Juana.

Marta, en efecto, no esperó á que Ana le hiciera ninguna confidencia.

Como por casualidad, en una de sus visitas hizo recaer la conversación sobre el asunto que la preocupaba.

—¿Sabes, Ana, que se me ha ocurrido una idea singular?

—¿Qué idea?—preguntó la Marquesa, que conocía lo bastante á su amiga para saber que sus ideas no podían menos de ser singulares. Hacía mucho tiempo que sabía á qué atenerse acerca de la ligereza de su antigua compañera de colegio.

—Sí—replicó ésta.—Ya sabes que no acostumbro ocuparme de casamientos. Sin embargo, ayer se me ocurrió casar á una persona.

—¡Ah! ¿Á quién? ¿Y con quién quieres casar á esa persona?

—Tú conoces tan bien como yo, por no decir mejor, á las dos personas á quienes quiero unir.

—¿Mejor que tú? Veamos, Marta: en lugar de proponerme un enigma, expón cuanto antes tu «idea».

La de Plessy pareció reflexionar y vacilar. Después añadió, como haciendo un esfuerzo:

—Escucha: sí lo que te digo te parece absurdo ó indiscreto, dímelo en seguida. Hablo de esto por hablar, sin la menor intención de disgustarte.

Ana la alentó á hablar, indicándole que aquellos preámbulos eran inútiles.

Entonces Marta expuso su proyecto con un lujo de detalles que probó con exceso que había reflexionado mucho sobre el asunto.

—Mira—dijo:—me refiero á tu hermano y á Juana Le Roy. ¿No te parece que harían una buena pareja?

Ciertamente, Ana había pensado en ello, y lo que decía su amiga no pudo menos de confirmarla en la creencia de que había formado un proyecto muy juicio y muy prudente proponiéndose unir la existencia del teniente de navío á la de la bella americana.

na. Sin embargo, por prudencia no quiso manifestar inmediatamente que era de la opinión de su amiga. Marta era tan ligera, tan imprudente, que tal vez sin querer, solamente con su intervención, impediría la realización de aquel proyecto.

La Marquesa fingió burlarse de su amiga. No le parecía verosímil aquel matrimonio; no podía figurarse á su hermano haciendo el amor á miss Le Roy.

Se defendió tanto y tan bien, que cuando por fin fingió dejarse convencer, Marta quedó persuadida de que ella era la única que había pensado en casar á los dos jóvenes.

Desde luego se creyó obligada á la mayor reserva, tanto por consideración á la sensibilidad de Luciano como para asegurar el buen éxito de su obra. Porque ésta debía realizarse para que Marta fuera feliz, y Luciano no debía sospechar nunca el interés que su mujer podía haber tenido en aquel proyecto matrimonial. Hubiera sido muy fácil, muy natural, que Luciano atribuyera á los celos el empeño de Marta en casar á Juana Le Roy con Pedro del Harscoet.

Con la habilidad de un diplomático consumado, Ana hizo comprender indirectamente á su amiga que no debía hablar de su proyecto.

Así, pues, en cuanto la de Plessy se marchó, la Marquesa se dijo riendo:

—¡Vamos! Ahora va á casa de Juana á decir lo mismo que ha dicho aquí. No tengo que mover un peón. Juegan por mí.

XI

En medio de estas diversas preocupaciones, una noticia tan extraña como inesperada estalló, por decirlo así.

Una tarde, cuando Ana se disponía á salir, vió llegar á la señora Le Roy. Contra su costumbre, iba á pie y sola, y su rostro tenía cierta expresión de tristeza.

No estuvo mucho tiempo en el hotel. Cuando se marchó, Ana no pensaba ya en salir. Ni su marido ni su hermano estaban á su lado. No tuvo más remedio que esperar hasta la hora de comer para comunicarle la noticia que acababa de recibir.

Pero entonces pudo satisfacer la necesidad de hablar y de desahogar su corazón de la pena que realmente sentía. Por lo demás, los dos hombres compartieron inmediatamente aquella pena.

—Es necesario que sepáis la gran desgracia que les ha sucedido á las señoras de Le Roy—dijo con alguna precipitación.—Están arruinadas.

—¿Arruinadas?—exclamaron los dos hombres simultáneamente, pero con distinta entonación. La voz de Ibo sólo expresaba la sorpresa cuando llega á ese grado en el cual se confunde con el estupor, sorpresa mezclada de una tristeza sincera; pero la sorpresa era la nota dominante en la exclamación del Marqués. Lo que oía le parecía monstruoso, inverosímil. ¿Es posible arruinarse poseyendo una fortuna de más de cien millones?

En Pedro había hablado el corazón. E inmediatamente

mente había dominado el egoísmo; pero podría decirse que era un noble egoísmo, si no pareciera odioso aplicar este adjetivo á semejante sentimiento.

Estando Juana arruinada, le era posible, hasta le estaba permitido amarla y decirselo. La ruina de Juana hacía renacer en su alma la esperanza de amar sin temor, sin falsa vergüenza, á la mujer seductora á quien hasta entonces sólo había podido contemplar al humillante resplandor de su prodigiosa fortuna.

Ana advirtió en seguida el grito de alegría envuelto en la exclamación de su hermano, y pensó:

—¿Será cierto que la pasión más pura no se sustrae á la influencia del egoísmo? ¿Acaso el verdadero desinterés no hubiera consistido en desear la felicidad del ser amado, sin pensar en lo ventajosa que pueda ser su desgracia para Pedro, el cual debía preferir que Juana conservara esos millones que le separaban de ella?

Ana no tuvo aquel día tiempo de reflexionar profundamente sobre esto, porque los dos hombres multiplicaron sus preguntas deseosas de conocer los detalles de la catástrofe y las circunstancias que la habían ocasionado.

Ana no pudo satisfacer su curiosidad.

La señora Le Roy había dado muy pocas explicaciones, y por discreción la Marquesa no había insistido. Sin duda, esperaba una visita complementaria. Á falta de la viuda, Juana iría, seguramente, á darle amplios detalles.

Todo lo que Ana sabía se reducía á una conmovedora observación.

Los diez millones, los famosos diez millones, depositados en casa de un notario de París, se habían salvado del desastre, y la anciana había dicho á la Marquesa que la herencia de Juan Le Roy estaba todavía á su disposición.

Ibo quedó profundamente conmovido. Pedro volvió la cabeza para que no vieran que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es una fortuna que la situación se haya resuelto de este modo—dijo el Marqués.—Ahora ya sé lo que debo hacer.

La velada fué muy triste, á causa de aquel incidente. Pedro se retiró á su cuarto muy temprano, porque deseaba estar solo.

El día siguiente fué todavía más penoso.

Ana esperó inútilmente la visita de miss Le Roy. Juana no fué al hotel. Cuando anocheció, la Marquesa se echó en cara el haber esperado su visita, considerando esto como una falta. Ana creyó que la joven y su madre, demasiado angustiadas, no habían tenido fuerzas para salir de su casa, que tal vez esperasen que fueran á consolarlas, y que por no haber ido á ver á sus amigas ellas la tomarían por una criatura egoísta é interesada de las que gradúan su estimación ó su afecto según el rango ó la fortuna de sus amistades.

Esta reflexión produjo en el alma de la joven el efecto de un remordimiento.

Verdad es que si no vió á Juana tuvo ocasión de hablar mucho de ella.

Marta, en efecto, fué á verla, y le habló del asunto de que trataron unos días antes. Pero en cuanto la Marquesa le comunicó la funesta noticia, la de Plessy se apresuró á excusarse por haber podido concebir semejante ida. Una vez más demostró su falta de juicio, su incorregible ligereza. Ni por un instante pensó en la posibilidad de un enlace entre Juana, arruinada ya, y Pedro del Harscoet, dueño todavía de una regular fortuna. Como la mayor parte de las mujeres contemporáneas, creía que á una muchacha arruinada le es todavía mucho más difícil casarse que á cualquiera otra. No estimó en nada la belleza de Juana ni la gracia de su ingenio: puesto que había sido millonaria y ya no lo era, su desgracia era irrevocable. Lo que hubiera sido posible en una muchacha que no hubiese tenido nunca más dote que su belleza, no lo era para una mujer cuya hermosura era el menor de sus atractivos.

Este razonamiento, singularmente especioso, es uno de los que siempre se hacen las tres cuartas partes de los seres humanos, sobre todo en la sociedad elegante. Á sus ojos, es preferible no haber tenido nunca fortuna á haberla perdido. Después de todo, por vulgar y miserable que sea esta apreciación, responde á esa forma de la vulgar sabiduría que con harta razón se llama sentido común.

Ana no sintió ningún deseo de demostrar á su amiga que precisamente la desgracia de Juana era una esperanza para el amor de Pedro ¡El amor de Pedro! Jamás había hablado de él á su frívola amiga. ¿Qué relación había, en efecto, entre aquel gran corazón y aquella cabeza sin seso?

La preocupación de la Marquesa cesó aquella misma noche, cuando Ibo, al volver á su casa, le dijo que había visitado á la señora Le Roy.

El Marqués estaba muy conmovido. La ruina de las dos americanas se había confirmado, desgraciadamente. Aquella mañana la señora Le Roy había dado orden de vender sus caballos y sus carruajes, y se disponía á avisar al dueño de su casa que iba á dejarla en cuanto acabara el semestre.

—Las he encontrado muy tranquilas—añadió Ibo.—Me han hablado de su desgracia como mujeres dispuestas á todo, como verdaderas estoicas. Miss Juana me dijo sonriendo:

«Ya sabe usted que en América consideramos la pérdida de una fortuna como un accidente ordinario, y no de los más graves, puesto que puede ser reparado. Lo único que siento es no ser hombre, por que tengo que dejar que mi hermano se encargue de rehacer nuestra posición. Confío en que lo conseguirá con la ayuda de Dios.»

El Marqués hubo de añadir que entonces se atrevió á decir á sus dos amigas que podían disponer libremente de los diez millones de la herencia de Juan Le Roy; pero en cuanto pronunció las primeras palabras, le interrumpieron.

—Marqués—exclamó la viuda,—no vuelva usted á hablar de eso; se lo suplico. Ese dinero no es nuestro. La voluntad de mi marido le dió su destino. Nunca contrariaremos una decisión que sería un sacrilegio discutir.

El Marqués, muy turbado, muy apenado, no insistió.

Rogó sencillamente á la señora Le Roy y á su hija que tuvieran la seguridad de que su cambio de posición no alteraría lo más mínimo sus relaciones, y de que darían un disgusto muy grande á sus amigos si les escaseaban sus visitas. Las dos americanas se conmovieron al oír estas palabras, y prometieron que conservarían sus costumbres pasadas.

Pedro no pronunció una palabra mientras duró el relato de su cuñado.

Pero al día siguiente buscó á su hermana, porque necesitaba sus consejos; necesitaba que ella le alentara.

Marta le vió entrar en su cuarto pálido y muy agitado, y adivinó en seguida lo que iba á decirle.

—Ana—dijo el teniente de navio,—no me creas un egoísta. Sin embargo, has de saber que la desgracia de Juana es para mí una alegría.

—Ya lo sospechaba, Pedro—respondió la joven con maliciosa sonrisa.

—Entonces, no te sorprenderás al conocer mi proyecto.

—Creo conocerle. Ya consientes en pretender la mano de Juana.

Pedro bajó la cabeza tristemente.

—No es eso, Ana. He aquí lo que pienso hacer.

«Estoy dispuesto á aceptar esos diez millones que Ibo y tú me habéis ofrecido, y que yo rechacé porque me horrorizaban.

—¡Ah!—exclamó Ana estupefacta y sin comprender una palabra.

—Sí; los acepto. Cuando me pertenezcan, podré pedir permiso á Juana para labrar su dicha; y si me lo concede, tendré asegurada mi propia felicidad. Si rehusa...

Se interrumpió. Su rostro expresó un dolor inmenso.

—¿Y si rehusa?—preguntó Ana, compartiendo la angustia de su hermano.

—Por lo menos, habré asegurado su porvenir. Porque esa fortuna que ha venido á nuestras manos en virtud de un legado para pagar una deuda de gratitud, volverá del mismo modo á la familia del generoso testador. Saldré de Francia, desapareeceré, y confío en que Dios no me hará esperar mucho tiempo la muerte, que consagrará mi última voluntad.

—¡Cállate!—exclamó la Marquesa desconsolada.—¡Cállate! ¡No sabes lo que dices! ¡Oh Pedro! ¿Es posible que me hables así? ¿Es posible que me digas á sangre fría esas cosas que destruyen el corazón y trastornan los sentidos? ¿Vas á marcharte, vas á abandonarnos á todos, vas á buscar la muerte por una desesperación que no tiene disculpa? ¡No; no has reflexionado en la crueldad de tus palabras! ¡Tu, el altivo marino á quien amamos, á quien admiramos, no puedes dejarte dominar por semejante extravío de la razón y de la voluntad!

Pedro no contestó, y se dejó caer en una butaca con la cabeza entre las manos: su silencio probó mejor que muchas quejas la intensidad de su amor á Juana y la profundidad de la herida de su corazón.

Ana comprendió en seguida la inminencia del peligro, y se juró alejar la amenaza suspendida sobre su felicidad. Era necesario á toda costa que Juana se enterara de todo para que los salvara de una inmensa desgracia. Ana no tenía el menor temor de que la joven permaneciera insensible á semejante cariño, y contemplando á su hermano pensaba que si Juana era bella, Pedro también era muy arrogante; que, puesto que Juana era bella, debía de ser buena, como lo era Pedro; que aquel matrimonio era á propósito para que la mujer estuviera orgullosa de la preferencia de que era objeto, y que Juana no intentaría sustraerse á las simpatías que necesariamente había de inspirarle un cariño tan puro, por una legítima reciprocidad de sentimientos.

Ana pensó que no había que perder un minuto, y se juró que al día siguiente sabría á que atenerse.

Al día siguiente, en efecto, Ana subió sola á su berlina, y se dirigió á casa de la señora Le Roy.

Encontró á Juana muy bien dispuesta para la confidencia que pensaba hacerle.

Al principio la marquesa de Lantoir experimentó alguna turbación. El asunto era de los que no se tratan sino con la mayor reserva y con toda clase de precauciones. Ahora bien; dominada por una verdadera excitación, arrastrada por su amor fraternal, la Marquesa no había pensado en las dificultades que podía encontrar cuando llegara el momento de hablar á la joven del objeto de su visita. Pero al verse al pie de la muralla, ante la necesidad de hablar, sentía debilitarse su resolución; la paralizaba una especie de terror, ó mejor dicho, un pudor muy natural.

Afortunadamente, Juana había previsto el acontecimiento. Al ver llegar á Ana adivinó el objeto de su visita, y amable y sonriente se prestó á los deseos de su amiga y la ayudó á desembarazarse de su secreto. Cuando terminó la confidencia, sucedió una cosa digna de interés para un observador, y fué que la americana, en lugar de alentar á la francesa, en lugar de concederle un favor, parecía que pedía uno. Ana fué quien interrogó á Juana; y cuando aquélla salió de la casa, estaba muy contenta. Le habían dado bastantes esperanzas para tener derecho á considerarlas como promesas.

Apenas volvió al hotel, habló resueltamente á Pedro.

Ya no tenía los temores de la víspera, porque estaba casi segura de una respuesta favorable. Animó, pues, á su hermano para que realizara su proyecto, y hasta le aconsejó que lo realizara cuanto antes.

Á decir verdad, en el fondo el oficial de marina no necesitaba exhortaciones; pero su naturaleza extraordinariamente delicada sufría por esto mismo. Una sonrisa ó un gesto equívoco, la frialdad ó la sencilla indiferencia de miss Le Roy hubieran bastado para alejarle de ella para siempre, y, como ya le había dicho á su hermana, se hubiera ido desesperado. Pedro se hubiera marchado de París, de Francia, de Europa, con propósito de no volver, y hasta hubiera dejado esta vida, si voluntariamente, por lo menos, sin sentimiento.

Las dulces palabras de Ana le prestaron la fuerza necesaria para realizar un esfuerzo.

Por miedo á que se debilitara su resolución, por temor á no tener el valor necesario, cerró los ojos, y á su vez se atrevió á afrontar el peligro del cual dependía su porvenir.

Pero no habló con Juana; le pareció mejor dirigirse directamente á la señora Le Roy.

Esa le recibió con alegría, casi con demasiada alegría, sin poder disimular su contento.

¿No era aquello su sueño, su más grato deseo desde que había pasado aquella temporada en Arradon, en el castillo de Kérivel, en donde vió por primera vez al teniente de navío?

La señora Le Roy recibió al conde de Harscoet con la misma amabilidad con que Juana recibiera el día anterior á la marquesa de Lantoir; y, lo mismo que la hija alentara á la hermana, la madre dió esperanzas al hermano.

Tanto, que Pedro salió de la entrevista radiante de alegría.

En el hotel de la calle de Borgoña le recibieron cariñosamente.

Ibo estaba enterado por su mujer de la intriga amorosa cuyos hilos manejaba la joven con su mano experta y delicada. No felicitó á Pedro ruidosamente, sino que, por el contrario, mostró una reserva llena de tacto, que aumentó la alegría del marino.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo la comida fué muy alegre.

Pedro, lacónico y taciturno de ordinario, habló mucho aquella noche. Estuvo muy animado, y su cuñado y su hermana gozaron mucho al verle tan alegre. Decididamente, los proverbios son una gran verdad, y sobre todo el que dice: «No hay mal que por bien no venga».

Sólo que como la desgracia ajena constituía una dicha para ellos, esto daba á su alegría el repugnante aspecto de un egoísmo satisfecho.

En los días sucesivos no disminuyó ni aumentó su felicidad.

Juana reflexionaba.

Obligada, por decirlo así, á pronunciar la sentencia, no sintiendo ninguna antipatía hacia el proyecto de su madre y sus amigos, experimentaba escrúpulos que apenas podía dominar: nunca la había atormentado tanto el recuerdo de la escena de Arradon.

No quería casarse por sorpresa, casi á escondidas; quería que Luciano lo supiera y que no se opusiera, ni aun interiormente, á aquella unión que no podía impedir.

Semejantes escrúpulos sólo pueden sentirlos las criaturas superiores. Juana era una criatura superior.

Puesto que recobraba su libertad, quería ser leal. No quería dejar la menor duda en el alma del literato. Era preciso que éste supiera que la promesa hecha en el parque de Kérivel no había sido más que una sorpresa, un error reconocido y reparado. La joven prefería pasar por una ingrata, por tener un corazón seco, olvidadizo, á que la tuvieran por

una coqueta que se burlaba de los nobles sentimientos de un corazón generoso. Lo que quería evitar sobre todo era que Luciano pudiera equivocarse y creer que volvería á renacer la pasión definitivamente muerta.

Juana no se hubiera perdonado nunca el haber dejado subsistir una duda acerca de este particular.

Y para destruir esta duda deseaba tener con Luciano una explicación franca y sincera.

Pero al mismo tiempo comprendía que aquella explicación sería muy dolorosa; y aunque todas las noches resolvía realizar su proyecto, al llegar el día retrocedía ante la ocasión, y aplazaba la prueba indispensable por no encontrarse con fuerzas para resistirla.

El conflicto era terrible. Para Juana constituía un verdadero suplicio, y, por poco que se prolongara, haría renacer las impacencias y las angustias que la joven había sentido después de la primera crisis á consecuencia de la cual sus ojos se habían abierto y habían juzgado claramente la situación.

¡Oh! ¡Cuánto deseaba en aquel momento que las palabras de Marta fuesen ciertas! ¡Cuán fuerte se hubiera sentido ante las faltas ó la traición de Luciano! ¡Cuán fácil le hubiera sido participar al joven su firme voluntad de renegar para siempre de lo pasado!

Pero examinando su conciencia, veíase obligada á confesar que no creía una palabra de las acusaciones de Marta; y era tanto más natural que no creyera en ella, cuanto que conocía la verdadera causa de la frialdad de Luciano, puesto que ella era la causa de aquella frialdad, y sufría cruelmente al ver que no podía invocar esta excusa, al ver que no podía recurrir á este pretexto para provocar la ruptura que pensaba proponer al literato.

Á decir verdad, hacía mucho tiempo que se había consumado aquella ruptura.

Más de un año había transcurrido desde los nefastos acontecimientos de Arradon. Ni Luciano ni ella habían pronunciado una palabra, ni habían escrito una línea aludiendo á aquellos acontecimientos. Plessy no había hecho ningún esfuerzo por acercarse á Juana. ¿Estaría curado su corazón, como se había curado el de Juana? En el fondo, la joven nada sabía, y conservaba algunas dudas sobre este punto. No era imposible que el joven se hubiera atrincherado en su pasión sin esperanza, y que á la sazón aquella pasión ardiera en su pecho como un fuego mal apagado que arde bajo las cenizas.

Ahora bien; esto era precisamente lo que Juana temía. Si tal era la situación, no recobraría su propia tranquilidad sino á costa de algunos remordimientos. ¿Cómo aceptar una felicidad ó una tranquilidad que hiciera sufrir á otra persona?

Si hubiera sido más egoísta ó menos escrupulosa, se hubiese tranquilizado invocando las vulgaridades de los aforismos sociales. Después de todo, todos los días están sucediendo de estas cosas. En lugar de quejarse, debería alegrarse, porque gracias á un dolor pasajero evitaba dolores más graves y más terribles en lo porvenir. Era preferible que la herida

sangrara en el primer momento: así se cicatrizaría más pronto.

Todas estas reflexiones no mejoraban el estado de cosas, ni siquiera producían en ellas el menor cambio. La imaginación de la joven se exaltaba, se desesperaba ante el obstáculo que veía surgir ante ella, aunque aquel obstáculo naciera de su propia imaginación.

Estaba impaciente por terminar la lucha, que se prolongaba indefinidamente; quería poner término á una angustia que aumentaba de día en día. Decidióse, pues, bruscamente dominada por su excitación á tener con Luciano una entrevista que les devolviera á ambos la paz y la libertad.

Sí: Juana era sincera; sincera hasta rayar en la ingenuidad, en la inocencia.

Una coqueta hubiera tomado las cosas de otra manera. Hubiérase acercado alegremente á Luciano, y con sonrisa burlona le hubiera hablado del incidente cuyo recuerdo le era tan penoso: riéndose, le hubiera echado á él la culpa de todo, haciendo responsable al joven de sus propias complacencias, y de ese modo hubiese evitado toda reconvencción, porque el hombre es débil ante la mujer.

Miss Juana no creía así las cosas: puesto que ella había pecado, ella debía cargar con su parte de responsabilidad.

Una vez tomada la resolución, tropezó con una nueva dificultad.

¿Cómo hablar á Luciano? ¿Cómo encontrar la ocasión de una entrevista indispensable?

Pensó en escribirle.

Pero inmediatamente comprendió los peligros de una carta; comprendió que, á pesar de la inocencia de la misiva, aquel paso podía comprometerla gravemente. Á menos de confiarlo todo al papel, confesando la primera falta al mismo tiempo que su deseo de reparación, no tenía más remedio que pedirle una cita; y pedir una cita, era comprometerse sin ninguna necesidad.

Además, su memoria le recordaba implacablemente aquella primera carta, tan grave, tan acusadora, que había dirigido al literato en los primeros momentos de su dolor; de aquella carta en que le juraba un amor eterno, que ni la misma muerte podía interrumpir.

¡Oh! ¡Hubiera dado toda su sangre por recuperar aquella carta, aquella prueba palpable de su culpa!

Y no porque temiese que Luciano abusara de ella. Estimaba demasiado al joven para creerle capaz de una vileza. Pero quería poseer aquel papel para destruirle con sus propias manos, con esa especie de superstición que impulsa á los orientales á escribir sus oraciones en tiras de papel que arrojan después á las llamas de los altares.

Con la cabeza trastornada y los nervios excitados, Juana obedeció al impulso del momento.

Al día siguiente á aquel en que recibió la visita de la marquesa de Lantoir, salió sin avisar á su madre, subió al primer coche de punto que encontró, y dió al cochero las señas de Plessy.

XII

La Providencia protegía á Juana, ó, para emplear una expresión vulgar, la suerte la favorecía.

Apenas se detuvo el coche, saltó la joven al suelo, subió rápidamente la escalera y llamó á la puerta de Marta.

Abrieron. Los criados la conocían mucho. La doncella exclamó al ver á Juana:

—¡Oh señorita; cuanto va á sentirlo la señora! No está; ni el señor tampoco.

Juana bajó tan deprisa como había subido.

Á pesar de todo, se alegraba de aquel contratiempo.

Durante el trayecto había hecho muchas reflexiones. Ya no se encontraba bastante fuerte para realizar el atrevido proyecto de una explicación definitiva. Á la sazón respiraba como el que acaba de salvarse de un gran peligro.

Al llegar á la calle se turbó un poco.

—¿Adónde iría?

Se acordó de la Marquesa. Para que nadie creyera que estaba abatida por la ruina, la animosa muchacha se bajó del coche antes de llegar al hotel de Lantour, y llegó á pie á la puerta del hotel.

Allí sufrió otra decepción. También Ana había salido; pero el criado le aseguró que no tardaría en volver.

—Tenga la señorita la bondad de esperar. La señora sentiría mucho no verla.

Miss Le Roy estaba un poco cansada, no tanto por lo largo del camino como por las emociones del trayecto. Así, pues, respondió:

—Sea; pero que nadie se moleste, y sobre todo, no diga usted que estoy aquí. Esperaré en el gabinete de la Marquesa.

El gabinete de la Marquesa, que daba á los dos salones del hotel, estaba amueblado con exquisito gusto. Para estar más aislada, Ana había condenado una de las puertas de dos hojas, disimulada por un antiguo tapiz. Delante del tapiz había un cómodo sofá.

Juana, que estaba muy cansada, se sentó en el sofá y apoyó en los almohadones su linda cabeza, que de este modo quedó á la altura de la cerradura.

Por aquella cerradura llegaba un ruido de voces. En el salón contiguo estaban hablando.

Juana se estremeció al reconocer aquellas voces. Una de ellas era la de Pedro del Harscoet; la otra, la de Luciano Plessy.

Algunas palabras que llegaron claramente á los oídos de la joven despertaron su curiosidad.

Los dos interlocutores hablaban de ella.

Al comprenderlo, quiso escuchar, quiso saber lo que decían. No era una indiscreción, aunque el medio de enterarse de la conversación perteneciera á la vulgar costumbre de escuchar detrás de las puertas. Por lo menos, así lo creía Juana.

La conversación no hacía más que empezar, y era muy interesante.

—Pedro—había dicho Luciano—no quisiera pare-

certe un aturdido ó un importuno. Sin embargo, tengo que felicitarte por una noticia que ha llegado á mis oídos.

—¿Á qué noticia te refieres?—preguntó Pedro.

—Pues á la hipótesis, muy admisible, de tu próximo matrimonio.

Éstas fueron las primeras palabras que oyó Juana. Estaba esperando la contestación, porque Pedro no respondió en seguida. Juana levantó el tapiz ligeramente, y aplicó el oído á la cerradura: no quería perder ni una palabra de la conversación.

Pedro respondió:

—No puedes parecerme indiscreto por hablarme de un asunto del cual yo mismo te hubiera hablado muy pronto. Sí; me he decidido. Ese proyecto he estado acariciándolo desde hace mucho tiempo; pero siempre lo había considerado tan difícil, que disimulé mis sentimientos é impuse silencio á mi corazón. ¿Has adivinado que se trata de miss Le Roy?

Detrás del tapiz y de la madera de la puerta, Juana se estremeció de nuevo.

Le pareció que la voz de Luciano temblaba al responder:

—No; no lo sabía; ni siquiera lo sospechaba. Pero, ya que me lo dices, no puedo menos de alegrarme y de felicitarte por tu elección.

¿Decía la verdad el desgraciado? ¿Era sincero al decir tales palabras?

Estas preguntas hicieron la impresión de un hierro candente en el corazón de la joven, que experimentó un dolor agudo.

Pero la conversación continuó, solicitando más vivamente su atención.

—Luciano—dijo Pedro,—para mí, no hay opinión más preciosa que la tuya. Como acabo de decirte, he estado dudando mucho tiempo antes de atreverme á tomar semejante resolución: me parecía que había demasiados obstáculos acumulados delante de mi ambición, y yo mismo no la encontraba suficientemente justificada. El primero y el más invencible de los obstáculos era mi escasa fortuna comparada con la prodigiosa opulencia de miss Le Roy. Nunca hubiera yo consentido en deber á mi mujer semejante cambio de posición.

—No necesitas decir eso, Pedro—replicó Plessy, en cuya voz creyó Juana advertir cierta emoción.—Te conozco hace demasiado tiempo para saber que sólo tu mérito iguala tu desinterés. Y la verdad es que en esta ocasión tu desinterés era excesivo; porque, por excelentes que sean las cualidades de miss Le Roy, por grandes que sean su fortuna y su belleza, con nada podría pagar la suerte de verse pretendida por un hombre de tu temple. Pero ¿puedo saber la razón que te ha decidido á romper tu silencio?

—¿Cómo! ¿Ignoras la desgracia que le ha sucedido á la señora Le Roy? ¿Ignoras que esa fortuna que me horrorizaba se ha desvanecido, y que, si he de dar crédito á las apariencias, Juana quedará pobre?

—¡Pobre!—exclamó Luciano como un eco.

La joven estaba profundamente conmovida. Conocía desde hacía mucho tiempo el secreto del literato, pero ignoraba el del marino.

Además, Pedro acabó su confluencia en unos términos que la turbaron más profundamente todavía.

—Sí; pobre, querido Luciano. Tal vez me creas egoísta. Pero ¿no es así la naturaleza del hombre? Amé á Juana desde el instante en que la vi; la amé con toda mi alma. Como no podía esperar la felicidad, traté de admirarla. Morir era mucho más fácil, y he estado á punto de morir.

—¡Ah! —exclamó Luciano.—¡Ten cuidado, Pedro! Voy á creer que la herida que has recibido podías haberla evitado.

—Tal vez—respondió el teniente de navío.—Pero es inútil hablar de eso. Dios tuvo piedad de mí; mi cobardía no tuvo su merecido. Vivo, y he vuelto débil y envejecido á encontrar mi sueño, ó mejor dicho, he vuelto á encontrar la causa de mi sueño, porque la adorada imagen no se ha apartado un momento de mi imaginación; y he vuelto á encontrarla para saber bruscamente que ya no me está prohibida la esperanza. Que me condene el que quiera; pero ¿quién en mi lugar no hubiera bendecido ese cambio de fortuna? Miss Juana con sus millones, estaba perdida para mí; siendo pobre, puedo amarla y esperar.

—¿Y si pudieras devolverle su fortuna?—preguntó Plessy.

—Se la devolvería inmediatamente y sin vacilar.

—Pero ¿no acabas de decirme que si fuera rica no podías pensar en ella?

—Lo he dicho, y lo repito; pero el hombre que ya se ha visto una vez en los brazos de la muerte, no pierde la esperanza de volver á encontrarla. Si Juana recobrara su fortuna, yo desaparecería de nuevo. El mundo es grande, Luciano, y el mar cubre las tres cuartas partes del globo. ¿Qué huellas deja un marino que desaparece bajo las olas?

—¡Pedro!—interrumpió Luciano.

—¡No me condenes!—respondió el teniente de navío con sorda y temblorosa voz.—¡Tú no sabes lo que la quiero! ¡Nadie en el mundo puede quererla tanto como yo!

Hubo una pausa.

Estas palabras vibraron con increíble fuerza en el alma de Juana. Sola en aquel gabinete, donde nadie sospechaba su presencia, asistía sin ser vista al drama que se desarrollaba en el salón. Aquel prolongado silencio se traducía para ella en una multitud de expresiones diferentes.

Lo que Pedro acababa de decir á Luciano no se lo había dicho nunca á ella, ni lo habría dicho jamás—él mismo acababa de decirlo—sin la intervención de las circunstancias. ¡Y cómo había reservado aquella declaración, en la cual el marino había puesto todo el sufrimiento de su prolongado martirio!

¡Un año! Un año es bien poca cosa, en apariencia por lo menos; y, sin embargo, Juana acababa de sentir como un hálito misterioso en el que iban envueltas todas las angustias, todas las penas, todas las desesperaciones de aquel año. Para Pedro, aquel año había sido abundante en acontecimientos, y hasta en acontecimientos terribles: dos viajes, una temporada en París en medio de la agitación de la

capital, una campaña, y una herida grave, casi mortal. Pero por numerosos que fueran los acontecimientos ocurridos en aquel año, más numerosos eran los dolores; y á aquellos dolores se mostraba á la sazón dando á Juana la noción de una tortura que hubiera bastado para llenar la agonía de un siglo.

Juana siguió escuchando.

Hablaba Luciano. Su voz débil, vacilante al principio, fué afirmándose poco á poco. Tornóse fuerte y vibrante, y por su acento comprendió la joven que hablaba *exabundantia cordis*. Alentaba á Pedro, le felicitaba por su elección, y elogiaba á la americana. ¡Y qué modo de elogiarla!

No era el cumplido restringido, desnaturalizado más bien por la reticencia, tal como lo prodiga el mundo; no era tampoco la hipérbole, que por su exageración se destruye á sí misma.

No; era el elogio discreto, delicado, justo, en el que cada palabra tiene su significado benévolo.

Juana escuchaba, y se sentía dominada por gran turbación: tenía el corazón oprimido por una especie de tristeza; la incertidumbre le producía un profundo malestar.

¿Cuál de aquellos dos hombres valía más? ¿Cuál era mejor, en la rigurosa acepción de la palabra?

Uno de ellos estaba dispuesto á morir sin quejarse, sin pedir nada, sin hablar siquiera; estaba resuelto á desaparecer, solamente ante la hipótesis de que su amor pudiera ser una contrariedad para la mujer amada.

El otro sabía que era amado; por lo menos, tenía buenas razones para creerlo, y, sin embargo, acallaba sus propios sufrimientos, renunciaba á la alegría de aquel amor compartido, y entregaba al ser querido al hombre que se convertía en su afortunado rival.

Y este holocausto lo realizaba sin vacilar, ensalzando los méritos de la criatura adorada, como si hubiese querido hacer más meritorio su sacrificio, como si hubiera deseado colocar en la frente de la joven la aureo'la de aquel sacrificio.

En el alma de Juana se entabló una lucha horrible.

Dos sentimientos opuestos combatían en su corazón.

Juana había amado á uno de aquellos hombres; le había amado con toda la pasión de que era capaz. Á la sazón ya no le amaba: se había extinguido la llama de su amor; pero la cuestión permanecía en pie. Si Luciano hubiese sido libre en aquel momento, si la hubiese pretendido al mismo tiempo que Pedro, ¿no le hubiera ella preferido á otro cualquiera?

Al otro no le había amado; no le amaba, ni aun después de oír su conmovedora confesión. Pero era libre, su amor era de los que honran, y que por su nobleza y su intensidad obligan á la mujer á entregar su corazón.

¿Cómo sabría Juana cuál era su deber? ¿Cómo escoger?

Ni siquiera podía escoger, puesto que de aquellos dos hombres sólo uno podía hablar de su amor, y que las circunstancias condenaban al otro al silencio y al martirio.

Pero ¿tenía Juana derecho á decidirse, á aceptar aquella renuncia, á presenciarse aquel dolor? ¿Podía tender la mano á Pedro diciendo á Luciano: «Ya lo ve usted; he tomado un partido. Aunque usted sufra, yo comienzo por asegurar mi propia dicha, por alegrarme de sus penas: si entre nosotros ha habido juramentos, ya están revocados por el hecho de ser culpables. No soy perjura; sólo soy razonable.»

Suponiendo que este lenguaje hubiera sido real, y no simplemente traducido por actos, el mundo no hubiera podido menos de aprobarlo. Este lenguaje no hubiera sido otra cosa que la enunciación del deseo de una mujer honrada de recobrar su libertad reparando el error de un momento; error bien insignificante, después de todo, y que había sido causado por ignorar el estado del hombre á quien se inclinaba su corazón.

La lógica y la moral estaban de acuerdo para inducir á Juana á que sin más miramientos se libertara de un recuerdo molesto.

Pero Juana era demasiado noble, demasiado leal para hacer lo que otras muchas hubieran hecho: repugnaba aprovecharse de una situación ambigua; no quería que Luciano la juzgara como una criatura indigna de su consideración; no quería, en fin, salir de la aventura á favor de una absolución tácita. Deseaba conservar el aprecio de todos, y especialmente el de Luciano: el literato era demasiado grande para que la joven consintiera en perder su estimación.

En la literatura francesa hay un tipo de nobleza de alma verdaderamente digno de las más elevadas concepciones. Este tipo es el de Paulina, colocada entre el amor de Polinto y el de Severo. Juana, en cierto modo, estaba en una posición análoga á la de la heroína de Corneille.

Pero para el que sólo considerara las dificultades de aquella situación, Paulina salía ganando en la comparación. La esposa de Polinto, en efecto, estaba guardada por su fidelidad conyugal. Cuando el elegido de su corazón, á quien había creído muerto, aparece ante ella, Paulina sólo tiene que luchar contra la humillante hipótesis de una falta, y al proponerse seguir siendo la esposa constante del mártir cristiano, no hace más que perseverar en la virtud.

Para Juana, la dificultad era mayor.

Todavía era libre. De ella dependía la desgracia ó la felicidad de dos hombres. Al hacer la felicidad del uno, pronunciaba la sentencia del otro. ¿Qué decidiría?

Todas estas reflexiones se resumieron en una resolución casi violenta.

—No—se dijo;—no asumiré esta responsabilidad; no causaré la desesperación de un hombre de corazón, cuya única falta ha sido amarme. Á mi me corresponde desaparecer.

Levantóse bruscamente del sofá en que estaba sentada. Le había parecido oír ruido de pasos cerca del gabinete; pero se había equivocado: los pasos se oían en el salón. La conversación había terminado, y los dos interlocutores se respiraban.

Juana esperó algunos instantes. Luego, como pa-

saba el tiempo y Ana no volvía, la joven se decidió á marcharse.

Después de todo, ¿para qué iba á prolongar su visita? ¿No acababa de resolver la cuestión que tanto la preocupaba algunas horas antes? Puesto que estaba arruinada, ¿qué tenía que hacer en Francia? ¿No era preferible desaparecer, volver á América, en donde las muchachas se casan sin dote, según la costumbre sajona? Allí, por lo menos, puesto que su corazón no se había interesado aún seriamente, podría aceptar el cariño de un hombre de corazón, á menos que, perseguida por sus recuerdos, prefiriera conservar su libertad.

Juana hacía estos proyectos sin pensar en el cariño que la señora Le Roy profesaba á Francia. ¿No tienen las pobres madres el deber de sacrificarse por sus hijos?

Juana se puso el sombrero y el abrigo ante el espejo del gabinete; luego, como conocía muy bien la casa, después de escuchar por segunda vez junto á la puerta, salió rápidamente de la habitación.

No encontró á ningún criado.

Sin embargo, quería decir que se marchaba.

Cuando pasaba por delante del salón, vió la puerta entreabierta. ¿Estaría allí algún criado? Empujó la puerta, y entró bruscamente, sin notar que una persona se había puesto de pie para saludarla.

Pero inmediatamente advirtió su aturdimiento.

—¡Señor Flessy!—exclamó sin poder disimular la alteración de su voz.

Luciano la saludó en voz baja, tan emocionado como ella, pero por otros motivos.

Juana dominó en seguida su emoción.

Las circunstancias le proporcionaban la oportunidad que buscaba unos momentos antes para tener la leal explicación que deseaba. Si no le faltaba valor iba á poner término al doloroso equívoco que tanto la hacía sufrir desde hacía más de un año.

—No sabía que estaba usted aquí—dijo resueltamente.—Tal vez no hubiese entrado si lo hubiera sabido; pero me alegro mucho de encontrarle. Desde hace más de un año tenemos que cambiar algunas palabras que las circunstancias no nos han permitido pronunciar.

Luciano se inclinó respetuosamente, con el aire de un hombre que comprende á media palabra.

Y comprendía, en efecto: comprendía que el desenlace se acercaba, que había llegado el momento de la última explicación. Esperó á que Juana hablara con la garganta oprimida y las sienes bañadas en un sudor frío.

—¿No sabe usted lo que nos ha sucedido hace pocos días? Estamos arruinadas.

Luciano hizo un esfuerzo y pudo responder:

—Acabo de enterarme. Me lo ha dicho Harscoet, y Juana le interrumpió:

—No nos compadezca usted; ó mejor dicho, compadezca sólo á mi madre, aunque la pobre se resigna casi alegremente con este accidente. Yo, por mi parte, casi estoy tentada de alegrarme. Me ha devuelto la libertad privándome del desagradable presagio de una fortuna que no solamente me perjudica

ba á los ojos de los demás, sino que cegaba mis propios ojos. Ahora yo estoy en plena posesión de mí misma; ya estoy en el pleno goce de mi inteligencia, y el primer empleo que he hecho de esta inteligencia regenerada ha sido considerar la vida bajo nuevos aspectos. ¿Tendré que añadir que inmediatamente he podido apreciar mejor á los amigos verdaderos y la delicadeza de sentimientos con que me han honrado las familias que he conocido en Francia? Usted es del número de esos amigos, Plessy, y he tenido mucho gusto en decírselo antes de marcharme de Francia.

Luciano se estremeció bruscamente, y la joven, á pesar de la oscuridad de la habitación, le vió palidecer.

—¿Antes de marcharse de Francia?—preguntó el joven con voz ahogada.—¿Se va usted?

—Eso pensamos, por lo menos—replicó Juana vacilando.

Luciano observó aquella vacilación, y pensó que tal vez el proyecto no estuviera completamente decidido.

Hizo un esfuerzo para dominar la alteración de su voz, y preguntó:

—¿Me permitirá usted que le diga que no creo que esa resolución sea definitiva?

—No: no es definitiva; pero me parece que eso es lo mejor que podemos hacer. Francia es un país muy extraño, Plessy, y París es el resumen de Francia. Entre sus numerosas buenas cualidades, los compatriotas de usted tienen un defecto: no saben acostumbrarse á la desgracia de los que los rodean, y si acogen como personas de corazón al hombre á quien han conocido pobre y que persevera en su pobreza, se alejan fácilmente del rico que pierde su fortuna. Nosotras podemos hablar por experiencia de esta versatilidad del carácter francés.

—Juana—dijo gravemente Luciano,—¿será preciso que yo excluya de esa regla general á todas aquellas personas que la han estimado á usted por sus cualidades personales y sin pensar para nada en su fortuna?

—No, señor; no es necesario: ya se lo dije á usted.

Entonces se animó el diálogo. Luciano había recordado su presencia de ánimo, y combatió con insistencia el proyecto de la joven; pero en la serie de sus argumentos advirtió Juana inmediatamente que no daba la verdadera razón.

Parecía que Juana llevaba la mejor parte en la discusión. Entonces el literato añadió:

—En fin, Juana; dispense usted que invoque este argumento. ¿Está usted segura de que al marcharse de Francia no dejará usted tras sí crueles pesares? Y me sirvo de la palabra «pesares», sencillamente para no tener que recurrir á otro término. ¿No ha advertido usted en torno suyo algunas respetuosas esperanzas que nunca han contado con los millones de usted?

Juana se equivocó acerca del sentido de estas palabras, y cambió de color. ¿No aludía Luciano al secreto de ambos? La joven respondió evasivamente:

—No sé á qué esperanzas se refiere usted. Yo no he

dado esperanzas á nadie; ¡á nadie! Y si he de serle franca, diré que mi deseo de marcharme de Francia se funda principalmente en el temor de inspirar semejantes esperanzas.

Él fué más perspicaz que Juana, y comprendió que la joven se equivocaba.

Con mucha dulzura, con las precauciones que emplean las madres al hablar á sus hijos, aludió al profundo amor de Pedro. Defendió la causa del marino con tal entusiasmo, que la joven se equivocó por un



Le pareció que la voz de Luciano temblaba al responder. (Página 58.)

instante, y creyó que Luciano estaba curado también, que ya no le hacía sufrir su herida.

El literato se dió cuenta inmediatamente del efecto producido, del resultado obtenido.

Juana le miraba con ojos brillantes, que atestiguan la salud de su alma. La joven no había tenido nunca remordimientos propiamente dichos; pero había experimentado ese malestar que produce siempre la duda sobre la moralidad de una acción. Á la sazón terminaba la duda. La joven estaba como una

enferma que en plena convalecencia respira con más libertad y no se cansa del aire puro que absorben sus pulmones.

Para completar el buen efecto de sus palabras, Luciano sacó del bolsillo una cartera, y de la cartera, un sobre cerrado que ofreció respetuosamente á Juana, diciéndole con una voz cuyo temblor no pudo disimular:

—Para demostrar á usted que haría mal en marcharse, permítame que le devuelva un objeto que por una inadvertencia de usted poseo desde hace algún tiempo, y que no he tenido ocasión de entregarle antes. Tenga usted la bondad de dispensarme, y crea que ha oído mucho tiempo que tenía intención de hacer lo que ahora hago.

Juana se apoderó del sobre con mayor viveza de lo que hubiera querido. Aquel apresuramiento parecía revelar un temor repentino, ó por lo menos, una sospecha.

Pero inmediatamente, por uno de los movimientos espontáneos ordinarios en ella, y que eran propios de su natural generosidad, tendió las dos manos al joven, diciéndole con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Es usted admirable! ¡Vale usted mucho más que yo!

En aquel instante supremo Luciano no flaqueó; permaneció digno de él y digno de ella. Ni con una palabra ni con una presión más dulce dió á entender á la joven que aún duraba el antiguo sentimiento, y que ella era la única que había pecado, por aturdimiento primero, por egoísmo después.

Pero lo que Luciano no dijo, lo que no revelaron sus palabras, lo comprendió, ó mejor dicho, lo sintió Juana. Profundamente turbada salió del salón, y se alejó sin volver la cabeza.

XIII

Pasaron dos días antes de que Juana, muy alterada por aquella brusca emoción, recobrarla la presencia de ánimo necesaria para reflexionar sobre los acontecimientos que acababan de desarrollarse. Su perplejidad era muy grande, su vacilación, continua y muy fácil de explicar.

Poco á poco se calmó toda aquella agitación, y Juana se atrevió á examinar su situación á sangre fría. En cuanto volvió á su casa examinó el contenido del sobre que Luciano le había entregado. Era, efectivamente, su carta, su terrible carta, la prueba de su momentánea debilidad, la pieza de convicción de que otro hombre que no hubiera sido un caballero, habría podido servirse para tenerla siempre á su merced.

Juana no pudo disimular su alegría al ver la carta. Una vergüenza espontánea le impidió leerla de nuevo. La naturaleza humana huye siempre de todo lo que puede parecerse á una falta, y procura borrar hasta sus huellas. Juana consideraba aquella resurrección de lo pasado como una deshonra, aunque sus lágrimas y sus torturas morales hubiesen bastado para redimirla.

Después, el segundo movimiento de su alma fué echarse en cara aquella alegría, como si fuera una condescendencia á una satisfacción culpable. Se convenía por haber pensado mal de Luciano, que era tan noble, tan grande, tan caballeroso.

Las reconvencciones que Juana se dirigió á sí misma, la hicieron sufrir cruelmente.

Su tercer estado de alma fué una incertidumbre casi tan cruel como su remordimiento.

Las circunstancias más inesperadas, una casualidad, como vulgarmente se dice, le había revelado el amor de Pedro del Harscoet, y Juana se preguntaba si debía y si podía aceptar aquel amor. Juana no se veía digna de él, puesto que no sentía hacia el leal marino nada que se pareciera al amor; pero al mismo tiempo se consideraba muy honrada, casi humillada por haber despertado semejante sentimiento en el corazón de Pedro.

Siempre el elevado concepto que Juana tenía de la lealtad y de la rectitud atormentaba su espíritu. Experimentaba como una necesidad de no conservar nada del anterior equívoco, de desembarazarse del odioso secreto, aunque fuera á costa de una confesión.

Pero en tanto que el alma aspira á semejante purificación, la voluntad no secunda resueltamente estas aspiraciones. La humildad, que debe empezar por someterse á una humillación, no es una virtud fácil de practicar. Puede suceder que en la angustia de un instante de agudo sufrimiento, bajo el imperio de una pasión vehemente, el corazón venza las resistencias del orgullo; pero pasado este instante, la resolución se debilita, la voluntad pierde la fuerza de una energía tanto más ficticia cuanto que es irreflexiva, y retrocede uno ante la humillación que le espera.

Juana estaba indecisa, turbada, aterrorizada. Como era natural, la hipótesis de su viaje se ofrecía á su espíritu con todas las ventajas de un recurso que descartaba los términos del dilema que se planteaba en su espíritu. Y á cada momento, á cada instante sentía disminuir el valor necesario para realizar aquel acto de voluntad.

Marchar, sí; marchar. No veía más que aquel medio.

Era un medio violento. La americana había ido alejándose de su país natal, poco á poco, sin darse cuenta de ello, para consagrarse por entero á la antigua patria, á la patria de su padre. Pero antes que verse obligada á hacer una confesión pública, antes de hacer una confesión que destrozaría el corazón de un hombre honrado y valeroso, antes que engañar á aquel hombre haciéndole creer en la posibilidad de un amor correspondido, prefería desaparecer, refugiarse en el olvido, contando con la ayuda de Dios para curar su alma, al mismo tiempo que las heridas, mucho más dolorosas, que había inferido sin querer á aquellos dos seres igualmente dignos de simpatía que habían tenido la desgracia de encontrarla en su camino.

A la sazón acudían á su alma consoladores pensamientos religiosos, un sentimiento de profunda

sincera piedad. Juana se acusaba de haber amado al mundo demasiado, de no haber practicado las místicas obligaciones del alma, de no haber sabido buscar un refugio en la práctica, en el ejercicio de las cosas santas; y dominada por su exaltación, estaba dispuesta á marcharse. Cuanto antes, mejor.

Por fin amaneció el tercer día, y cuando Juana despertó se quedó sorprendida al experimentar una especie de tranquilidad tras las violentas tempestades que acababan de atormentarla. La calma sucedía á la tormenta que se había desarrollado en su conciencia. Juana encontraba agradable la vida; la dulzura de su alegre juventud le pareció más grande, y comprendiendo al fin el papel dominante, pero peligroso, que la imaginación había representado hasta entonces en su existencia, resolvió prever con mucha anticipación las consecuencias lógicas de los hechos que no podía evitar, las amenazas que no podía conjurar.

La señora Le Roy entró en la alcoba de su hija en el momento en que la joven estaba acabando de vestirse.

Aunque el brusco cambio de su situación la había apenado mucho, la anciana había acabado por resignarse con su ruina. Después de todo, todavía le quedaba lo suficiente para vivir más que con modestia, y, por otra parte, la colosal opulencia que había poseído no la había sido nunca de ninguna utilidad. Sentía su ruina sólo por sus hijos. La experiencia de los hombres y de las cosas la había hecho indiferente á los cambios de la fortuna, y tenía demasiado presente el recuerdo de los primeros años de su vida, llenos de dolorosas privaciones, para asustarse por una vida mucho mejor, aunque menos esplendorosa.

Pero aquella mañana las facciones de la yankee no expresaban resignación, sino una gran alegría que se traslucía en su actitud, en sus palabras y hasta en sus gestos. Al ver á su madre tan alegre, Juana imaginó que había sucedido alguna cosa muy agradable, que tal vez hubieran recuperado su fortuna.

La señora Le Roy no tardó mucho en satisfacer la curiosidad de su hija. Cogió una butaquita y se sentó tranquilamente ante la ventana entreabierta, por la que penetraba un rayo de sol.

—*Darling*—dijo,—tengo que darte una buena noticia.

—¿Una buena noticia?—exclamó Juana sin tratar de disimular su asombro.

—Sí; una noticia muy buena. Anoche me pidieron tu mano por tercera vez.

Se explicó. La familia Lantoir había venido tres veces á pedir la mano de Juana. Ana fué la primera; después, Pedro, y por último, el Marqués. La señora Le Roy había dado la misma respuesta á los tres; es decir, que se consideraba muy honrada con ello, pero que su hija era la que tenía que dar su consentimiento.

—Á ti te corresponde decidir, Juana—añadió la anciana.—Convendría que lo hicieras cuanto antes.

Entonces la joven besó á su madre cariñosamente, y sonriendo, sin pensar siquiera en hablarla de las probabilidades de un viaje, replicó:

—Mamá, escribe hoy mismo á los marqueses del Lantoir que tendré mucho gusto en recibir la visita de Harscoet.

Mistress Roy se sentó ante su escritorio de palo de rosa, y redactó una carta bastante incorrecta en cuanto á la sintaxis y la ortografía francesa, pero muy cariñosa y muy amable.

La respuesta no se hizo esperar. Ana fué aquella misma tarde.

Encontró á Juana sonriente y resuelta, y la manifestó efusivamente su gratitud.

—¡No sabe usted misma lo buena que es!—dijo.—Pedro está tan contento, tan emocionado con su dicha, que no se ha atrevido á venir hoy; no sé si vendrá mañana. Mi hermano tiene un carácter muy extraño, y tenía desagradar á usted; pero, puesto que no es así, indudablemente, serán ustedes muy felices en su matrimonio. Yo me alegró mucho; estoy contentísima al pensar que pronto será usted mi hermana.

Siguieron hablando alegremente. Desde que había tomado su resolución, Juana sentía el alma libre de un peso abrumador. Respiraba con más libertad, y, sin embargo, las preocupaciones de lo pasado ensombrecían á veces sus pensamientos. Con la misma amargura renacía el deseo de una absolución concedida por el amor. Juana se decía en el fondo de su corazón, que si Pedro le concedía el perdón necesario, sentiría hacia él el verdadero amor, no una simpatía vulgar y mal definida.

El resto de la tarde lo emplearon en hacer varias visitas. Fueron á casa de Marta Plessy, á la cual encontraron seria y grave, como si tuviera un gran secreto; pero al mismo tiempo, muy cariñosa. Le comunicaron la buena noticia, y Marta se alegró mucho al enterarse de lo ocurrido, recordando que ella había trabajado para la celebración de aquel enlace, y casi atribuyéndose la iniciativa.

Al día siguiente no ocurrió nada. Después de las pasadas emociones, la antigua preocupación volvía á apoderarse del alma de Juana. Volvió á acordarse de Luciano y de su noble desinterés, y la tristeza recobró sus derechos.

Pedro no parecía, y Juana sentía una especie de despecho.

Ciertamente, sabía que era amada: había oído confesar su amor al teniente de navío en la conversación entre éste y Luciano; pero le parecía que Pedro era un enamorado demasiado tímido. Juana deseaba que se presentara, que le declarara su amor. Las mujeres son mucho más impacientes que los hombres sobre este particular, tal vez porque no tienen que hacer más que responder, que defenderse, mientras que el papel del hombre es atacar y pedir.

Al fin tuvo lugar la entrevista tan deseada y al mismo tiempo tan temida.

Se verificó, no en casa de la señora Le Roy, como hubiera sido lo natural, sino en el hotel de Lantoir, en aquel jardín sombrío rodeado de altas tapias, tan grato al carácter melancólico de Pedro. La entrevista tuvo lugar sin preparación alguna, y se mantuvo en los términos de una conversación sincera y natu-

ral. Fué una sorpresa, una revelación para la americana, pues la enseñó á distinguir el lenguaje del corazón de la charla de la imaginación.

La escena se desarrolló con la pureza y con la poesía de un idilio.

Juana había dejado el sombrero y el abrigo en el cuarto de la Marquesa, y atraída por la fragancia de las rosas encarnadas y amarillas que se abrían á lo largo de las tapias, bajo el único rayo de sol que filtraba por entre los árboles, bajó al jardín con las manos desnudas y las mangas recogidas, dejando al descubierto sus lindos brazos.

Hacía unos instantes que estaba empeñada en cortar una rama cuajada de hermosísimas flores, pinchándose con las espinas, que hacían brotar de sus afilados dedos rojas gotitas de sangre, cuando se abrió la puerta vidriera de la escalinata y Pedro apareció en el umbral.

Había visto á Juana, y se dirigía hacia ella.

La joven le miraba con ojos de asombro, como si le viera por primera vez.

El marino aún estaba delgado; pero la palidez producida por la enfermedad había desaparecido de su rostro. Ya no quedaba más que las huellas del sol y del Océano, que acentuaban la energía de aquellas facciones, tan noblemente viriles en su tranquila serenidad.

Desde que le conocía, acaso fuera aquella la primera vez que le encontraba guapo.

Sin embargo, le parecía recordar una impresión semejante. Sí, en efecto; los recuerdos se iban precisando. No eran tan lejanos, no hacía de aquello más que un año. Juana recordaba que Pedro le había parecido muy guapo allá en Bretaña, durante aquella tempestad en la costa del Morbihan, cuando estuvo á punto de perecer. Aquel día Juana había creído ver una criatura sobrehumana, un hombre transfigurado por el heroísmo, que no había escuchado más que su arrojo para salvarla de una muerte cierta.

¿Su arrojo? Juana sabía á la sazón que era preciso dar otro nombre al valor de que Pedro alardeó en aquella ocasión. Le había guiado el amor; aquel amor profundo y constante que había guardado en su corazón durante tanto tiempo sin darlo á conocer, sin decir una palabra. Y lo que á Juana le parecía más hermoso en la acción del marino, era que la hubiera realizado sin ser impulsado por ningún móvil de interés humano, cuando él mismo se negaba toda esperanza. Aquel hombre que solicitaba su mano cuando sabía que estaba arruinada, le parecía muy grande, de una grandeza asombrosa.

Pedro se acercó, muy resuelto al parecer. Pero Juana, que le esperaba tranquila y sonriente, vió que cambiaba de color, que en aquel corto trayecto se debilitaba su resolución. Juana adivinó que el joven no se atrevía á hablar, que se detendría al empezar la confidencia si ella no le ayudaba un poco.

Dió un paso hacia el marino tendiéndole la mano. La del joven ardía; tenía un calor febril. Juana se asustó, y quiso tranquilizarle inmediatamente.

—¡Oh! ¡Qué pálido está usted!—dijo alegremente.

—Diríase que está usted temblando. ¿Tengo yo la culpa de esa turbación? ¿Sabe usted que me han dicho que tenía usted que decirme una cosa?

Juana le atacaba en sus trincheras. Aun suponiendo que el joven vacilara todavía, la bella americana le obligaba á hablar. Ya no podía retroceder; pero las palabras de la joven le reanimaron, le devolvieron toda su presencia de ánimo.

—No la han engañado, Juana—respondió casi alegremente.—Tengo que decir á usted una cosa; tengo que pedirle perdón y un consejo.

—¿Perdón y un consejo?—exclamó ella muy sorprendida.

Aquellas palabras la confundían. ¿Qué entendía Pedro por «consejo» y por «perdón»? Estaba impaciente por saberlo.

El joven se explicó, no sin timidez, con esa delicosa torpeza que tanto agrada á las mujeres.

—Juana—dijo,—¿me permite usted que empiece por pedirle el consejo?

—Usted sabe mejor que nadie lo que tiene que decirme—replicó ella.—Así, pues, á usted le será más fácil decir lo que desea que á mí adivinarlo. Hable usted: le escucho.

Pedro procuró tranquilizarse. Después empezó una serie de preguntas bastante parecidas á las de los juegos de prendas.

—Veamos—dijo el joven;—¿qué consejo daría usted á un amigo ó á una amiga que se encontrara en una situación ambigua, en una situación tal que tuviera que elegir entre el sacrificio de sus propias esperanzas y la posibilidad de desagradar á la persona de quien dependiera que sus esperanzas se cumplieren?

Juana no pudo menos de sonreír. Si la pregunta era delicada, había sido formulada en términos extraordinariamente oscuros. Á decir verdad, el corazón de la joven poseía la perspicacia necesaria para adivinar que los datos del problema eran precisamente el amor que había inspirado á Pedro; pero su perspicacia alcanzaba á adivinar el pensamiento y los sentimientos del marino con más facilidad que la obscura frase con que acababa de formular su pregunta. Juana respondió, pues, con exquisita sencillez:

—Dispense usted, Harscoett; pero permítame que le diga que esto es un verdadero logogrifo. ¿No podría usted plantear el problema con más claridad?

Pedro se ruborizó como un niño. Él mismo estaba convencido de que no había sido claro; pero explicándose con mayor diáfandad, se exponía á descubrir su secreto desde las primeras palabras. Ahora bien; el joven quería precisamente defender su secreto hasta el último momento, sin sospechar que Juana lo conocía desde hacía mucho tiempo.

—Procuraré explicarme mejor—replicó.—Suponga usted que un amigo de usted cifre toda su felicidad en el consentimiento de una persona que ignora cuanto es su poder y que tal vez su felicidad no constituya la del ser de quien depende: ¿aconsejaría usted á ese amigo que intentara la prueba pidiendo

formalmente una contestación que podría desvanecer sus esperanzas?

Ya no era posible dudar. Juana respondió cariñosamente:

—No está todavía muy claro; pero, sin embargo, ya he comprendido. Pues bien; puesto que me pide usted un consejo, le diré claramente que yo aconsejaría á ese amigo que procurara enterarse de si la persona de quien dependía su dicha no le era hostil.

—Esa es precisamente la dificultad. ¿Cómo saberlo?

—Eso no es cuenta mía; sería cuenta de mi amigo, y á él le corresponde averiguarlo.

—Pero—replicó Pedro, que iba envolviéndose con la conversación—¿y si no tiene medios de averiguarlo?; ¿y si sólo puede juzgar por las apariencias?

—Las apariencias engañan muchas veces: así se lo diría á mi amigo. Fíjese usted bien. Á lo mejor, un rostro que intimida á primera vista nos da ánimos la segunda vez que lo vemos.

Juana dijo esto con una seductora sonrisa, que llenó de alegría el corazón del marino.

—¿De modo—profririó muy conmovido—que usted le aconsejaría que se acercara directamente al peligro?

—Sí—dijo Juana,—porque muchas veces el peligro sólo existe á distancia.

Después añadió haciendo un gestecillo delicioso:

—Usted, por ejemplo, Harscoet, cuya carrera no es otra cosa que una perpetua lucha contra el peligro, vacilaría en seguir mi consejo?

Juana le obligaba á hablar claramente. Pedro, abrumado por su indecisión, permanecía con la cabeza baja y sin atreverse á levantar los ojos.

Por fin los levantó, y la vió tan bella, tan tentadora con su sonrisa provocativa, que su timidez se convirtió bruscamente en una especie de audacia.

—Y si el hombre de quien hablo—dijo Pedro,—si el supuesto amigo fuera yo, y el ser de quien depende mi felicidad fuera usted, ¿diría usted lo mismo?

—¿Por qué no?—replicó la joven.—¿Sabe usted que no ha estado usted muy amable conmigo al considerarme como un peligro? Tal vez debía guardarle algún rencor.

Pedro se inclinó palideciendo. No podía hablar; sentíase abrumado por tanta felicidad.

Por fin recobó las fuerzas, y con esa voz débil que tienen los enfermos al salir de la crisis dijo:

—¡Tenga usted cuidado, Juana! Me concede usted una autorización; me alienta usted á contarle toda mi vida, y tal vez no le interese.

Juana había terminado de cortar las rosas. Sacudió los dedos para que cayeran al suelo las gotitas de sangre, y le tendió la mano afectuosamente.

—Al contrario, Pedro—dijo,—me interesa mucho.

¿Cree usted que he olvidado el lugar que he ocupado en esa vida cuando la mía estaba en peligro?

Esta delicada alusión al drama de Pen-Happ causó una impresión deliciosa en el corazón del marino.

—¡Oh!—murmuró.—¿Todavía se acuerda usted de

un acontecimiento de tan poca importancia? ¿Le interesó á usted verdaderamente?

Pedro estrechaba la manecita de la joven. Juana la retiró sonriendo.

—¡Qué si me interesó! ¡Dios mío! ¡Es usted verdaderamente extraordinario! ¿Hay algo más interesante para un ser humano que la conservación de su existencia? Un ahogado, á quien vuelven á la vida, debe encontrarla agradable y profesar una gratitud inmensa hacia su salvador. Eso me sucedió á mí, ó poco menos, Pedro. ¿Llama usted á eso un acontecimiento sin importancia?

La frente del marino se obscureció ligeramente.

—Entonces, le interesa á usted mi historia solamente por gratitud?

Juana se puso seria, y mirándole cara á cara replicó:

—La gratitud sólo dominó en el primer momento de nuestra amistad, Harscoet; después surgió una simpatía espontánea, natural.

—Y—preguntó Pedro vacilante y turbado—si yo encontrase esa simpatía demasiado... general, demasiado... indiferente, ¿me consideraría usted exigente? ¿Se disgustaría usted porque yo ambicionara una felicidad más completa, más grande, más mía?

Juana veíase ante el problema que la torturaba desde hacía tanto tiempo. En la acepción rigurosa de la palabra, no podía llamarse «amor» el sentimiento que Pedro le inspiraba.

El marino comprendió su turbación, y añadió dulcemente:

—He sido indiscreto é imprudente. No me responda usted.

Estas sencillas palabras conmovieron el corazón de Juana, que sintió una extraña emoción.

—¿Por qué me dice usted eso?—preguntó.

Entonces Pedro se explicó, ó mejor dicho, dejó hablar á su amor, y la joven sintió su alma arrullada por un canto de amor de acariciadora suavidad. No era la primera vez que oía aquel lenguaje del amor, lleno de conmovedoras vibraciones. En otra circunstancia, en una circunstancia horrible, había escuchado la declaración de otro hombre; es más, había correspondido á aquella declaración.

Pero á la sazón las palabras de Pedro tenían un acento extraño, lleno de mansedumbre y de tristeza; parecían á la joven que cada una de las palabras del marino tenía una significación distinta á la que ella les daba ordinariamente, que Pedro experimentaba una emoción profunda, producida por la pasión y el dolor contenidos.

Juana sintió que enrojecía ante la tranquila mirada del marino. Le faltaba muy poco para amarlo, y la singular emoción que en aquel momento la embargaba no se parecía á ninguna de las que hasta entonces había experimentado. Sentíase como envuelta por una atmósfera tibia y penetrante que fundía el hielo de sus temores, que la invitaba á formular la confesión por medio de la cual quería hacerse perdonar un pasado que entristecía sus recuerdos.

Estaba dispuesta á hablar: él le necesitaba en cierto modo; pero no tuvo tiempo.

—Juana—dijo Pedro,—tal vez tenga usted derecho á pedirme una prueba del sentimiento que me he atrevido á confesarle. No me pide usted esa prueba; pero yo quiero dársela. Cuando he hablado á usted de lo mucho que he sufrido, no le he dicho la verdadera causa. Voy á decírselo á usted.

Juana bajó los ojos. Temblaba; el instinto le advertía que Pedro iba á decirlo todo y que de lo que él dijera dependía el destino de su existencia. ¿Tendría la fuerza necesaria para la confesión que quería hacer? Si no la tenía, se separarían para siempre, porque Juana comprendía que en lo sucesivo su voluntad estaría encadenada por el orgullo.

Pero Pedro la salvó otra vez del peligro.

Estaban solos en el jardín, ocultos por los arbustos. Pedro la cogió una mano, y estrechándosela cariñosamente le dijo:

—Juana, he sufrido tanto, que quise morir; y quise morir, porque, sin querer, sorprendí el secreto de usted.

—¡Ah!—suspiró la joven dolorosamente y sin intentar defenderse.

—Sí—continuó Pedro,—sorprendí su secreto. Nadie lo supo más que yo. Lo guardé en lo más íntimo de mi dolor, con el mismo cuidado que si hubiese sido mío. Le guardé mejor que usted, Juana; pero, afortunadamente, nadie más que yo ha adivinado, nadie ha comprendido su turbación y su angustia. ¡Oh! ¡No le echo nada en cara! Desde el primer instante comprendí que esa enfermedad no duraría mucho; comprendí que se curaría usted antes de lo que usted esperaba. Pero no por eso sufría menos; porque pensaba que nadie podría ocupar en su corazón el lugar que usted había concedido á otro hombre. Sé que es usted tan altiva y tan noble, que inmediatamente me dije: «Cuando ese corazón se desengañe, ya no sentirá ningún cariño.» Á pesar de eso, como quien ama como yo la amo á usted no puede ni quiere desesperar, seguí amándola en silencio. Si usted hubiera seguido siendo rica, no hubiese dicho una palabra de mi amor. Hoy que ya lo conoce usted, que usted misma lo alienta, no me hago ninguna ilusión sobre el estado de su corazón, ni sobre el cariño que puede concederme en cambio.

—¡Pedro!—exclamó la joven, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas, atreviéndose á mirarle por la primera vez.

El joven bajó la cabeza sonriendo con melancolía.

—No—replicó;—no me equivoco, y lo digo sin ninguna amargura. No me quiere usted. No tome á mal mis palabras. No me ama usted en el sentido misterioso y embriagador de esta palabra que expresa tanto sufrimiento como felicidad. Me acepta usted por amistad, por simpatía; le soy á usted menos indiferente que otro cualquiera, y nada más.

—¡Calle usted!—interrumpió la joven sollozando.

—¡Bah! ¿Qué importa—prosiguió el marino,—si yo me contento con eso: Mi felicidad es tan grande, que no me parece demasiado cara, aunque me cueste renunciar á su cariño, con tal solamente que en lo que

á usted se refiere, no haya ni la sombra de sacrificio en el don que me hace de sí misma.

Juana tuvo un momento de adorable espontaneidad.

Apartó vivamente su mano de la del oficial, y le tapó la boca.

—¡Cállese!—dijo.—¡Cállese! La verdad es que no podía prever que me obligara usted tan fácilmente á entregarme. ¡Señor adivino, no tenga usted la menor duda! Desde este momento, por grande que sea su cariño, no será mayor que el mío.

—¿Lo cree usted así?—preguntó el joven.—Yo no lo creo, Juana; pero si alguna vez se le ocurre que esa duda puede hacerme sufrir, tranquilícese usted pensando que tengo más de lo que merezco. Sólo pido á Dios que me permita amar á usted siempre.

XIV

Hacia cerca de un mes que la familia de Lantoy y la de Le Roy se habían marchado al Morbihan. Las relaciones de Juana con Pedro de Harscoet eran ya oficiales, y nadie podía encontrar censurable que los dos novios se vieran en la casa del Marqués. Además, la bendición nupcial iban á recibirla en Vanes. Desde hacía algún tiempo corría un rumor que todavía no se había confirmado. La ruina de las dos americanas no era tan completa como ellas habían creído. Á fuerza de habilidad y de energía, el hermano de Juana, que seguía en los Estados Unidos, había conseguido cortar las alas á la mayor parte de los millones que querían levantar el vuelo. Todavía le quedaban unos treinta á la riquísima heredera, y Pedro, que había aceptado la famosa herencia de Juan Le Roy para poder devolver á su mujer parte de su perdida fortuna, era otra vez el más pobre. Afortunadamente, era demasiado tarde para que pudiera renunciar al proyecto de matrimonio, conocido ya por todo el mundo. Resignóse, pues, á ser rico, y miss Le Roy se burló cariñosamente de su «mala suerte».

—¡Vamos, Pedro; todavía estás á tiempo! Aún no has pronunciado el sí sacramental. Todavía puedes retirarte honrosamente.

Pedro, hechizado, besó la mano que ya nadie le disputaba.

En París, desde su última entrevista con Juana Luciano Plessy estaba muy triste.

Había cumplido con su deber sin vacilar, sin flaquear en su resolución un solo instante. No había dudado adivinar sus sufrimientos. Su conciencia estaba tranquila; pero no sucedía lo mismo con su corazón. ¡Pobre corazón! Sangraba por todos sus poros, y el literato no tenía más remedio que confesarse que para él, ¡ay!, las terribles palabras de su promesa eran atrozmente ciertas.

«¡Siempre tuyo!» ¡Sí; de Juana para siempre. Aquella llamarada de amor que le había cegado, que los había cegado á los dos en un minuto de locura, le abrasaba todavía. Sentía las dolorosas quemaduras en lo más íntimo de su ser, y, por más que

fuerzas que hizo para ocultar su dolor, le fué imposible disimularlo por completo.

Desde la funesta confesión que le abrió los ojos, Marta adivinaba los sentimientos de su marido.

¡Qué cambio tan profundo, tan absoluto se había efectuado en el alma de la joven! Ya no quedaba en ella nada de la criatura frívola y egóista que había conocido Luciano y de la que se había alejado. Preciso era que sus ojos estuvieran demasiado ocupados en la contemplación de su propia desgracia para que no advirtieran la transformación de su mujer.

Marta no salía ya; vivía en su hogar, introduciendo en él mil modificaciones que no dejaban de sorprender á Luciano el día que sus ojos volvieron á ver los seres y las cosas que le rodeaban.

Hubiérase dicho que la joven preveía muy próximo aquel momento, que vivía en espera de algún acontecimiento venturoso, de una de esas crisis saludables que salvan la felicidad de los matrimonios, así como ciertas metástasis sacan á los moribundos del trance fatal.

Entretanto, Luciano no veía nada; sus ojos permanecían obstinadamente cerrados.

Desde el día en que en un momento de franqueza, impulsado por la generosidad de su naturaleza, obedeciendo á la honradez de su carácter, había hecho á Marta depositaria del secreto de su corazón, volvió á caer en un sombrío mutismo.

Había habido un instante de intimidad entre los dos cónyuges; pero el período que siguió á aquella intimidad fué todavía más triste. En tanto que Marta se había entregado sin restricción, Luciano se apresuró á recobrar su libertad, porque no se sentía aún curado y repugnaba la nueva mentira que la reconciliación imponía á su actividad.

La joven no había querido obligar á su marido á mentir; no le había perseguido con sus sufrimientos, ni le había atormentado como antes con sus quejas.

Enmudeció, y su mismo mutismo hubiera debido iluminar al literato, advertirle la dichosa transformación de su mujer.

Pero entonces tuvo lugar su entrevista con Juana, y en aquella ocasión cumplió de nuevo con su deber de hombre honrado. Verdad es que aquel deber le había sido más fácil á causa de la cruel convicción de que el estado de alma de Juana no correspondía ya al suyo. El sueño había terminado, y la joven ya no estaba sometida á su influencia. Estaba definitivamente curada, y Luciano advirtió la alegría con que acogió la promesa de su emancipación. Juana había recobrado la terrible carta cuya restitución su lealtad de hombre honrado juzgaba como un deber.

Después llegaron á oídos del literato los primeros rumores del proyectado enlace. Seguramente, Luciano conocía aquel proyecto, y aún estaba más enterado que nadie del asunto, puesto que había sido el confidente de Pedro de Harscoet; por lo tanto, pudo prepararse, acostumbrarse á su desgracia. Pero, á pesar de todo, había sufrido mucho, y los primeros días no pudo menos de juzgar á Juana muy ligera,

y de pensar que se había consolado demasiado pronto.

De ahí la sombría resignación que le inducía á considerar el mundo insoportable. Huía de sus semejantes, no se encontraba bien más que en la soledad de su dolor, no toleraba ningún contacto. Hay heridas que ni siquiera pueden soportar una saludable cura.

Marta lo adivinó, lo comprendió todo.

Á la sazón intentaba recuperar su dicha, reconquistar el corazón de su marido. Quería que fuera completamente suyo. La terrible revelación que Luciano le había hecho le mostró de qué modo pueden caer las peores calamidades sobre una familia, y durante mucho tiempo tembló al pensar en el peligro que había corrido.

Pero en seguida emprendió animosamente la tarea de su redención.

Estaba resuelta. Por mucho que tardara en conseguirlo, sabía que la tarea era larga y ardua, se obstinaría en vencer los obstáculos, y lo conseguiría.

Porque, como mujer piadosa, rogaba á Dios, sentía renacer en ella los fervores de su infancia, y contaba con la ayuda del Cielo. En una palabra, revivía su dulce y tranquilo pasado de toda muchacha, la edad en que aún no había sufrido la infausta influencia de las paradojas y de los sofismas sociales.

Por este motivo, Luciano no oyó ninguna queja, no vió ningún rostro sombrío en torno suyo. Marta, llena de pena, procuraba dar á su rostro una expresión de alegría; quería estar bella para vencer con más facilidad.

Dios tuvo compasión de aquella pobre alma regenerada por el sufrimiento.

Marta habíase tornado humilde y sumisa; sólo pedía una pequeña parte en la vida, y Dios le dió en cambio todo lo que constituye su encanto. Sus oraciones fueron escuchadas, sus deseos atendidos mucho antes de lo que ella esperaba.

Una tarde, al volver Luciano de la calle, tuvo lugar el venturoso acontecimiento.

El literato estaba algo cansado, y además nervioso, irritado por diversos contratiempos, por encuentros desagradables con importunos y envidiosos. No estaba predispuesto á las emociones tiernas, á esas efusiones del cariño en las que un corazón fatigado confía á otro sus preocupaciones. Además no tenía á su lado—por lo menos así lo creía—un ser á quien pedir que le ayudara á llevar la carga que le abrumaba, y la hipótesis de que Marta pudiera compartir el peso de aquella carga ni siquiera le había pasado por la imaginación.

Volvió, pues, como de costumbre, con una venda en los ojos. Sin embargo, cuando entró en su despacho se sintió agradablemente impresionado por una sensación muy dulce. Dejose caer en una butaca, y trató de olvidar.

Era el atardecer de un día de verano abrasador, de uno de esos días en que París parece insoportable, en que quisiera uno marcharse, abismarse en la agradable contemplación de un campo de vastos ho-

rizontes. Las persianas de la habitación estaban medio echadas, y sólo dejaban penetrar una claridad discreta y acariciadora.

Aquella penumbra sumió á Luciano en una dulce suavidad. Despertaron sus sentidos, y advirtió en ellos un poder de percepción hasta entonces ignorado.

Un olor delicioso, un suave perfume acarició su olfato á través del agradable entorpecimiento que experimentaba. Una bienhechora languidez distendió sus nervios y su espíritu. Acostumbrado á interrogar las cosas, á atribuirles, como psicólogo observador, una profunda influencia en la vida y en las acciones de los seres, quiso saber cuál podía ser la causa oculta y sutil del bienestar que disfrutaba.

Delante de él, sobre la chimenea, en un elegante florero de Sèvres, había un ramo de flores, en el que las rosas, los lirios y los claveles mezclaban sus colores y sus perfumes.

Á Luciano siempre le habían gustado mucho las flores, aunque nunca se había consagrado á cuidarlas. Siempre se había explicado la preferencia de las mujeres por las flores, y nada era tan agradable á su vista como la radiante explosión de la Tierra en la primavera.

Sí; aquel perfume acababa de despertar en él la facultad de gozar de la belleza, y sentíase emocionado por la delicada atención que había colocado allí aquel ramo.

¿Quién lo había puesto? ¿Qué mano previsora había tenido aquella tierna atención? Estaba tan poco acostumbrado á tales delicadezas, que tardó algún tiempo en convencerse de que no podía haber sido nadie más que Marta.

Se levantó, acercóse á las flores, y aspiró su perfume embriagador.

Entonces recobró la memoria; recordó la impresión que le había producido su mujer el día en que tuvieron su terrible explicación. Marta se había mostrado repentinamente bajo un aspecto completamente nuevo.

¡Pobre Marta! Ella era; no podía ser nadie más que ella.

Pero ¿por qué motivo había cogido aquellas flores? ¿Por qué se las ofrecía?

Sus recuerdos fueron aclarándose. Estaban en Junio. Luciano empezó á hojear el calendario. El calendario le dijo que al día siguiente la Iglesia celebraba á San Luciano.

Sonrió. No conocía á aquel santo. Su verdadero santo, aquel que en otro tiempo celebraba su familia, era en otra fecha, en otra estación. Marta se había equivocado.

¡No importa! Luciano le agradecía su error.

Aquella equivocación demostraba que la joven buscaba una ocasión, y ésta hizo el efecto de un bálsamo en la herida de Luciano, reconfortó su corazón.

Volvió á aspirar el perfume del ramo, cortó un clavel, y se lo puso en el ojal para poder decir á su mujer á la hora de cenar.

—Ya ves que agradezco tus atenciones y me engalano con tus colores.

Se sentó otra vez en la butaca en que solía meditar. Á la sazón sus reflexiones eran dulces y tranquilas; subían fácilmente de su corazón á su cerebro.

Tal vez había franqueado, sin darse cuenta de ello, ese invisible tránsito de la edad, después del cual advierte uno que ha envejecido súbitamente. La calma que sentía indicaba, sin duda alguna, un estado de alma completamente nuevo, una venturosa metamorfosis. ¡Ah! El tiempo es una medicina sublime que arregla admirablemente las cosas mutiladas ó rotas. El hombre no conoce más que una alta en sus resoluciones violentas; la de no dejarlas para el día siguiente. La mayor parte de las catástrofes se evitarían si los hombres pudieran dominar su cólera ó su desesperación.

¡Desesperación! ¡Cosa extraña! Esta palabra no tenía ya ningún sentido para Luciano.

Se acercó á la ventana, levantó la persiana, y contempló el movimiento de la calle.

Era la hora en que la mayor parte de los trabajadores vuelven á sus casas. Por las aceras no se veían más que obreros de ambos sexos, empleados, dependientes, mujeres con elegantes y sencillos trajes que se apresuraban á reintegrarse al hogar. La Naturaleza mostrábase benévola con los hombres, y el Sol soñecía al ocultarse tras el horizonte. Llegaba la noche, ese momento de paz y de reposo; pero su manto caía sobre un cuadro de vida y de actividad.

Luciano se retiró de la ventana. La obscuridad se había hecho más densa, tal vez por el mismo contraste de las últimas claridades esparcidas por la atmosfera exterior.

El literato experimentó la necesidad de hablar, de confiar á alguien su alegría por haber recobrado la perdida felicidad. Se sintió lleno de esperanza, pronto á amar. Otra vez volvió á inclinarse sobre el ramo y á aspirar su perfume, y otra vez pensó en que habían colocado allí aquel ramo como un recuerdo y un homenaje.

De repente, sin que la sintiera acercarse, una sombra que apareció en el umbral de la puerta levantó el portier que la ocultaba.

Marta dió un paso para entrar en el despacho; pero al ver á su marido, retrocedió diciendo:

—¡Oh! Dispensa, Luciano; no sabía que estabas aquí.

Dejó estas palabras con mucha dulzura, sin la menor entonación de reproche. Sin embargo, aquellas sencillas palabras conmovieron al literato: le pareció que estaba en flagrante contradicción con la tranquilidad de que gozaba unos momentos antes, con la belleza de aquella deliciosa tarde. Procuró detener á su mujer.

—Marta—preguntó,—¿por qué te vas?

La joven no respondió; no hizo más que dirigirle una mirada en la cual se leía el asombro que le causaba la actitud de su marido. No estaba acostumbrada á aquel nuevo aspecto de sus relaciones, á aquel cambio de atrevidas palabras.

Luciano se disgustó. Para que Marta retrocediera

en su presencia, era necesario que experimentara temor, ó por lo menos cierta contrariedad. Luciano no podía tolerarlo.

—¿Qué venías á hacer aquí?—preguntó sonriendo.

Marta pareció turbada. Sin embargo, no supo mentir.

—Pues... venía... á cambiar el agua de esas flores. —Entonces. ¿estas flores te las debo á ti?—dijo Luciano.

Marta le miró con asombro. ¡Qué pregunta tan extraña! Si no eran suyas las flores, ¿de quién iban á ser? ¿No habría pensado en ello?

Luciano, viendo que seguía de pie en la puerta y con el brazo medio doblado para levantar el portier, dijo:

—Pero ¿vas á quedarte ahí de pie como una estatua? Entra. ¿Te da miedo de mí?

Decididamente, había cambiado. Marta sonrió. Dió un paso, y dejó caer el portier; y como él adelantara una mano para tomar la suya, se la dejó coger, pero apartó de él sus hermosos ojos.

—Marta—preguntó Luciano con voz muy dulce,—¿ya no me quieres?

La joven dejó escapar un grito, una exclamación irreflexiva.

—¡Que ya no te quiero!

No pudo resistir más. Prorrumpió en sollozos, y por su rostro empezaron á correr abundantes lágrimas. Su hermosa cabeza se apoyó languidamente en el hombro de Luciano.

Arrastrado por un sentimiento desconocido, el literato se inclinó sobre aquel rostro encantador, y apoyó los labios en aquellos párpados, rodeados de un círculo azulado. Su boca percibió la ardiente impresión de las lágrimas, y sus brazos notaron el estremecimiento de aquel cuerpo esbelto y juvenil melancólico desvanecido.

Entonces la abrazó más estrechamente, se sentó á su lado en el sofá que adornaba uno de los testeros de la habitación, y con acento profundo, en el cual vibraba toda su alma, le dijo:

—¿De modo que eres tú quien me ha traído estas flores, quien ha tenido esta delicada atención? Pues bien; tus flores han producido su efecto; han conmovido mi corazón, y me han abierto los ojos. Ahora veo claramente que he sido muy culpable, Marta, muy culpable.

—¡Cáiste!—murmuró la joven.—¡No hablemos de esas cosas! Yo también he cometido muchas faltas; pero las repararé, Luciano; ¡te lo juro! ¡Si tú supieras cuánto te quiero y lo feliz que soy! ¡Me parece que estoy soñando! ¡No me despiertes!

También Luciano creía soñar. Le parecía que la causa de su pasado sufrimiento había desaparecido; sentía como si un poder benéfico le hubiera arrancado sin dolor la cruel espina que tenía clavada en el corazón. Estaba en el umbral de una nueva existencia que se mostraba radiante, como esos caminos rodeados de árboles que suben por el flanco de una colina tras la cual aparece el Sol.

Ya no se hablaban.

Luciano miraba á su mujer y la admiraba. Aquella belleza que le había seducido en su primera entrevista en que se decidió su boda, nunca la había analizado, nunca la había apreciado como aquel día. Con su sencillo traje de casa, encontraba á Marta más hermosa que nunca. Contemplaba sus manos finas, sus brazos redondos, su cuello armonioso, la perfección de aquel óvalo admirable, de aquella nuca deliciosa. Esposo indiferente desde hacía mucho tiempo, trocábase de pronto en apasionado amante.

La amaba.

Marta rodeó con sus brazos el cuello de Luciano. Fué su mujer, su compañera, la carne de su carne.

Tomó posesión de su marido; y cuando sus besos los reconciliaron para siempre, le dijo al oído, en



Soy tuya para siempre.

voz muy baja, pero con un intenso estremecimiento:

—¡Luciano mío, ya no volverás á alejarte de mí! Quería decirte una cosa; pero no me atrevía. ¡Soy tuya para siempre!

Un rápido estremecimiento del literato interrumpió á la joven.

Acababa de reconocer aquella frase. Ya la había oído de otra boca. ¡Oh versátil corazón del hombre! Pasada aquella emoción, Luciano oyó lleno de alegría el resto de la confesión.

—Sí; no me atrevía á decírtelo; no estaba muy segura. Pero ahora, al sentir tus besos, he comprendido que ya no tenía que abrigar ningún temor, que ya no podía dudar. ¡Ya eres mío! ¡Somos dos para guardarte!

.....
 Cinco meses después, mientras Pedro de Harscoet y su mujer hacían su viaje de bodas. Luciano Plessy se inclinaba sobre el rostro pálido, pero radiante de Marta y respondía á la pregunta llena de

ansiedad que su mujer formulaba con los ojos y con los labios.

—¿Qué es?

—¡Alégrate! ¡Es un niño!

—¡Un niño! ¿Es hermoso?

—¡Como tú!

Y añadió en seguida:

—Mira. Ibo me ha escrito, y me dice que también el está muy contento. La Marquesa espera el suyo por Navidad.

FIN DE «SIEMPRE TUYA»